NIEVES
HIDALGO
Enamorar a un escocés

Un deseo prohibido por la traición.

Una pasión dominada por oscuros secretos.

Un amor capaz de vencer todos los obstáculos.

Samuel Meller ha pedido matrimonio a Geraldine para protegerla de las amenazas recibidas debido a su antiguo trabajo para la Corona, sin querer aceptar que, en realidad, está enamorado de ella desde que la conoció. Abandonado el servicio secreto, se trasladan a Aislingean, en Stirling, donde pretende comenzar una nueva vida.

Ella, a quien también han llegado notas intimidatorias, accede a la boda para salvaguardar el futuro de su hijo, en el caso de que la persona que le está dando un ultimátum acabe con su vida. Lleva años suspirando por el hombre que la captó como agente, se ha jugado la vida por él, incluso ha puesto en riesgo su honor por cumplir sus órdenes. Y está dispuesta a conseguir que la ame. Lo que desconoce es el secreto por el que Samuel se resiste a confiar en ninguna mujer.

En tierras escocesas, a la sombra del castillo de Stirling, la vizcondesa Marble deberá enfrentarse no solo a la frialdad de un esposo que parece no desearla, sino al misterio que encierran los ennegrecidos muros de la torre. Mientras, un despiadado asesino está dispuesto a acabar con la vida de ambos.

¿Podrá el amor vencer el recuerdo de una traición?

Nieves Hidalgo

Enamorar a un escocés

Los Gresham - 06

ePub r1.0
Titivillus 13-05-2023

Nieves Hidalgo, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo 1

Stirling. Escocia. 1843

Geraldine fijó su mirada en las desgastadas letras en gaélico talladas en el arco de piedra, *Aislingean*, hasta que el carruaje lo traspasó para adentrarse en el camino ascendente, al final del cual se adivinaba, más que se veía entre la niebla, el que sería su nuevo hogar. Cerró la cortinilla y volvió a recostarse en el asiento procurando no mirar al hombre que dormitaba frente a ella, preguntándose qué era lo que estaba haciendo y volviendo a desear que él hubiera hecho el viaje a lomos de su caballo, que iba atado a la trasera del carruaje.

Se habían conocido cinco años antes en los jardines de Vauxhall, durante la primera salida que ella hizo tras el periodo de luto por la muerte de su primer marido, Archibald Green, que deseaba se estuviese pudriendo en el infierno. Sin demasiados medios de subsistencia y un niño al que sacar adelante, lo único bueno que le había dejado Archibald, fue presa fácil para Samuel Meller, entonces barón Talbot, espía de la Corona. Le ofreció un trabajo bajo sus órdenes, un internado para su hijo y una remuneración más que decente con la que mantenerse y emprender una nueva vida; su viudedad le otorgaba ciertos privilegios de los que no gozaba una mujer soltera, y Meller necesitaba una agente que pudiera conseguirle información. De ese modo se había convertido en «funcionaria» del Gobierno, como le gustaba llamarse. Habían formado un buen binomio. Incluso le había sido otorgado a ella el título de baronesa y a Samuel el de vizconde Marble después de su último trabajo para el esposo de la reina Victoria. Sin embargo, era demasiado lo que había arriesgado, su propio corazón, y no dejaba

de lamentarlo.

—El nombre lo eligió mi abuela —le oyó decir de pronto a Samuel, arrancándola de sus cavilaciones—. Me pertenece desde los dos años, nos mudamos al recibirla en herencia tras su fallecimiento, convirtiéndola en la residencia familiar.

—¿De modo que no naciste aquí?

—Nací en Thurso, al norte de las Highlands.

—¿Y Aislingean significa…?

—Sueños.

Una ironía del destino, pensó la joven, puesto que era justo eso lo que ella había perdido: los sueños.

No volvieron a hablarse hasta que el coche paró, después de haber transitado por el sendero pedregoso que acabó por molerle los huesos. Procurando mostrar una serenidad que no tenía, se cubrió más con la capa de piel y, tan pronto como Samuel bajó para tenderle la mano, descendió del vehículo. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral al contacto con aquellos dedos largos enfundados en guantes de cabritilla, y retiró la suya al instante.

Observó la mansión con creciente asombro en tanto el cochero comenzaba a bajar los baúles. Se trataba de una construcción cuadrada de piedra gris, casi palaciega, que le pareció rodeada de un halo de tristeza. Dos torres flanqueaban el edificio principal, una de las cuales se veía ennegrecida y en ruinas. Le produjo una sensación de inquietud, y a punto estaba de preguntar al hombre con el que acababa de casarse sobre su lamentable estado cuando una pareja abrió el pesado portón de entrada y bajó los escalones con prisas.

—Bienvenido, milord —saludó el hombre de aspecto taciturno, de unos sesenta años, abundante cabellera del mismo color que la escarcha que cubría tejados y caminos, y apagados ojos del color del musgo—. *Milady*.

—¡Mi pequeño McKinnion! —exclamó ella, tomando entre sus manos las que Samuel le tendía para apretarlas con visibles muestras de cariño. Algo más baja, de parecida edad a la del criado, lucía un cabello rubio ceniza recogido en un sencillo moño; sus ojos oscuros brillaban por las lágrimas contenidas. Desvió la atención de Samuel para centrarla en la joven que lo acompañaba, haciendo una pequeña reverencia—. *Milady*, es un honor tenerla aquí.

—Un placer —correspondió Geraldine, a quien el modo tan cercano de dirigirse a su esposo la dejó un tanto desconcertada.

—Ellos son Andreas y Coira Weir; Coira ha sido como una segunda madre para mí. Deje esa bolsa pequeña aquí, por favor —indicó al cochero—. Han cuidado de todo esto desde que me fui a Londres, se podría decir que son más dueños de Aislingean que yo mismo. Os presento a la vizcondesa Marble.

Geraldine se mordió la lengua al recibir la ligera reverencia por parte de ambos.

«Vizcondesa Marble, sí, que no tu esposa», pensó con amargura.

La angustia le provocó un agudo dolor en el pecho, pero consiguió regalar una sonrisa a la criada, que se hizo cargo de la bolsa que contenía sus objetos personales, y la siguió al interior.

No pudo evitar un gesto de admiración al encontrarse en un vestíbulo cuadrado de brillantes baldosas, alto techo y muros de piedra cubiertos con tapices, desde el que partía una escalera doble que ascendía al piso superior. Los escasos muebles, de madera oscura, se veían lustrosos. Le encantó el detalle de varios búcaros de pequeño tamaño con romero, que expandía su olor por todos lados, y los haces de colores que formaba la luz penetrando por las alargadas ventanas de arco.

Siguió los pasos de la otra, que subía ya las escaleras a buen ritmo, para adentrarse en un pasillo que torcía a la derecha, hasta llegar a una puerta que la mujer empujó, cediéndole la entrada. Antes de poder poner un pie dentro del cuarto le llegó la voz seca de Samuel.

—La vizcondesa tiene un sueño inquieto, Coira. ¿Está preparada la habitación malva?

—Lo está.

—Entonces es mejor que la instales en ella.

La escocesa se quedó mirando a su señor, dudó unos segundos y acabó asintiendo.

—¿Me acompaña, *milady*?

Hubo un momento de tensión en el que Geraldine y Meller cruzaron una mirada fría. Solo eso. Ni una palabra, ni un reproche. ¿Para qué?, se dijo la joven. Elevó el mentón y fue tras Coira, que aguardaba ya frente a otra puerta al final de la galería.

—Milord ha hecho bien en elegiros este cuarto, *milady*; es el que

tiene mejor luz, y la vista del castillo desde aquí es preciosa. ¿Deseáis reponeros del viaje? Ahora mismo subiré algo de comer y…

—No es necesario, señora Weir, no tengo apetito, es usted muy amable. Sí descansaré un rato, estoy agotada.

Coira se adelantó para abrirle las cobijas de la cama. Al mismo tiempo, su esposo entró cargando uno de los baúles que depositó en una esquina del cuarto. A una indicación silenciosa de su mujer, prendió la chimenea y el cuarto comenzó a caldearse.

—Más tarde colocaré su equipaje, *milady*. Ahora, descanse. Y bienvenida a su hogar, esperamos que todo sea de su agrado.

—Gracias, señora Weir. Gracias, señor Weir.

Al cerrar la puerta y quedar a solas, Geraldine se dejó caer contra la madera, se metió un puño en la boca y ahogó el sollozo que llevaba reprimiendo desde hacía un buen rato. Poco a poco, permitió que sus piernas cediesen hasta acabar arrodillada en el suelo, con lágrimas amargas rodando por sus mejillas.

«¿Qué he hecho, Dios mío?».

Tres meses antes había recibido la primera nota amenazándola. No la asustó. Tampoco lo hizo la segunda, quince días más tarde. Pero la tercera había conseguido ponerle un nudo en el estómago, porque hablaba de la noche en que ella y Samuel habían acudido a la ópera para conseguir información sobre el traidor al que perseguían. Fuera quien fuese conocía sus pasos y tuvo miedo, auténtico miedo. No por ella, sino por su hijo, por el pequeño Paul. Después de aquello había conseguido, soltando una buena cantidad de dinero, que contratasen como celador en el colegio a un sujeto enviado por ella, de modo que no perdiese de vista al niño ni de día ni de noche. El corazón le pedía sacarlo del internado, pero la entereza de la que siempre hizo gala desde que empezó a trabajar como agente para la Corona a las órdenes de Samuel, le dijo que era más prudente mantenerlo alejado de ella. Podría haberlo puesto en conocimiento del que ya era su esposo, pero se negó a involucrarlo. Siempre había enfrentado sus problemas sola y, de tener que encarar a un posible enemigo, mejor no poner a otro en peligro.

La preocupación de qué sería de Paul si a ella le sucedía algo fue la causa por la que aceptó la inesperada propuesta de matrimonio de Meller. Él lo protegería. De otro modo, nunca habría dado su

consentimiento a una unión que estaba condenada al fracaso; cuando alguien quería como ella lo hacía y no era correspondido, su vida se convertía en un infierno. Y ella amaba a Samuel con toda su alma, aunque él la considerase poco menos que una prostituta. No le culpaba, cualquiera hubiese pensado lo mismo sabiendo que aceptó la compañía de algunos hombres para obtener información. Que no acabara con ellos en la cama era algo que solo ella sabía a ciencia cierta.

Lo que no comprendía era por qué Samuel le había pedido matrimonio, desde que le conocía había sido contrario a ese sacramento. ¿Qué oscura finalidad perseguía poniéndole un anillo en el dedo cuando se avergonzaba de ella? Ni siquiera habían tenido una boda normal, él había pedido una licencia especial para contraer nupcias en una pequeña capilla cercana al colegio de Paul antes de visitar al pequeño, pasar las Navidades con él y prometerle que en breve lo llevarían con ellos a Escocia.

—¿Por qué, Sam? ¿Por qué? —sollozó.

Temblando, se levantó, caminó hasta el lecho y se dejó caer en él. El llanto acabó por agotarla y se quedó dormida.

Capítulo 2

Samuel se quitó el abrigo, que dejó sobre un sillón; luego se deshizo de los guantes, la chaqueta y el corbatín y se masajeó la nuca, acercándose a la chimenea que Andreas había encendido momentos antes. Estaba cansado, aunque no eran las insufribles horas de viaje lo que le había mantenido tenso acabando por extenuarle, sino la cercanía de su esposa. ¡Su esposa, condenación! Ambos estuvieron a la defensiva desde que dejaron de disimular ante el pequeño Paul y subieron al carruaje que los llevaría hasta Stirling.

Torció el gesto, maldiciéndose en silencio. ¿Cómo podía ser tan mezquino llamándola así, cuando ni siquiera habían consumado el matrimonio? Por su culpa. Solo por su culpa.

Tal vez, después de recibir las notas intimidatorias que ponían a la muchacha como víctima de una venganza contra él, debería haberle puesto protección, y fin del asunto. O consultar el problema con su amigo Remington Wyler, vizconde Catesby. Pero, primero por no desviarse de la misión para descubrir a quien quería mancillar el nombre de Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, el esposo de la soberana, después por saberlo enamorado de la díscola muchacha con quien se había desposado, no le contó nada.

Solo imaginar que podía pasarle algo a Geraldine lo desestabilizó de tal modo que casi se volvió loco. Y había determinado que con quien estaría más segura sería con él, como su mujer. Por eso le había pedido matrimonio y no por otra razón, intentó convencerse.

Soltó un bufido y golpeó el puño derecho contra la palma de la otra mano. Se engañaba como un imbécil. Sí, se engañaba. Porque la verdad era que la deseaba de un modo feroz, todo su cuerpo

clamaba por ella, perdía incluso la noción de la realidad cuando la miraba. Sentía por Geraldine algo que jamás antes sintió por ninguna otra mujer y, sin embargo…

Sin embargo, la culpaba de haber actuado como lo hizo desde que entró a su servicio como agente. Casarse había sido un error, no estaba seguro de poder superar el temor que lo embargaba cada vez que pensaba en ello. Por mucho que se hubiera repetido mil veces que él había hecho otro tanto con algunas mujeres a fin de conseguir confidencias, la imagen de su propia madre en brazos de su amante continuaba atormentándolo, extrapolando su falta a cualquier mujer por la que se sintiera atraído.

En especial hacia Geraldine.

Él había tenido algunas relaciones, desde luego, pero nunca dejó que su corazón acogiese a ninguna dama, olvidándola de inmediato. Geraldine era la primera que había conseguido resquebrajar la coraza con la que se protegía. Y eso le espantaba, porque ¿qué haría si acababa enamorándose de ella y lo traicionaba? Si lo había hecho su madre, cualquier otra podría hacerlo.

De no haber descubierto él a su progenitora en brazos de aquel condenado que desapareció sin dejar rastro, temeroso sin duda de las consecuencias, su padre seguiría vivo. De haber callado, seguiría vivo. De haber procedido como un adulto, Peyton Meller seguiría vivo. Pero, como el inconsciente muchacho que era entonces, no perdió tiempo en ir enfurecido a contárselo. Las voces de la discusión y el ruido de cacharros rotos en la habitación de la torre oeste llegaron a todos los rincones de la casa. Un quinqué debió volcarse y, cuando los criados y él quisieron socorrerlos. La torre era una pira. Sus padres perecieron aquella noche dantesca en que su mundo se derrumbó como las piedras ennegrecidas por el fuego.

—¿Te ha molestado que haya pretendido alojar a tu esposa en la habitación contigua, como debería ser?

Se volvió con un sobresalto al escuchar la voz de Coira, que lo miraba desde la puerta con gesto serio. Cruzó las manos tras la espalda, evitando que ella viese que le temblaban, y esbozó una sonrisa que se quedó en mueca.

—Por supuesto que no, tata.

—¿Entonces?

—Tiene un sueño inquieto, ya te lo he dicho, y yo me levanto

siempre al alba; simplemente, no quiero molestarla.

—Ya veo. —Se acercó a él y, aupándose sobre las puntas de sus zapatos, tomó el rostro masculino entre sus arrugadas manos—. No te imaginas cuánto te he echado de menos, mi pequeño McKinnion.

Samuel sonrió, aquella vez de verdad, la abrazó y depositó un beso en su frente; era curioso que anidase tanta inquina al recuerdo de su madre y, por contra, le siguiese gustando que Coira lo llamara así, como lo hizo desde que era un mocoso, por el apellido de soltera de ella.

—Yo también te he echado en falta.

—¡Bah! No sé qué demonios has estado haciendo todos estos años en Londres, tan lejos de tu verdadero hogar, viniendo solo de tarde en tarde y enviando una carta cada mucho. Mírate, pareces un petimetre.

Meller dejó escapar una carcajada, le pasó un brazo por los hombros y la condujo con suavidad hacia la puerta.

—Si aún haces esas deliciosas galletas de mantequilla, espero poder desayunarlas mañana.

—Tendré preparada la cena a la seis, procura no retrasarte o te quedarás sin ellas —amenazó antes de salir.

A solas ya, echó un vistazo al cuarto que fuera de su padre. Todo seguía igual, como si no hubiesen pasado los años. Acabó de descorrer las cortinas y contempló el paisaje, revitalizando su espíritu con la visión de los campos cubiertos de escarcha. Estaba de nuevo en su hogar, del que escapó comido por la culpa, ya que siempre se condenó por ser el causante de unas muertes que podían haberse evitado.

Atravesó la habitación, parándose frente a la puerta que conectaba con la contigua, la que ocupara su madre cuando ella y su padre aún se amaban. Accionó el picaporte y la abrió. No entró en la otra recámara, pero desde su posición admiró la mullida alfombra de cenefas azules y blancas, el amplio lecho cubierto por un edredón azul cielo y cojines blancos, los frascos de perfume… Sobre la coqueta, unas ramas de romero. Coira siempre se encargó de que hubiese por toda la casa, y en aquel cuarto en concreto, porque a su madre siempre le había encantado.

¿Qué flores serían las predilectas de su esposa?, se preguntó de repente. Nunca se había interesado por eso.

Se tumbó en el lecho, se cubrió un poco con la colcha, cerró los ojos y, con la imagen del rostro de Geraldine en su cabeza, se durmió.

Capítulo 3

Bedlam. Campos de St George. Southwark

Uno de los «desafortunados», como solían llamar a los internos del centro, siguió los pasos del celador que había ido a buscarle hasta llegar a un cuarto pequeño, con un ventanuco aún más pequeño por el que apenas entraba la luz. Hasta allí llegaba, sin embargo, el sonido de la música de la que podían disfrutar algunos pacientes, y las risas de aquellos a quienes incluso se les permitía bailar en ocasiones.

El individuo que aguardaba se puso en pie apenas vio entrar a los otros.

—Quince minutos —avisó el celador, un sujeto grande como un armario, antes de cerrar, dejándoles a solas.

—Gracias, Donovan —agradeció el forzado inquilino de Bedlam.

El tiempo fijado para la visita era un mero formulismo, podrían hablar el tiempo que fuera necesario; no había nada mejor para conseguir privilegios que llenar de tanto en tanto el bolsillo de algunos. Seirian Bowen tenía suficiente dinero para hacerlo, no en vano se había dedicado desde temprana edad a la rapiña y al chantaje, invirtiendo las ganancias en lucrativos negocios. No en actividades decentes, pero sí beneficiosas para él. Aceptaba que en su último trabajo en la mansión de un par del reino se había arriesgado demasiado, pero lo robado merecía sin duda la pena: joyas de tal valor que podría retirarse y emprender una vida sin sobresaltos. Un botín suficiente para que un hombre disfrutara holgadamente de lujos hasta su muerte. Un hombre, no tres. Por eso había tenido que eliminar a sus dos compinches. Podría haber alcanzado su sueño de no ser por aquella zorra rubia que consiguió

hacer hablar más de la cuenta a uno de ellos, antes de que él le cortase el cuello, propiciando que el cabrón para quien ella trabajaba acabara por echarle el guante antes de deshacerse de la mercancía.

Solo gracias a la destreza del hombre que tenía delante, Jack Davis, que había convencido a los jueces de su demencia, se libró de ser encerrado en presidio de por vida. Aunque después de dos años metido en aquel asqueroso y pestilente agujero que era el manicomio de Bedlam, empezaba a dudar de si no hubiera sido mejor que lo colgasen.

Lo único que le mantenía cuerdo era su ansia de venganza. Se había visto obligado a retrasar sus planes, pero pronto podría escapar de allí, lo tenía todo previsto. Y cuando lo hiciese…

Cuando lo hiciese, el sujeto que lo arrestó y su puta morirían. Iban a pagarle los dos años de encierro entre babeantes dementes, dos años de no poder gozar de una mujer. Porque compañía femenina decente era lo único que no se podía conseguir en aquel infecto pozo, por mucho dinero que se tuviese, y nunca estuvo dispuesto a yacer con una de las locas.

Hasta ese momento solo se había divertido haciéndoles llegar notas de amenaza a través de Davis, desconocedor de su contenido. Pero el juego del gato y los ratones acabaría muy pronto, los quería bajo diez pies de tierra, él mismo se encargaría de enterrarlos.

El abogado volvió a tomar asiento, esperó a que Bowen hiciese otro tanto y empujó un documento hacia él.

—Las ganancias del trimestre —indicó.

—¿Has traído lo que te pedí? —preguntó sin molestarse en revisarlo.

Davis se removió en el asiento. Se había acostumbrado al suculento salario que le pagaba su jefe y cliente, pero empezaba a preocuparle seguir el juego a aquel criminal despiadado, más loco que cuerdo, temiendo no poder librarse nunca de su yugo. Desde que aceptase defenderlo de haber envenenado a sus dos socios y descuartizarlos después, consiguiendo que permutaran la pena de muerte por un encierro en Bedlam, era un títere en sus manos. Un simple criado que debía controlar sus negocios de prostitución, llevarle libros o, incluso como en esa ocasión, ácido; se preguntaba para qué lo querría.

Echó una rápida mirada hacia la puerta, por si el celador vigilaba a través de los barrotes, y luego sacó un frasquito sujeto por un cordel que Bowen se apresuró a pasar por su cuello, escondiéndolo bajo la ropa.

—¿Puedo saber para qué lo usará?

Su interlocutor clavó sus iris como ónices en él y sus finos labios se estiraron en una mueca demoníaca.

—Si no quieres mancharte las manos de mierda, leguleyo, no preguntes.

Capítulo 4

Se había librado de la cena con la manida excusa de una insoportable jaqueca, apenas probó bocado de lo que Coira le subió en una bandeja y se mantuvo despierta hasta altas horas de la noche. A pesar de todo, se levantó al despuntar el sol, se aseó y buscó un vestido abrigado, calzándose botas forradas de piel y desestimando los zapatos. Stirling podía ser un lugar encantador, lo que viese en el trayecto le había agradado, pero en la chimenea no quedaban ni los rescoldos del fuego, y hacía un frío de mil diablos. Abrió de todos modos una de las ventanas del cuarto, permitiendo que el viento arrastrara al interior pequeños copos de nieve. Coira tenía razón: la vista del castillo sobre la colina que dominaba la ciudad era magnífica, casi una pintura.

Al llegar al vestíbulo, se entretuvo varios minutos en admirar los tapices que, a su llegada, le llamaron la atención. Algunos estaban descoloridos, aunque seguían siendo hermosos. En un lugar privilegiado descubrió un escudo de armas de fondo rojo, verde y negro, con dos espadas cruzadas bajo un torreón, cuya leyenda era *Luach* **[1]**

—¿Te encuentras mejor?

La profunda voz de Samuel a su espalda la asustó y se volvió. Siempre lo había visto ataviado como un auténtico dandi: peinado con corrección su cabello, ni una arruga en sus inmaculadas camisas, chalecos bordados, el pañuelo al cuello perfectamente anudado, relucientes sus botas… El hombre que tenía ante ella en ese momento era tan distinto al que conocía que se quedó en blanco y tardó en responder.

—Sí, gracias.

—Te has levantado pronto.

—No tanto como tú, al parecer —repuso.

—¿Te importa que desayunemos en la cocina? Suelo hacerlo cuando estoy aquí, Andreas y Coira lo agradecen y yo me siento más cómodo que en el desangelado comedor.

Asintió Geraldine; tampoco a ella le agradó nunca comer sin compañía. Mientras él la guiaba hacia los dominios de la señora Weir, aprovechó para mirarlo de reojo. Samuel lucía el cabello húmedo, brillante como el cobre, vestía pantalones oscuros que se ajustaban a la musculatura de sus largas piernas como una segunda piel, camisa blanca abierta en el cuello, permitiéndole ver una uve de piel tostada, chaleco gris sin adornos y altas botas hessianas de cuero negro.

Desvió los ojos de aquel cuerpo delgado y fibroso cuyo recuerdo la había mantenido despierta la mitad de la noche.

—He salido a cabalgar un rato —dijo él—, los páramos nevados son una delicia al amanecer, lo echaba de menos. Tal vez mañana podrías acompañarme y permitir que te muestre los alrededores. Por supuesto, no a hora temprana.

—Me levanto al amanecer, no te preocupes. ¿He de suponer que me enseñarás también el lugar donde se dice que se aparece un fantasma? Leí sobre Stirling antes de venir.

Samuel arqueó las cejas y esbozó una sonrisa canalla que a ella le hizo tragar saliva porque lo encontró arrebatador.

—Ignoraba que te gustasen ese tipo de leyendas.

—Ignoras muchas cosas de mí, lord Marble —repuso enigmática, adelantándose a abrir la puerta antes de que él lo hiciera, suponiendo que era la de la cocina.

Samuel sujetó la madera impidiendo que le diera en las narices y apretó los dientes, tomándose su tiempo para calmarse. A ella no le faltaba razón porque, aparte de saber que era viuda, que tenía un hijo por el que él sentía un creciente cariño, y que ejerció de excelente agente cuando la había necesitado, ¿qué conocía de ella? No tenía idea de sus gustos, de sus miedos o de sus ilusiones, nunca intimaron lo suficiente como para averiguarlo, manteniendo un trato frío y puramente profesional.

«¡Pero ahora es mi mujer, maldita sea!», se dijo.

Al entrar, sus ojos se quedaron clavados en una escena que le provocó un tirón en la ingle: Geraldine se inclinaba ante el horno,

dándole una inmejorable visión de un trasero redondeado y apetecible que le quitó el aliento. Ni siquiera la gruesa tela del vestido que llevaba aquella mañana podía disimular la maravillosa forma de aquellas nalgas bien formadas.

—Huele de maravilla, señora Weir.

—Mejor habrá de saber —aceptó Coira el cumplido con una inclinación de cabeza—. Ahora mismo les sirvo el desayuno en el comedor, *milady*, no esperaba verla levantada tan pronto.

—La costumbre de mi esposo, al parecer, es desayunar con ustedes.

—Pues sí, pero…

—Si no les molesta mi presencia, me encantaría acompañarlos, no hay nada tan desolador como degustar una buena comida en solitario.

—Eso he pensado siempre yo. Acomódese pues, señora, voy a buscar a mi hombre —repuso la criada con una sonrisa de oreja a oreja. Antes de salir miró a Samuel señalándolo con un dedo que movió arriba y abajo—. Que ni se te pase por la cabeza meter mano a mis galletas.

Geraldine no pudo esconder una sonrisa al ver el gesto contrito de su esposo.

—Ríele las gracias y me pondrá a dieta —gruñó.

Echó mano a una de las obleas prohibidas, la engulló de dos bocados y luego se sentó frente a Geraldine con cara de no haber roto un plato, lo que provocó en la joven una carcajada. Desconocía aquella faceta de niño pícaro en el peligroso Samuel Meller, exespía de la Corona.

Andreas Weir no resultó ser el hombre severo que le había parecido al llegar el día anterior. Al contrario, demostró una capacidad innata para hacerla sonreír a cada poco, tenía una conversación agradable y fluida y, aunque no se tomaba las mismas libertades que su esposa al dirigirse a su señor, no faltaron las agudezas cuando Coira empezó a contar algunas de las pillerías de Samuel cuando era un niño. El agradable desayuno, bastante más consistente que el que Geraldine estaba acostumbrada a tomar, sirvió a la joven para conocer aspectos de su esposo que nunca hubiera imaginado. Al parecer, había acabado con las existencias de harina intentando hacer un pastel, tuvieron que entablillarle un

brazo por tirarse por la colina en un trineo fabricado por él mismo, tardaron más de dos horas en bajarlo de la copa de un árbol, dejó escapar al caballo de su padre y, entre otras travesuras, se disfrazó con el mejor vestido de su madre, cayendo por la escalera al pisarse el bajo.

Samuel no entró en la animada conversación, se limitó a beber su segunda taza de café y tratar de disimular el sonrojo que subía a sus mejillas escuchando las carcajadas de Coira y de su esposa.

—Ya está bien, mujer —intervino cuando la criada estaba a medias de contarle a Geraldine una de sus más desastrosas fechorías, aquel lejano día de su infancia en el que, intentando agarrar a un gorrino, acabó rebozado en excrementos—. Si habéis acabado de despellejarme, me gustaría enseñarle la casa a mi esposa.

Coira y Andreas se levantaron de inmediato sin perder la sonrisa.

—Vaya, vaya, *milady* —animó ella.

—Primero recojamos todo esto —negó la muchacha, remangándose y empezando a hacerse con platos y tazones.

—¡Por descontado que no, señora! —le quitó los cacharros de las manos dejándolos en el lavadero—. ¡Faltaría más! Usted vaya con milord.

—Pero…

Samuel la tomó de la mano para sacarla de la cocina, poniéndola luego sobre su brazo. Si notó que ella se envaraba, lo disimuló.

—¿Hay alguien más?

—¿A qué te refieres?

—A que si hay algún criado más.

—No.

—¿Vas a decirme que ellos dos se encargan de mantener todo esto? —se alarmó la joven.

—Me tomas por un explotador, por lo que veo. A ellos siempre les ha gustado mantenerse ocupados, pero tranquilízate: una vez a la semana se acercan dos muchachas del pueblo a hacer limpieza y, por lo que sé, Andreas se encarga solo de sacar brillo a la plata, labor que no dejaría en manos de nadie. Mañana empezaremos a buscar más empleados para el servicio y los operarios necesarios para realizar los arreglos que creas oportunos, para los que tienes

carta blanca. Además, necesitarás una asistente personal.

—Hasta ahora no la he tenido.

—Hasta ahora no habías sido vizcondesa. ¿Te apetece ver la casa o prefieres subir a descansar a tu cuarto?

—Y tú me tomas a mí por una damisela enclenque, según demuestras.

—Sería lo último que pensaría de ti, Geraldine.

Capítulo 5

La mansión contaba con veintidós dormitorios en el piso superior, la mitad de los cuáles tenía vistas al castillo, y el resto al jardín, y Samuel se los mostró uno a uno, aunque no pudo ver gran cosa ya que todos los muebles estaban cubiertos por telas blancas; no abrió, sin embargo, una puerta que estaba cerrada con candado, al final de la galería donde se encontraban sus cuartos, lo que dejó a Geraldine bastante intrigada.

En la planta inferior, junto a las cocinas, existía una amplia despensa que comunicaba con un coqueto invernadero donde Coira, según Samuel, se encargaba de tener siempre hierbas aromáticas para cocinar; la bodega, que omitieron, y las habitaciones del servicio, todas vacías excepto la de los Weir. Al lado opuesto de la casa, un comedor capaz de albergar al menos a dos decenas de comensales, un despacho y un salón de baile con espejos en las paredes donde, en otro tiempo, debieron celebrarse espléndidos bailes.

—Como habrás advertido, las paredes necesitan papel nuevo; los suelos, ser pulidos, y tendrán que cambiarse algunas otras cosas; los muebles siguen estando en buen estado.

—Da una sensación extraña verlos todos cubiertos.

—Coira y Andreas solo utilizan la cocina y su habitación, y yo solo mi cuarto en las raras ocasiones en las que he venido; el resto de la casa lleva años vacía.

Entraron en un estudio en el que había un caballete y lienzos sin usar apoyados en el suelo, cuyas paredes se veían repletas de óleos de distintos tamaños y variados temas.

—¿Pintabas?

—Soy un auténtico desastre con los pinceles, era el cuarto de

retiro de mi padre, los cuadros son obra suya.

Geraldine se tomó un momento para examinarlos. No es que entendiera demasiado de pintura, pero algunos le parecieron buenos.

Continuaron el recorrido entrando en un pequeño cuarto de costura, dos despachos y una biblioteca no demasiado grande, pero asombrosamente bien surtida de libros. La luz de aquella fría mañana de enero apenas conseguía iluminar la estancia, pero a Geraldine le agradó en grado sumo.

«Sin duda pasaré aquí bastante tiempo. ¿Qué mejor para una mujer a quien su esposo no desea tener cerca?», caviló con amargura.

—Esta es la sala de música —anunció Samuel un momento más tarde, cediéndole el paso a un recinto para, de inmediato, abrir las cortinas y empezar a retirar la tela que cubría un hermoso piano; en un lateral, tapada también, lo que ella imaginó que se trataba de un arpa debido a la forma.

Geraldine se acercó al piano y ojeó las partituras que descansaban sobre él.

—Chopin. ¿Tocaba tu madre? —quiso saber sin volverse a mirarlo.

—Era una virtuosa con el arpa —respondió en tono hosco, mordiéndose la lengua para evitar añadir que cuando no le ponía los cuernos a su padre—, las partituras son mías. No se me daba demasiado mal.

Lo miró con la extrañeza pintada en el rostro. Nunca hubiera imaginado a Samuel, aquel frío agente que tenía hielo en lugar de sangre en las venas, frente a un instrumento de teclado. Iba de sorpresa en sorpresa.

—Tuve el privilegio de escuchar tocar al maestro poco antes de enviudar, en Francia, en la mansión de un duque —murmuró, pasando la yema de un dedo sobre una de las partituras antes de echarse a reír—. Desde las cocinas, no vayas a creer otra cosa, ni mi difunto marido ni yo teníamos clase para estar entre los invitados.

—No sabía que habías estado en Francia.

—Pues estuve. Me enfermó tener que dejar a Paul en Londres, apenas tenía dos añitos, pero una mujer debe hacer siempre lo que ordena su marido, ya sabes —soltó con retintín—. Escuchar a

Frédéric François Chopin resultó una experiencia inigualable.

—Me cuesta verte aceptando de buena gana lo que te mande un hombre.

—¿Quién ha dicho que fuese de buena gana? Si ya le odiaba por su modo de tratarme, por sus desprecios, vejaciones, insultos y golpes, cuando me obligó a dejar a mi hijo en manos de una aborrecible niñera contratada por él, porque ni siquiera eso me permitió elegir, deseé verlo muerto.

—Me hubiera gustado conocerlo para matarlo yo mismo.

—Se agradece la empatía, pero mejor que lo mandaran al otro mundo en Portobello con un puñal en las tripas, no me gusta deber favores.

—¿Ni siquiera a mí?

—Mucho menos a ti.

Samuel acusó el golpe como si le acabara de alcanzar una bala. Le dolió tanto o más. Apretó los puños para controlar el acceso de malhumor, y ya estaba dispuesto a dar el recorrido por finalizado cuando oyó que le decía:

—Me gustaría escucharte tocar.

—Hace años que no practico.

—Por favor.

Meller podría haberse tirado de cabeza al infierno al escuchar aquel tono suave, envolvente, que le quitó la voluntad. Sí, ella era muy buena cuando se trataba de engatusar a un hombre; con una simple frase, con una mirada de aquellos ojos grandes y azules, con una sonrisa de aquellos labios jugosos que él se moría por saborear, era capaz de convencer a un muerto para que se levantase. Y si no eran suficientes aquellos dones, tenía su cuerpo, que no se había reprimido en utilizar cuando el servicio secreto lo había requerido. Un cuerpo que ahora le pertenecía por derecho de matrimonio y del que no había disfrutado aún… por miedo.

De haberle expresado aquellos pensamientos en voz alta a su amigo Remington Wyler, se hubiera ganado un buen puñetazo; el vizconde Catesby estaba enamorado hasta el tuétano de su esposa, Xandra Gresham [2], admiraba a Geraldine y tenía un punto de vista bastante alejado del suyo sobre la lealtad de las mujeres.

Sacudió la cabeza, suspiró, levantó la tapa que cubría el teclado y, tras pasar un dedo por encima del mismo, arrancando una serie

de notas, se sentó ante el piano.

—Estará desafinado después de tanto tiempo.

Geraldine se apoyó en un lado. Vio que él estiraba sus largos dedos y los cerraba en puños, que los entrecruzaba buscando relajarlos. Antes de que Samuel eligiera una partitura, le puso en el atril la que deseaba escuchar: *La polonesa en La bemol mayor*, una pieza publicada en 1836 y que ella había tenido la suerte de escuchar en el país galo.

Él le sonrió arqueando una ceja. Y empezó a tocar.

Ella no podía dejar de mirar aquellos dedos elegantes, que tantas veces habían empuñado un arma, deslizándose con soltura sobre las teclas blancas y negras, pulsándolas con más fuerza si la composición lo exigía, acariciándolas cuando era menester. Dedos que ella soñaba desde hacía mucho tiempo poder sentir sobre su piel. Tuvo la sensación de que Samuel la envolvía con la música, como si la sedujese con cada nota.

Fueron unos minutos en los que Geraldine se olvidó de todo y solo tuvo ojos para su esposo. Ni siquiera le importó que él se equivocara un par de veces, parase unos segundos pidiendo disculpas y continuara de nuevo.

«Si supieras cómo te amo, Samuel», pensó, jurándose enamorar a ese escocés por el que daría la vida y hasta vendería su alma.

Sin ser consciente de lo que hacía, acarició el espeso cabello masculino, introdujo los dedos y se deleitó con su tacto. Se detuvo al ver que él dejaba de tocar y todo su cuerpo se tensaba.

—No hagas eso —oyó que le pedía en un susurro.

—¿Te incomoda que te toque? —preguntó en el mismo tono, dejando que su mano resbalase hacia una oreja, pellizcando el lóbulo.

Marble apretó los párpados y ahogó un gemido. No le incomodaba el roce de sus dedos, lo perturbaba, lo inquietaba, lo desazonaba y, lo que era peor, lo excitaba. Y no quería eso. Si se dejaba arrastrar por el deseo que sentía por ella desde que la conoció, estaría perdido. Por nada del mundo quería acabar como su padre, traicionado por la mujer a la que amaba.

Cuando ya la mano femenina se colaba por debajo de su camisa acariciándole el pecho, atrapó la muñeca de Geraldine para detener su avance, con tanta fuerza que ella dejó escapar un quejido.

—No hagas eso —repitió con aspereza.

Ella, contrita por su brusquedad, abochornada por haberse puesto en evidencia, dio un tirón para liberarse. Se mordió los labios, que temblaban, contuvo las lágrimas que pugnaban por escapársele y prometió:

—No le volveré a importunar, milord.

Dispuesta a escapar de allí, no llegó a dar dos pasos cuando unas manos de hierro la atraparon por los hombros, la obligaron a volverse y una boca sedienta se prendió a la suya para robarle el aliento en un beso enloquecedor. Por obligación, no había tenido más remedio que ceder a las caricias de su anterior esposo; por deber, intercambió algún que otro beso con los sujetos a los que le mandaron investigar. Pero nunca, jamás, se había sentido tan a merced de un hombre como en aquel momento. Samuel le robaba el sentido mordisqueando su labio inferior, la convertía en gelatina, la encendía como una antorcha, hacía que su corazón latiese tan aprisa que temió se le saliese del pecho. Alzó los brazos para pasarlos por detrás del cuello de su esposo, se pegó más a él y le devolvió los besos con pasión, llorando por dentro al haber conseguido sus caricias.

Enardecido, Samuel se tomó un respiro para mirarla a los ojos, perdiéndose en aquellos lagos azules. Luego se inclinó y siguió devorando sus labios mientras, con dedos torpes, abría uno a uno los botones del vestido. Le costó una vida no arrancárselo. Quería desnudarla por completo, comprobar si su piel era tan suave como la soñaba, besar sus pezones, acariciar sus muslos y perderse en ella. Aunque fuese por una vez, allí, en ese momento, iba a tomar lo que el matrimonio le concedía por derecho ante Dios y los hombres.

Pero cuando bajó la fina camisola se quedó sin aliento. Nunca hasta entonces había visto unos pechos tan deseables, ni grandes ni pequeños, de aureolas oscuras que se arrugaron cuando sopló sobre ellas. Eran perfectos para sus manos. Acarició una de las cúspides con el pulgar mientras metía la otra en su boca, escuchando los apagados gemidos femeninos que acabaron por enardecerlo.

Tomándola por la cintura, la sentó sobre el piano y le subió las faldas, sonriendo al descubrir unas medias blancas y gruesas atadas por ligas rosas. A un paso de quitarle los calzones, dolorido y anhelante su miembro, enfebrecido por poseerla, escuchó la voz de

Weir que se acercaba llamándolo.

Con una blasfemia en los labios, cubrió las piernas de su mujer, la bajó del piano y la instó a volverse a fin de que el criado no advirtiera su desaliño. De buena gana lo hubiera estrangulado por aparecer en ese momento.

—Lamento interrumpirles, milord —se disculpó Andreas desde la puerta.

—Dime.

—Quería saber si desea algún vino especial para esta noche.

—Elígelo tú mismo.

—Coira me ha pedido que le entregue a *milady* las llaves de la mansión; ahora es ella quien debería tenerlas.

—No veo el motivo, señor Weir —intervino Geraldine, que ya había abotonado su vestido y recobrado el aplomo, aunque seguía notando que le ardían las mejillas.

—Bueno… usted es ahora el ama, *milady*.

—Espero que a su esposa no le importe continuar dirigiendo la casa, al menos hasta que yo aprenda dónde está todo y pueda serle de utilidad a ella.

—Por supuesto que no, *milady*.

—Devuélvaselas entonces, por favor. Y gracias a ambos.

—Gracias a usted por la confianza, señora —sonrió el criado a la vez que hacía una reverencia.

Al quedar a solas de nuevo, Samuel dejó escapar una carcajada cargada de ironía.

—Incluso eres capaz de engatusar a mi mayordomo, cariño; reconozco, una vez más, que tus habilidades son prodigiosas. Creo que es la primera vez que lo veo sonreír.

Geraldine apretó los labios para que no se le escapara una palabra malsonante. Se preguntó si su marido no tendría alguna enfermedad mental, porque no era lógico que hubiera estado a punto de hacerle el amor y, un momento después, le regalara un insulto. Desalentada, pasó a su lado sin dirigirle una palabra; sin querer mirarlo pregunto:

—¿Por qué me pediste matrimonio, Samuel?

—Necesito un heredero —respondió huraño al cabo de unos segundos, maldiciéndose por mentir, por no ser capaz de decirle que la deseaba—. Y tú, ¿por qué te casaste conmigo?

Geraldine sí se volvió entonces, sus ojos azules desprendiendo chispas. ¿Así que necesitaba un heredero, pero se resistía a tratarla como a una esposa? Porque lo que acababa de suceder entre ellos, se daba cuenta, no había sido más que producto de su lujuria. Le odió con todas sus fuerzas por herirla de un modo tan atroz. Elevó graciosamente un hombro, sonrió con ironía y afirmó con toda la frialdad de que fue capaz:

—Deseaba ser vizcondesa.

Samuel no tuvo opción a replicar antes de que ella desapareciese cerrando tras de sí con un sonoro portazo.

Capítulo 6

Geraldine pasó el resto del día en su cuarto, con la única compañía de un libro, excusándose de nuevo por no acudir ni a la hora del almuerzo ni a la de la cena. Aunque le dolía hacer un feo a los Weir, no tenía valor para enfrentarse a Samuel después de lo sucedido. Se prometió, durante el soporífero día y la larga noche que pasó en vela, otra más por su culpa, que aprendería a soportar su desapego. Al fin y al cabo, su hijo estaría protegido por el apellido Meller, y era lo que le importaba. Su corazón era escaso pago con tal de darle un futuro prometedor a Paul. Dedicaría su tiempo y esfuerzo a que Aislingean volviese a ser la mansión de años pasados, tenía mucho trabajo por delante.

Por descontado, ni Samuel fue a buscarla para dar la sugerida vuelta matinal, ni ella salió de su cuarto hasta verlo marchar a través de la ventana.

—¿Por qué mi marido no se ha preocupado de volver a levantar la torre oeste, señora Weir? —se interesó más tarde, mientras acababa su taza de chocolate sentada a la mesa de la cocina.

Coira, que trajinaba en los fogones, la miró de reojo, se limpió las manos en el paño de cocina que colgaba de su cintura y fue a sentarse frente a ella.

—¿Por qué mi pequeño McKinnion y usted parecen haberse declarado la guerra? —atacó con otra pregunta que la dejó sin saber qué responder—. No me interprete mal, *milady*, no soy una cotilla, pero quiero a ese cabezota como si fuese mi propio hijo, lo he cuidado desde que vino al mundo, he sufrido con su ausencia y mi cansado corazón se hinchó de gozo al saber que volvía a casa para quedarse, y con una esposa, pero…

—Le ha echado de menos.

—Mucho. Nunca entendí que dejara Escocia para marcharse a Londres, su lugar está aquí, en la tierra de sus ancestros, levantando Aislingean de nuevo.

—Para su tranquilidad, señora Weir, puedo asegurarle que milord ha salvado unas cuantas vidas en Inglaterra —murmuró sin atreverse a mirarla de frente, tratando de cambiar el tema de la conversación.

—No me interesa qué hizo o dejó de hacer allí, *milady*, estoy convencida de que fuera lo que fuese se comportó como lo que es, un hombre de honor. Sin embargo, algo va mal entre ustedes y me gustaría saber si esta pobre vieja puede hacer alguna cosa, parecen dos almas en pena.

—Es solo que no nos conocemos demasiado —mintió, sintiéndose una depravada por engañar a una mujer que acababa de abrirle su alma—, necesitamos tiempo. Mi esposo tiene un carácter difícil y…

—¡A mí me lo va a contar! Sobre todo, desde la muerte de sus padres, *milady*. Fue un niño risueño y un jovencito optimista hasta que…

—Sobre eso quería hablarle, señora Weir —dijo—, él nunca me ha contado qué sucedió. ¿Cómo murieron? ¿Por qué la torre oeste sigue en ruinas? ¿Acaso…?

Coira se recolocó tras la oreja un mechón que se le había soltado del moño, rehuyendo su mirada. De pronto, parecía incómoda. Se levantó y volvió a los fogones. Geraldine esperó con paciencia a que la criada hablara, aguardaría lo que hiciese falta para saber qué atormentaba a su esposo; aunque el suyo fuese un matrimonio basado en la conveniencia, no quería vivir con el fantasma de su pasado entre los dos.

—Ambos se encontraban en la habitación de la torre cuando se declaró el incendio —comenzó por fin a contar Coira con voz átona —. El fuego se propagó con tal rapidez que fue imposible sofocarlo, no pudimos llegar hasta ellos. Tres criados hubieron de retener a la fuerza a su esposo para evitar que también él pereciera entre las llamas y los muros que se desmoronaban intentando socorrerlos. Casi se volvió loco, *milady*, adoraba a su padre.

Geraldine tragó el nudo que se le había formado en la garganta al imaginar la espantosa escena; no le pasó por alto el hecho de que

la otra solo habló del padre de Samuel, dejando a un lado a su madre.

También ella había perdido a sus padres al año de contraer nupcias, cuando viajaban para conocer a su primer nieto. Un desprendimiento de tierra debido a las torrenciales lluvias propició que el carruaje en el que iban acabara en el río, donde murieron ahogados. Claro que ella no sufrió su pérdida como, al parecer, lo había hecho Samuel. Su padre siempre la despreció, nunca la quiso porque hubiera preferido tener un varón, no recordaba una caricia de su madre, y les faltó tiempo para venderla a un degenerado como Archibald Green con apenas diecisiete años, a cambio de una pequeña cantidad de dinero con la que ampliar la sastrería que regentaban en Ipswich.

—Dejar la torre en las condiciones actuales solo sirve para mantener abierta esa herida —murmuró.

—Lo sé, señora. Pero su esposo mandó clausurar la puerta de la galería que daba acceso a ella. Nunca ha querido volver a levantarla. No sé —se secó la lágrima que descendía por su mejilla —, es como si quisiera mantener aquella noche viva, como si con ello pudiera expiar su culpa cada vez que clava sus ojos en esos muros ennegrecidos.

—¿Expiar su culpa? ¿Por qué habría de hacerlo? Acaba de contarme que intentó auxiliarlos. ¿Qué…?

—Siempre se culpó de su muerte, *milady*.

—¡Por el amor de Dios, señora Weir! —exclamó por completo aturdida. Que el hombre del que estaba enamorada viviera atormentado por algo que no pudo remediar la trastornaba. Comprendió entonces los momentos en que Samuel parecía abstraerse de todo, sus prolongados silencios, sus salidas de tono. Desde que le conoció, siempre pensó que era un hombre frío al que pocas cosas, aparte de su trabajo para la Corona, importaban. Escuchando a Coira se dio cuenta de su error—. Él no provocó el incendio.

—Pero tal vez fue el detonante, *milady*. Y jamás quiso saber… Nunca dejó que le contara…

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, ya he hablado demasiado. Si me disculpa, señora.

Geraldine no pudo detenerla antes de que escapara de la cocina

casi a la carrera y ahogando un sollozo.

Capítulo 7

Los días siguientes supusieron una prueba de resistencia para Geraldine.

Salvo por los momentos en que compartían la cocina con los Weir, apenas vio a Samuel. Solo gracias a que hubo de atender a todas y cada una de las personas que acudieron al reclamo de un puesto de trabajo, se sintió como si en realidad empezara a formar parte de Aislingean. No negaba que le apetecía conocer el pueblo, pero no estaban las cosas como para pedirle a su esposo que se acercasen, de modo que se centró en las necesidades para la casa.

Animados porque la decisión de sus señores de contratar personal redundaría en beneficio de sus conciudadanos, tanto Andreas como Coira ayudaron en la selección, aconsejándola o dándole su parecer, pero fue ella quien debió tomar la decisión final de admitir o rechazar a los aspirantes. Al acabar la semana habían contratado a una muchacha para ayudar en las cocinas, otras dos —que eran quienes acudían a hacer limpieza en la casa desde hacía tiempo— para los quehaceres diarios, dos jóvenes de aspecto fuerte como lacayos, un cochero y un jardinero. Se negó, sin embargo, a tener una ayudante personal, tal y como Samuel le había sugerido; no estaba acostumbrada a tener a nadie revoloteando a su alrededor ni hurgando en sus cosas.

Terminada la elección del personal, Geraldine pidió a Andreas que se encargase de buscar operarios para las obras de mejora: tendrían que arrancar el papel antiguo, forrar las paredes de nuevo, regresar los suelos a su antiguo esplendor, descolgar cortinas y visillos, sacudir las alfombras…

«Y reconstruir la torre», se dijo con decisión. Le importaba un bledo si su marido se oponía a ello, le había dado carta blanca para

realizar los cambios que creyera oportunos, para que gastase lo que fuera menester, y eso era lo que pensaba hacer. Si se quejaba por la minuta, que iba a ser alta, utilizaría su propio dinero; contaba, además de con sus ahorros, con el añadido que suponía el título de baronesa Ashford, concedido por la reina Victoria.

Cuanto antes acabasen con el acondicionamiento de la casa, antes tendría con ella a Paul, Samuel había prometido encargarse de buscar a un tutor que formaría al niño hasta que tuviese edad para ingresar en Eton. Su traslado allí, a más de cuatrocientas millas de Stirling, sería duro para ella, pero para eso faltaban algunos años y comprendía que debía tener la mejor educación. No se opuso, por tanto, cuando Samuel le comunicó su decisión de matricularlo en Berkshire cuando llegase el momento.

Tener a algunos de los trabajadores viviendo en la mansión, sin embargo, supuso prescindir de los momentos de solaz junto a Andreas y Coira durante las comidas. Porque una cosa era colaborar con ellos y otra, muy distinta, invadir su espacio. Compartir la cocina, como lo habían hecho en días anteriores, implicaba coartar al servicio, puesto que no era normal que los señores comieran con los criados. Y acudir cuando ellos hubiesen terminado suponía hacerles de menos. De modo que no les quedó más remedio que utilizar el comedor, donde Geraldine no se encontraba cómoda, máxime cuando ella y su esposo apenas intercambiaban un par de frases.

Estaba en el salón principal junto a las dos muchachas del servicio, llamadas Penny y Megan, y el más joven de los lacayos, un chico que sobrepasaba el metro noventa, fuerte como un toro, que iba arrancando el descolorido papel de las paredes, cuando hizo acto de presencia Samuel.

—Geraldine, ¿puedes venir un segundo? —pidió.

Sobresaltada, porque no le esperaba, se volvió demasiado deprisa sobre la escalera en la que estaba subida intentando desenganchar las pesadas cortinas. El brusco movimiento sobre el inseguro andamiaje hizo que este se tambalease, perdió pie y ahogó un grito al encontrarse cayendo.

No llegó al suelo. Unos brazos musculosos la recibieron y ella abrió los ojos que había cerrado, previendo el batacazo, para encontrarse con otros oscuros como la pizarra.

—Gracias, Alec —agradeció al lacayo con un suspiro de tranquilidad.

Al segundo siguiente escuchó la voz malhumorada de Samuel, que se acercaba a grandes pasos.

—Gracias, muchacho —repitió él al joven criado al que miró de arriba abajo—. Puedes soltar ya a la señora y seguir con lo que estabas haciendo.

El pobre chico enrojeció, dejó con todo cuidado a Geraldine en el suelo y, tras una reverencia a ambos, se alejó al otro extremo del cuarto.

—Tu segundo apellido no es Gentileza, ¿verdad? —reconvino ella en voz baja.

—¿Puedes atenderme o vas a seguir haciendo equilibrios encima de esa condenada escalera? Que, por cierto, ¿qué demonios hacías subida ahí arriba? Podrías haberte roto la crisma.

—Puedo atenderte, estamos quitando las cortinas y tengo un ángel de la guarda.

La respuesta, demasiado seca, le hizo apretar los dientes. De haberse encontrado sin testigos, por mucho que todos disimularan no verlos ni escucharlos, no habría guardado un prudente silencio. Casi se le había salido el corazón por la boca al verla caer. ¿Qué le pasaba a aquella mujer, quería matarse? ¿Cómo se le ocurría subirse a diez pies de altura? ¡Era la vizcondesa, por todos los infiernos!

—Quiero que conozcas a alguien.

—No estoy en condiciones —farfulló ella señalando su atuendo.

No le faltaba razón. Llevaba un vestido marrón desgastado y soso, aunque se ajustaba a sus curvas de forma enloquecedora, según comprobó, y cubría su precioso cabello rubio con un pañuelo; tenía un poco de tizne en una de las mejillas y sobre el puente de la nariz. Así y todo, a él le pareció preciosa.

—Andrew Gibson no puede quedarse mucho tiempo, sale hacia Inverness dentro de una hora y yo quiero que sepas quién será el tutor de Paul.

—¿Me concedes un momento para adecentarme?

—¡Vamos, cariño! —chascó la lengua y señaló con la cabeza al individuo que, a la entrada del salón, se retorcía las manos—. Acaba de verte subida en una escalera con ese aspecto de criada que has elegido hoy, ya no puedes arreglarlo.

Geraldine se dio cuenta de que así era. Y no, ya no tenía arreglo: la vizcondesa Marble acababa de dar una lamentable imagen. Lo que le importó un bledo, por descontado. Se sacudió la falda, de la que salió una pequeña nube de polvo, arrancó el pañuelo de su cabeza guardándolo en uno de los bolsillos del vestido para atusarse en cabello, y caminó resuelta hacia el recién llegado.

—Señor Gibson —le ofreció la mano abierta. Lo vio dudar un instante, seguramente había esperado que le mostrara el dorso para que se lo besara, pero acabó por estrecharla sin poder ocultar una sonrisa divertida que a ella le gustó—. Mi esposo dice que será el tutor de mi… de nuestro hijo.

—Siempre que usted me encuentre adecuado, *milady*.

—He tenido la impresión de que lord Marble ya había elegido por los dos.

—Pues no es así —gruñó Samuel tras ella.

Geraldine puso los ojos en blanco, lo que hizo que Gibson se viera obligado a morderse los labios para evitar echarse a reír. Le gustaba aquella mujer, tan distinta a las emperifolladas damas a las que había tenido la desgracia de servir con anterioridad.

Ella le dio un rápido repaso: era bastante bajo, apenas le llegaba al mentón, muy delgado, de nariz ganchuda, vestía absolutamente de negro como un cuervo, y solo tenía un puñado de cabellos ralos sobre su cabeza. Pero su sonrisa era preciosa y sus ojos verdes destilaban cordialidad. Estaba acostumbrada a catalogar a las personas al primer golpe de vista, y aquel hombrecillo quedó clasificado como buena persona. Le sonrió y asintió con la cabeza.

—Está usted contratado, señor Gibson.

—Si desea ver mis credenciales, *milady*…

—Estoy convencida de que mi esposo ya las ha dado por válidas. Tardaremos algún tiempo en tener todo esto en condiciones, ya ve cómo estamos —señaló el salón, que se encontraba patas arriba—, pero espero que pueda empezar con su tutoría en cuanto terminemos las obras.

—Cuando milord y *milady* decidan.

—Ahora, si me disculpa, hay mucho por hacer. Ha sido un placer conocerlo, señor Gibson.

—El placer es mío, *milady* —se inclinó él en una reverencia.

—¿Puede esperar un instante aquí, por favor? —le pidió Samuel,

tomando la mano de Geraldine para sacarla del salón y llevarla unos metros más allá, donde no pudieran escucharlos—. No vuelvas a subirte a esa condenada escalera.

—Eso suena a orden.

—Lo es.

—Has dejado de ser mi jefe, por si no lo recuerdas.

—Ahora soy tu marido, por si no lo recuerdas tú.

—¿De veras? —Se echó a reír con acritud.

—Has estado a un paso de abrirte la cabeza —protestó él obviando el alfilerazo.

—¡No digas bobadas! Ya has visto que no ha pasado nada.

—Por cierto, ¿quién demonios es ese orangután?

—Uno de los nuevos lacayos. Imagino que no estarás celoso porque me ha cogido en brazos para evitar el golpe. ¿O sí?

—Por descontado que no —rezongó él.

—Me lo había parecido. Cuando tengas tiempo te presentaré a los nuevos integrantes del personal, si es que te interesa conocerlos. Y ahora, te agradecería que no me hicieras perder más tiempo, tenemos intención de dejar limpio el salón antes de la hora de la cena. —Se cubrió con el pañuelo, dándole luego la espalda—. ¿Lo atas, por favor?

En lugar de hacer lo que le pedía, Samuel la obligó a darse la vuelta, tomó el rostro femenino entre sus manos y bajó la cabeza para robarle un beso ardiente, lleno de pasión y lujuria, que la dejó temblando.

—Sí, joder, me he sentido celoso —susurró sobre sus labios antes de volver a apoderarse de su boca como un hambriento.

Capítulo 8

Dos días después, Geraldine seguía preguntándose qué había querido darle a entender Samuel con lo de estar celoso. Sentía un hormigueo en la boca del estómago cada vez que recordaba sus besos, el modo dominante con que la abrazó, su fiera mirada al confesarlo. ¿Cómo podía aseverar tal cosa cuando no le había prestado apenas atención desde que llegaron? Debía tratarse simplemente de un sentimiento de pertenencia. Agradeció que él se hubiera ausentado para ir a Glasgow, necesitaba poner distancia entre ambos para recobrar la serenidad.

Movió la cabeza para olvidarse de lo que Samuel le hacía sentir cada vez que lo tenía cerca y atendió a las explicaciones de la señora Weir, que se había prestado a ser su guía a fin de conseguir lo más necesario para comenzar a modernizar las habitaciones. Por desgracia, muchas de las cosas deberían encargarlas o buscarlas en Glasgow o Edimburgo, allí solo encontrarían lo más esencial. Aunque, según le indicase Coira, también podía haber algún mueble que le gustase en el desván.

La nieve cubría calles, fuentes y tejados del burgo levantado al lado del río Forth, alrededor de la colina en la que se emplazaba el antiguo castillo y centro medieval. No por parecer un tanto provinciano cuanto veía a través de la ventanilla del coche dejó de agradarle a Geraldine, que respiró con deleite el aire helado que se colaba en el interior, mucho más puro que el de Londres.

—Stirling ha estado siempre habitada desde la Edad de Piedra, *milady* —decía Coira—, y fue un punto de importancia estratégica al ser fácil de defender.

—¿Cree usted que tendríamos tiempo hoy para ver la Iglesia de la Santa Cruz?

—Si no empieza a nevar de nuevo…

—Esperemos que el cielo nos dé un respiro, ha estado nevando desde que llegué aquí.

—Veamos entonces lo que podemos encontrar y luego nos acercaremos. No es porque yo viva aquí, *milady*, pero es un templo precioso del siglo XV. ¿Sabía que, aparte de la Abadía de Westminster, es la única iglesia del reino que ha visto una coronación? —La joven negó con la cabeza, atenta en ese momento a unos chiquillos que jugaban a tirarse bolas de nieve y que le hicieron evocar al suyo, provocándole un pinchazo de tristeza por no tenerlo cerca—. Las proezas de aquellos tiempos han ido pasando de padres a hijos, aún se puede ver el efecto de las balas de los hombres de Oliver Cromwell en la torre, lo comprobará cuando vayamos.

El carruaje frenó en una de las arterias principales, frente a un edificio de una sola planta encima de cuya puerta colgaba un cartel que indicaba «Duncan», y ellas aguardaron a que el cochero desplegase la escalerilla y las ayudase a bajar.

—Regrese a buscarnos en media hora —pidió Coira al sujeto, que asintió, volvió a plegar la escalera y se encaramó al pescante.

Antes de poder acceder al local, una bola de nieve, salida de nadie sabía dónde, impactó en el pecho de Geraldine. Escucharon risas infantiles que se perdieron por uno de los callejones mientras la señora Weir increpaba a los niños a la vez que sacudía la nieve de la capa de su señora.

—No se preocupe, no ha sido nada —restó ella importancia en tanto fijaba la mirada en el castillo que dominaba todo con su fastuosa presencia—. Parece inexpugnable.

—Ni siquiera el ejército de Carlos III pudo capturarlo hace ya un siglo, *milady* —asintió la criada con orgullo—. Pero entremos antes de que se nos congelen hasta las ideas, señora.

Al sonido de la campanilla que accionó la puerta al abrirse apareció una mujer alta, de cabello oscuro, mejillas sonrosadas y ojos grises, que de inmediato esbozó una sonrisa desdentada y se aproximó a ellas para abrazar a Coira que, acto seguido, presentó a Geraldine como la vizcondesa Marble.

Lo que le había parecido a la joven una tienda sencilla, en la que dudó encontrar lo que deseaba, resultó ser un comercio bien surtido

que podía ofrecer casi de todo. Incluso había unos cuantos sombreros con plumas que nada tenían que envidiar a los que se podían encontrar en Londres.

Coira había calculado el tiempo a la perfección y, media hora después, tras aceptar Geraldine con cierta renuencia el dedo de *whisky* ofrecido por la señora Duncan «para que entraran en calor», firmó la factura, pidiendo que pasaran a cobrarla a la mansión.

Por fortuna, el cielo sí les dio el respiro deseado y no había comenzado a nevar de nuevo. Se arropó más en su capa, caminando resuelta hacia el carruaje que ya les aguardaba. El cochero se adelantó a recoger los bultos y ella se detuvo un momento para admirar de nuevo las murallas almenadas del castillo. A punto de aceptar la mano de su empleado para subir se le fueron los ojos hacia la figura de un sujeto que, parado en medio de la acera, embutido en un redingote oscuro, hablaba con una mujer cuya cabellera pelirroja y rizada destacaba como un faro en las tinieblas. Estaba vuelto de espaldas, no pudo verle el rostro, pero lo identificó de inmediato. Parpadeó, creyendo estar confundida. Debía estarlo, porque ¿no había dicho Samuel que partía hacia Glasgow? ¿Qué hacía entonces allí? ¿Por qué estaba abrazando a aquella mujer? ¿Por qué ella hacía otro tanto? Una inseguridad de la que nunca había sido víctima se apoderó de ella.

—*Milady*…

Desvió los ojos de la pareja a la llamada del cochero, se tomó de su mano para ascender al vehículo y se acomodó en el asiento, echando sobre sus rodillas la gruesa manta de lana.

—Volvamos a casa —le pidió a Coira.

—Creí entender que deseaba visitar…

—Otro día, no me encuentro bien.

Durante el camino de regreso a Aislingean asintió mecánicamente a los comentarios de la señora Weir sobre las compras, aunque ni la escuchó en realidad. Cientos de preguntas sin respuesta se abrían paso en su cabeza. ¿Qué hacía su esposo en Stirling? ¿Por qué la había engañado diciéndole que iba a Glasgow? ¿Quién era aquella mujer?

Capítulo 9

Envuelta en un grueso abrigo, gorro de piel, botas forradas de lana y guantes, Geraldine asistía como espectadora al derrumbe de los restos de la torre. Los tres operarios que contratase Andreas Weir habían comenzado el día anterior y debía reconocer que trabajaban deprisa y bien. Si el tiempo se lo permitía y seguía sin nevar demasiado, en poco más de una semana podrían comenzar a desescombrar.

A sus pies se amontonaban bloques de piedra ennegrecida como despojos de la desgracia acontecida allí hacía años. Un cadáver que deberían sepultar cuanto antes para que Samuel dejara de mirar al pasado. Desconocía los pormenores de lo sucedido y qué parte de culpa tuvo su marido en tan trágico suceso, había sido imposible sacarle una palabra más a Coira pero, fuera lo que fuese lo que truncó la vida de los Meller, él debía pasar página.

Se golpeó los brazos en un vano intento de entrar en calor y decidió regresar al confort que proporcionaba la chimenea de la cocina. Casi se dio de bruces con el hombre que acaparaba cada segundo de sus pensamientos, haciéndola retroceder.

—¿He de suponer que vas a explicarme qué diablos significa esto? —movió Samuel una mano señalando a los trabajadores.

Su tono admonitorio la hizo envararse. Coira no se había confundido al decirle que él no se lo tomaría a bien, se le veía irritado. Y tan atractivo que le entraron ganas de colgarse de su cuello y pedirle que la besara como lo había hecho días antes. Pero recordó a la muchacha de Stirling y apretó las manos en puños, guardándolas en los bolsillos del abrigo, con la duda carcomiéndole de nuevo las entrañas.

—No esperaba que regresaras hoy —dijo pasando a su lado en

dirección a la entrada, obviando que él acababa de hacerle una pregunta.

—Geraldine…

—Hablemos dentro, me he quedado como un témpano de hielo y la señora Weir ya tendrá preparado el té.

Unos dedos que parecieron grilletes la tomaron de un brazo obligándola a volverse y mirarlo de nuevo. Los ojos azules de Samuel tenían un brillo peligroso.

—No he dado permiso para que…

—Me lo diste a mí —le cortó liberándose del agarre—. Dijiste que podía cambiar cuanto fuera menester en la casa, que tenía potestad para…

—No. Para. Echar. Abajo. La. Torre.

Geraldine sintió un nudo en la garganta. Separar las palabras de aquel modo significaba que Samuel estaba en el límite de su tolerancia. Solo le había visto así de iracundo cuando, un año tras, atraparon por fin a un criminal apellidado Cooper, dedicado a la trata de mujeres. Había raptado a dos jóvenes criadas, de apenas catorce años, para prostituirlas con desaprensivos que se excitaban torturando a sus víctimas. Aunque encontraron su madriguera cerca del puerto de Londres, no les fue posible evitar que, para no dejar testigos de sus delitos, asesinara a las chiquillas haciendo desaparecer sus cuerpos en el Támesis, donde fueron encontradas días después. Samuel se había despachado a gusto con Cooper, loco de rabia. Seguía poniéndosele el vello de punta recordando el modo fiero con que lo golpeó una y otra vez hasta convertirlo en una ruina humana que hubieron de llevarse en camilla.

En ese momento tenía la misma mirada de fiereza.

Tragó saliva para pasar el nudo que se le había formado en la garganta y elevó el mentón. Temblaba por dentro, pero no iba a darle el placer de verla vacilar o amedrentarse ante él.

—Si quieres seguir castigándote por lo que pasó, que desconozco, no me opondré, pero no intentes que comparta tu estúpido modo de torturarte, porque no voy a hacerlo.

—Tú no lo entiendes —dijo con los dientes apretados.

—No. Claro que no lo entiendo. En realidad, no entiendo nada, Samuel. Porque no te has molestado en explicármelo. Soy una mujer intuitiva, pero no tanto como para adivinar lo que se esconde

bajo esa armadura en la que te has envuelto siempre.

—Lo único que debes hacer es lo que yo te diga que hagas.

—Al casarte conmigo no has comprado una sirvienta que deba obedecerte sin protestar. ¡Soy tu esposa, maldito seas! —estalló, sin importarle que los operarios hubiesen parado de trabajar al escuchar la discusión—. Tengo derecho a saber qué te atormenta, quiero ayudarte. Pero queda claro que no quieres esa ayuda, que eres feliz regodeándote de aquella desgracia que se llevó a tus padres.

—Geraldine…

Le dio la espalda y echó a correr ahogando un sollozo de frustración. Entró en la casa, subió de dos en dos las escaleras y penetró en su cuarto para echarse sobre el lecho y romper a llorar sin control, silenciando sus gemidos sobre la almohada.

No escuchó abrirse de nuevo la puerta, ni las pisadas de Samuel sobre la mullida alfombra. Solo era consciente del dolor que le traspasaba el pecho por su fracaso. Y de la rabia sorda que la embargaba. Rabia contra Samuel, contra el secreto que todos parecían querer guardar, contra ella misma por ser tan estúpida confiando en que, por amarlo con toda su alma, conseguiría su cariño. Sí, había fracasado. Se había propuesto enamorarlo y a cada minuto lo sentía más alejado de ella.

Se quedó rígida y cesaron las lágrimas al notar hundirse el colchón y a su esposo chistándola como si fuera una criatura. ¡Ah, no! No iba a consentirle que tratara de apaciguar su furia. Porque estaba furiosa. Mucho.

Giró sobre el lecho para ponerse en pie al otro lado, guardando las distancias, se secó las lágrimas con las palmas de las manos y señaló la puerta.

—Vete.

—No hasta que hablemos —negó él levantándose.

Se le veía más calmado, aunque su mirada seguía siendo tormentosa.

—No hay nada de lo que hablar, he entendido cuál es mi posición en esta casa, lord Marble.

—Deja de llamarme milord.

—¿No es así como debe dirigirse una criada a su amo? —pinchó ella con altanería—. Porque, según acabo de ver, es por lo que me

tienes, alguien a quien has contratado como esposa poniéndole un jodido anillo en el dedo.

—¡Por los dientes de Satanás, mujer!

—Puedes señalar a toda la corte de infierno si te apetece. Al fin y al cabo, es donde estás por tu propia decisión, ¿no es verdad? Debes tener buena relación con ellos.

—¿Quieres dejar de farfullar, decir tonterías y escucharme?

—No. No quiero escucharte, Samuel, ya no. Quiero que me dejes sola. ¡Fuera!

Samuel se la quedó mirando. La vio espléndida en su cólera, con los puños en las caderas, enfebrecida la mirada, orgulloso el gesto. Una mujer como jamás encontraría a otra, capaz de enfrentársele y hasta de, si se terciaba, soltar una palabrota. La que había compartido con él momentos de peligro, la que arriesgó su integridad en numerosas misiones; quien una vez, incluso, le había salvado la vida al abatir al asesino que estaba a punto de acabar con él. La maravillosa, valiente y soberbia mujer de la que estaba enamorado como un pollino.

Llevaba años intentando mantener las distancias con ella, culpándola de hechos que él mismo había perpetrado por el bien de alguna misión para la Corona. De acuerdo, él era hombre, y los hombres siempre tuvieron bula cuando se trataba de flirteos. Un hombre podía tener aventuras con infinidad de mujeres y el mundo lo llamaba libertino. Pero si se trataba de una mujer la cosa cambiaba, y existía otra palabra mucho más ofensiva para describirla. La puñetera, arcaica y jesuita sociedad no admitía ciertas prácticas en alguien del sexo femenino, por mucho que se llevaran a cabo para salvarles a ellos el culo. Se odió por el tiempo perdido, por haberla despreciado a pesar de estar loco por ella desde que la conoció, por haberse comportado como un auténtico capullo. Le debía una explicación e iba a dársela.

Inspiró hondo, cerró los ojos y dijo:

—Yo fui el culpable de que mis padres muriesen.

Capítulo 10

Percival Bevan caminó con los hombros vencidos, mirando de reojo al compañero que le había mostrado el pequeño frasco, y se pasó la lengua por los labios. Durante unos segundos pareció pensarse si hacer caso a su invitación, pero el otro le había prometido regalarle lo que tanto ansiaba, y lo quería a toda costa. Sus oscuros ojos de desequilibrado se volvieron carbones con solo pensar en poseerlo; era bonito, muy bonito el frasco de cristal con irisaciones.

—Vamos, Percival —instó Bowen tomándolo del brazo—, vamos a la biblioteca, allí te lo daré.

—Será nuestro secreto, ¿verdad? Si *ellos* se enteran no me dejarán tenerlo. Solo quieren volver a meterme en la sala, en esa sala, ¡en esa maldita sala! —lloriqueó alterado.

—Calla —tiró de él— o no podré darte mi regalo.

—Polvo de hadas —murmuró Bevan con la mirada extraviada, frotándose las manos—. Polvo de hadas. Polvo de hadas. Polvo de hadas.

—Eso es —alentó quien le guiaba—. Imagina lo que podrás hacer con él, Percy. Volar.

—Volar, sí. Y no ver más al doctor Muerte —aseguró convencido, refiriéndose al doctor que le había aplicado horribles tratamientos desde que ingresara allí.

—Nunca más.

La institución Bedlam contaba con una biblioteca como anexo, bastante frecuentada por algunos internos, pero Seirian Bowen sabía que a aquella hora estaría vacía; solo le había costado un par de coronas conseguir que Pet Donovan, el celador que le proporcionaba artículos que estaban prohibidos en el centro,

ahuyentase a los posibles lectores. En ese momento montaba guardia en la puerta, que abrió para ellos apenas verlos aparecer.

—Quedan veinte minutos para regresar a las celdas —advirtió, permitiéndoles la entrada para hacerlo tras ellos y cerrar a su espalda.

Bowen asintió. No le harían falta más de diez para llevar a cabo lo que se proponía. Notó que le sudaban las manos y se las secó en las perneras de los pantalones. Le quedaba tan poco para cumplir su sueño que el corazón le bombeaba como loco en el pecho. Solo tenía que seguir el plan perfectamente estudiado y se encontraría fuera de aquellos muros.

No quiso perder tiempo, no podía permitírselo: tan pronto su demente compañero le dio la espalda atenazó su cuello con un brazo y se lo quebró. Una sonrisa de satisfacción se le dibujó en los labios al sonido de las vértebras fracturadas. Dejó caer el cuerpo inerte al suelo para, de inmediato, comenzar a desnudarse.

—¿A qué diablos estás esperando? —increpó al celador que, a pesar de saber lo que tramaba, estaba paralizado.

Impelido por la seca orden, y por el dinero que se le había prometido por su colaboración, comenzó a quitar la ropa al cadáver.

Vestido de nuevo con la indumentaria del muerto, Seirian Bowen extrajo con cuidado el tapón del frasco que había guardado celosamente desde que se lo entregara su abogado, se puso de cuclillas junto a Bevan y volcó el líquido en su rostro.

El celador desvió la mirada, asqueado ante el efecto corrosivo del ácido, dándose prisa en abrir la puerta y acechar el pasillo.

—Podemos salir, no hay nadie.

El asesino echó una última mirada a su víctima. De parecida edad y complexión, llevando la camisa con las iniciales S. B. y la cara desfigurada, nadie perdería el tiempo en investigar demasiado la auténtica identidad del cadáver. Supondrían que era él. Para todos, Percival Bevan le habría roto el cuello, vertido ácido sobre su rostro y escapado del manicomio.

Sonrió al vigilante y asintió.

—Vamos.

Durante unos minutos que a Bowen se le antojaron interminables, caminó por pasillos secundarios detrás de Donovan,

al que se le adivinaba el nerviosismo, hasta que por fin eligió una de las llaves que colgaban de su cinto y abrió una puerta. Una ráfaga de aire frío azotó el cuerpo de Bowen, que maldijo entre dientes.

—Dé la vuelta a la esquina, el carruaje le está esperando.

—Lo has hecho bien, Donovan. Muy bien —le palmeó el hombro echando un vistazo a la calle.

—¿Y mi dinero?

—No he olvidado tu recompensa —aseguró, agachándose para sacar algo de su bota derecha.

Donovan se secó el sudor que le perlaba la frente con el dorso de la mano y sus ojos brillaron de codicia… hasta que vio la daga. Los abrió entonces como platos y en sus labios comenzó a formarse un grito que no llegó a emitir. La afilada hoja del cuchillo le cercenó la garganta, un chorro de sangre caliente y espesa escapó por la herida y, aunque intentó detener la hemorragia con sus manos, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo. Después de que su cuerpo sufriese un par de convulsiones se quedó quieto, con su vidriosa mirada clavada en el hombre que acababa de asesinarlo.

Capítulo 11

—Fui el causante de su muerte, sí —repitió Samuel viendo que ella lo miraba con los ojos muy abiertos—. Descubrí a mi madre abrazada a otro hombre, un bastardo que desapareció tan pronto quedó al descubierto su infamia. Hoy hubiera actuado de otro modo, habría perseguido a ese cabrón para que rindiera cuentas, pedido explicaciones a mi madre… Pero entonces no era más que un imbécil que pensaba que el mundo era maravilloso, que nuestra familia lo era y que ella acababa de ensuciar el apellido de mi padre. Y el de los McKinnion, del que me siento incluso más orgulloso. Fue como si me hubieran clavado un puñal en el pecho, estaba herido en mi honor y en mi amor propio.

—Herido en tu orgullo.

—Llámalo como quieras, pero la delaté.

Anonadada ante aquella declaración, no supo qué decir en un primer momento.

—Las personas no somos perfectas —murmuró al fin—, todos cometemos errores.

—Lo sé. Yo los he cometido más que nadie —asintió él—. Pero no admití ni admito que mi madre, a la que antes tuve en un pedestal, fuera una vulgar furcia.

—¿Cómo reaccionó tu padre?

—Hacía meses que la relación entre ellos estaba tirante. Mi madre había trasladado sus pertenencias a la habitación de la torre oeste, me enteré al volver de mi viaje por Europa tras graduarme. Al poco de exponer a mi padre lo que había descubierto, subió a hablar con ella. Todos pudimos escuchar los gritos y las recriminaciones por parte de ambos.

—¿Fue cuando se originó el incendio?

Samuel afirmó con la cabeza, mesándose el cabello, pálido como un cadáver.

—No supimos cómo sucedió. Tal vez, en medio de la discusión, se volcó alguna lámpara de aceite que prendió las cortinas. ¡Dios! —se cubrió el rostro con las manos.

Ella se sentó frente a Samuel, abrazando sus piernas. La congoja apenas la dejaba hablar, no sabía cómo aliviar su sufrimiento. Le sangraba el corazón viéndolo tan desamparado, la imagen de hombre seguro de sí mismo se tambaleaba ante sus ojos.

—No tuviste la culpa —balbució.

—La tuve. De haber callado, mi padre seguiría vivo.

—Hiciste lo que creías adecuado.

—Sigo preguntándomelo.

—Debes olvidar.

—¿Olvidar? —se incorporó hecho una furia haciéndola a un lado—. ¿Olvidar que traicionó a mi padre? ¿Cómo, en nombre del Altísimo, se puede olvidar eso? ¿Cómo, dime, volver a confiar en una muj…?

Se quedó callado, de espaldas a ella, mirando con obsesión a través de la ventana los copos de nieve que volvían a caer.

Geraldine comprendió entonces. Y una rabia sorda anidó en su pecho. Así que eso era lo que le pasaba. No había vuelto a confiar en una mujer desde entonces. No confiaba en ella, regalándole, sin decirlo en voz alta, el mismo adjetivo con que catalogara a su madre al descubrir su traición. Sin embargo, era posible que hubiera retomado la relación con una antigua amante, con aquella pelirroja con la que le viera abrazarse. ¿Acaso sí confiaba en ella?

—Por eso nunca has querido restaurar la torre. Para seguir envileciendo su nombre cada vez que la ves. Para no arrinconar el rencor, marginando cualquier sentimiento afectivo que pudieras tener hacia mí.

Eran afirmaciones tan contundentes que Samuel se volvió a mirarla. Le hirió ver el dolor en aquellos ojos límpidos y azules, pero la ira pudo más que él y asintió:

—No quiero pasar por lo mismo que mi padre.

Ella se levantó, sacudió su falda y dejó que una sonrisa amarga anidara en sus labios. Podría haber luchado contra su falta de cariño, lo amaba lo suficiente como para que ese amor fuera

bastante para los dos, pero nunca ganaría a la cólera que lo iba corroyendo.

—Me das lástima, Samuel —dijo con voz neutra—, porque te refocilas en un infierno que te está devorando. Y yo no quiero consumirme en él. Estamos a tiempo de evitar un matrimonio desdichado que no beneficiaría a ninguno de los dos y, puesto que no hemos consumado nuestra unión, lo mejor sería pedir la anulación.

La serenidad con que lo dijo provocó un escalofrío en el vizconde, que se la quedó mirando boquiabierto.

—Ningún McKinnion se ha divorciado jamás —aseguró con un gruñido.

—Eres un Meller. Y dudo mucho que entre tus antepasados escoceses no haya existido algún matrimonio a prueba, como era habitual en otro tiempo. Hagamos como si el nuestro hubiera sido eso: un acuerdo para comprobar si podíamos adaptarnos… que ha terminado en fracaso.

Una punzada de desolación le invadió ante la posibilidad de perderla, de que ella quisiera el divorcio. La llamó, viendo que estaba a punto de abandonar el cuarto.

Los ojos de Geraldine, al volverse para mirarlo, se habían convertido en dos ranuras que despedían tormenta. De pronto, se fue hacia él y comenzó a golpearlo en el pecho con los puños.

—¿Qué demonios quieres de mí, maldito bastardo? ¿Hacerme pagar por lo que hizo tu madre? Desconozco los motivos que tuvo para engañar a tu padre, pero no soy ella y no voy a consentirlo —continuó aporreando aquel pecho de granito que parecía no sentir los puñetazos, mientras las lágrimas empapaban sus mejillas—. ¿Me oyes? ¡¡No voy a consentirlo!! No quiero consumirme entre estos muros, amando a un desgraciado que…

Se mordió los labios al darse cuenta de haber confesado lo que no deseaba y desvió los ojos de aquel rostro severo, apartándose de inmediato.

En el pecho de Samuel estalló el júbilo con tal fuerza que lo mareó. ¿Geraldine acababa de decir que lo amaba cuando, días antes, confirmaba haber aceptado su petición de matrimonio por el frívolo deseo de convertirse en vizcondesa? De acuerdo que él había mentido al decirle que solo buscaba tener un heredero, pero eso era

otro cantar. ¿Su repentina declaración era una treta femenina para ponerlo de rodillas?

«No es necesario ninguna, estúpido, ya estás de rodillas, ya te consumes por hacerla tuya», se dijo.

Quiso acercarse, bullía su sangre por las ganas de abrazarla, de beberse las lágrimas de desdicha que él había provocado. Ardía por el deseo de comprobar si, bajo sus besos, repetía lo que acababa de admitir, por exteriorizar que también él la amaba. Pero se le atascaron las palabras al ver que ella retrocedía alzando las manos, como si quisiera protegerse, como si le temiera.

—Ni te atrevas a tocarme, Samuel. Este matrimonio se acaba aquí.

—Estás soñando si piensas que voy a concederte el divorcio ahora.

—Tu condenado orgullo otra vez, ¿verdad?

—Repito: llámalo como quieras.

—Egoísmo, entonces —adjetivó. Se limpió las húmedas mejillas y trató de serenarse—. Ya veo que vas a poner las cosas difíciles.

—No quiero que te vayas, así de simple.

—Para tener a tu lado la presencia de alguien que te recuerde cada día lo traicioneras que pueden ser las mujeres. ¿Sigues el mismo rol con tus amantes? Solo quieres continuar cortejando al odio que sientes hacia el recuerdo de tu madre. Sé que la sociedad en la que vivimos te otorga todos los privilegios, que de poco sirve lo que yo desee, que eres mi dueño y señor, pero…

—Yo no quiero…

—Tranquilo. No te pondré en entredicho por el bien de Paul, que no tiene la culpa del error que hemos cometido casándonos. Él te quiere y te admira, no romperé sus sueños infantiles y ante el mundo seré la esposa perfecta. Pero no vuelvas a entrar en mi cuarto o te descerrajaré un tiro entre ceja y ceja —advirtió abriendo la puerta—, sabes que soy capaz de hacerlo. Ahora, largo de aquí.

Samuel hubiera querido decir algo. Sin embargo, vencido y avergonzado, agachó la cabeza y salió.

Geraldine acabó de recogerse el cabello en un simple rodete, se cubrió con la capa, tomó su bolsito y salió de la habitación. Coira y Alec la esperaban; había decidido que el joven lacayo las acompañase a modo de protección. Hacía frío, la escarcha cubría

todo cuanto alcanzaba la vista, pero necesitaba salir de Aislingean o acabaría subiéndose por las paredes.

Continuaba aturdida tras la conversación mantenida con Samuel hacía días porque, aunque él había aclarado sus dudas respecto a lo que le angustiaba, conociendo por fin lo que aconteció entre aquellos muros, la interlocución no careció de enfrentamiento y no habían vuelto a hablarse; él se ausentaba al amanecer y ella lo evitaba cuando estaba en la casa.

Capítulo 12

Hacía dos días que Samuel dormía en la posada. Si al dueño del establecimiento le extrañó que pidiera un cuarto estando su mansión a tan solo una milla de distancia, le importó un carajo. Necesitaba pensar y no podía hacerlo en Aislingean, donde a cada paso podía encontrarse con Geraldine, donde escuchaba su melodiosa voz dirigiéndose siempre con cortesía a la servidumbre, y donde olía su perfume. Donde, ¡condenado fuese!, tenía que hacer esfuerzos titánicos para no entrar en el cuarto del que le había echado, tomarla en sus brazos y besarla hasta que repitiese lo que le había dicho en medio de la discusión.

Durante aquellas jornadas no había dejado de llamarse cobarde por no aclarar las cosas, permitiendo que ella pensara que su sola presencia le irritaba. Cobarde, sí, por no haber tenido el valor de declararle que estaba enamorado de ella.

Él, y solo él, era el culpable de las arenas movedizas en la que se estaba hundiendo su matrimonio. La arrogancia y el orgullo siempre eran malos consejeros. Le había hecho falta alejarse de Geraldine para darse cuenta de que la necesitaba de un modo feroz, más incluso que al aire que respiraba. ¡Al cuerno con lo que hubiese sucedido en el pasado! Era el menos indicado para encontrar prejuicios cuando él no había sido un dechado de virtudes.

Pero arrepentirse no arreglaba las cosas, tenía que conseguir acercarse a su esposa y hacerse perdonar. Era la felicidad de ambos y la del pequeño Paul lo que estaba en juego. Otra cosa era cómo lograr que ella volviera a dirigirle la palabra. ¿Regalarle una joya? Las mujeres con las que había tratado con anterioridad solían relegar su enfado con una pulsera o un colgante. Sin embargo, sería una equivocación mayúscula con aquella terca inglesa; no la

ganaría ni con diamantes. No renunciaría, de todos modos, a entregarle el detalle que había encargado confeccionar a Evanna Bayne, una antigua compañera de juegos, antes de partir hacia Glasgow en busca de buenos caballos; era una joya que quería que luciese, aunque tal vez se la tirase a la cara.

Apuró el vaso, dejó dinero suficiente como para pagar la estancia en la posada, se hizo con la pequeña bolsa en la que había metido algunos efectos personales, y abandonó definitivamente el establecimiento, dispuesto a acabar con aquella locura.

En Londres, el sujeto que había estado vigilando la casa de dos plantas en Baker Street durante todo un día maldijo por lo bajo. Ni una luz, ni un movimiento… O su abogado estaba confundido con la dirección o la perra a la que buscaba ya no vivía allí. Tenía que encontrarla fuera como fuese. Geraldine Green era el as con el que jugaría una partida a muerte con el despreciable Samuel Meller. Una partida que solo podía tener un ganador: él.

Se caló más el sombrero y cruzó la calle a largos pasos al ver salir a un hombre de la casa colindante. No le costó más que intercambiar un par de frases para enterarse de que la presa a la que perseguía, en efecto, se había mudado. Dio las gracias al individuo, desanduvo el camino, tomó un coche de punto, indicó el hotel en el que se hospedaba y se recostó en el asiento.

—Así que te has convertido en la vizcondesa Marble, puta intrigante, y estás en Escocia —murmuró en la soledad del vehículo —. Aunque estés en el fin del mundo no vas a poder escapar de mí.

Si por él hubiera sido, habría ido a atrapar a aquella pécora apenas escapar de Bedlam, pero no era un inconsciente. Antes de emprender cualquier acción había tenido que recuperar su dinero, puesto a buen recaudo por su abogado en el Banco de Inglaterra. Presentarse ante William Cotton, gobernador de la entidad, con documentación falsa a nombre de Peter Oswaldo Lewis, y cancelar su cuenta con la excusa de que partía hacia India, no le creó dificultad alguna. Para todos, periodistas que se habían hecho eco de los asesinatos perpetrados en el manicomio incluidos, Seirian Bowen estaba muerto. Desde que escapase de la institución mental, dejando dos cadáveres tras él, los diarios echaban humo, especulando sobre el escondrijo de Percival Bevan, el loco que había conseguido evadirse tras matar a otro paciente y a un celador.

Por su parte, Scotland Yard había destinado a algunos agentes que intentaban, en vano, encontrarlo… aunque nunca darían con él. Poseedor pues de una fortuna nada despreciable, con una nueva identidad y sin que nadie lo buscase, era hora de llevar a cabo su revancha. En todo caso, le irritaba tener que viajar hasta Stirling con aquel tiempo de mil demonios porque, además, veía dilatarse el momento de ajustar cuentas con quienes lo atraparon y encerraron.

—Bueno, a fin y al cabo, la venganza es un plato que se sirve frío —volvió a decir en voz alta, con una sonrisa sádica en los labios.

Capítulo 13

Jack Davis volvió a leer el último artículo dedicado al caso de «el asesino de Bedlam», donde el periodista de turno entrevistaba a un conocido médico austriaco de paso por Londres, plasmando en el diario toda una gama de absurdas teorías sobre la supuesta personalidad del criminal.

El nudo que tenía en las tripas desde que se enterase de lo sucedido en la institución para enfermos mentales se acrecentó. Tiró el periódico a un lado y se pasó las manos por el rostro. Él sabía muy bien cuál era la verdad, bastante distinta a la que los diarios aireaban desde hacía días. Lo sospechó al leer que el doble asesino había desfigurado el rostro de una de sus víctimas con ácido. Y ya no le cupo duda alguna tras confirmar, por medio de un conocido en el Banco de Inglaterra, que Peter Oswaldo Lewis, la nueva identidad que él proporcionase a Bowen, había retirado todo el dinero de su cuenta.

Estaba metido en un buen embrollo porque, aunque nada tenía que ver con los crímenes cometidos por Seirian Bowen, no podía negar haberle proporcionado el ácido y la documentación falsificada. Su falta de coraje y, por qué no admitirlo, su amor por el dinero, lo habían llevado a convertirse en su cómplice.

Antes de empezar a trabajar para aquel canalla, librándole de la horca, era un abogado honrado. Más pobre que las ratas, pero íntegro. Bowen había conseguido convertirlo en un ser corrupto. Pero no quería continuar siéndolo, prefería confesarlo todo, enfrentarse a las consecuencias y poder volver a llevar la cabeza bien alta. Si la suerte lo acompañaba, incluso podía ayudar a atrapar a aquel sádico y salir bien librado de aquello.

James Gresham señaló un punto del mapa y el inspector Orson

Gardener torció el gesto, no demasiado convencido. Abrió el cajón derecho de su escritorio, sacó una botella y la dejó sobre la mesa.

—Hágame el favor de alcanzar tres vasos de aquel armario, milord —pidió al compañero del barón Salsbury, que se había mantenido en silencio mientras este le explicaba la teoría de ambos.

Remington Wyler, vizconde Catesby, hizo lo que le pedía, esperó a que el policía escanciara una generosa dosis de *brandy* en cada vaso, tomó el suyo y se acomodó en una de las butacas.

—Solo nos harán falta dos de sus hombres y acabaremos con el problema, Gardener —dijo—. Le garantizamos que la partida de opio que buscamos se encuentra en ese tugurio del East End.

—Si tan seguros están…

—Lo estamos, inspector —garantizó Gresham—. Y como bien dice mi sobrino político, nos bastará con que nos acompañen dos de sus hombres. Será pan comido.

James Gresham había abierto la agencia Moon Investigaciones junto a su esposa Thara hacía dieciocho años y, desde entonces, no les faltaron casos por resolver, colaborando en muchas ocasiones con la policía, como estaba haciendo en ese momento. [3] La fascinación de Thara por las pesquisas le había dado momentos divertidos y peligrosos, pero no se arrepentía de haberle seguido el juego. Remington, por su parte, desde su boda con la hija de su hermano Darel y su cese en el Ejército, encontraba fascinante ocupar parte de su tiempo interviniendo en alguno de sus casos.

Antes de que Gardener objetara algo, llamaron a la puerta.

—Pase.

—Inspector, un hombre pide ser atendido —anunció un jovencísimo policía.

—¿No ve que estoy ocupado?

—Dice que es muy urgente y que no hablará con nadie salvo con usted, señor.

—¡Diablos! —Orson abrió de nuevo el cajón derecho de su mesa, guardó la botella y el vaso y lo cerró. Podía darse el lujo de beber una copa con Gresham y Wyler, pero no que cualquier ciudadano lo viese empinar el codo en horas de trabajo—. Está bien, dígale que pase. Será solo un momento, caballeros.

El inoportuno visitante entró con prisas, pero se quedó pegado al suelo al ver que el inspector no estaba solo.

—¿Quién es usted y qué demonios es eso tan urgente que solo puede hablar conmigo? —Lo vio vacilar—. Vamos, tome asiento y cuéntenos, estos caballeros colaboran conmigo.

—Mi nombre es Jack Davis, inspector —dijo el recién llegado—, soy abogado, y creo tener información de su interés sobre los asesinatos de Bedlam.

—Tiene toda mi atención, señor Davis.

—Estoy en condiciones de afirmar que el interno que encontraron muerto no era Seirian Bowen, él sigue vivo y yo quiero hacer un trato con usted.

Remington, al escucharle, se levantó del asiento que ocupaba como movido por un resorte. Sabía quién era Bowen y no desconocía el hecho de que su amigo Samuel y su actual esposa, Geraldine, habían sido quienes lo atraparon. Le recorrió un escalofrío por la espalda. Si aquel criminal estaba vivo y libre, sus vidas corrían peligro.

Capítulo 14

El ruido despertó a Geraldine apenas clareaba. Permaneció un par de minutos mirando al techo, pensando que tal vez había sido una pesadilla, pero no, el estruendo volvió a repetirse y acabó por levantarse. Le dolía cada músculo del cuerpo y debía tener agujetas hasta en las pestañas. La tarde anterior, como único remedio para mantenerse entretenida y no pensar en la ausencia de su esposo, que había desaparecido sin decir dónde iba, la emprendió con la despensa. Los Weir mantenían el lugar en inmejorables condiciones, pero ella necesitaba hacer algo, agotarse para poder dormir, lo que no había conseguido desde que Samuel se marchara. ¡Y vaya si durmió! Apenas poner la cabeza sobre la almohada se había quedado como un tronco. Pero la tontería de no admitir ayuda para sacar absolutamente todo de la despensa, limpiar sobre limpio y volver a colocar cada cosa en su sitio, le estaba pasando factura.

Un nuevo estruendo la puso en marcha. Se lavó y vistió con prisas, preguntándose qué diablos sucedía para que pareciese que la casa se estaba desmoronando. Bajó a la cocina casi a la carrera para averiguar qué sucedía y se encontró a Coira, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Intenté que comenzaran más tarde para dejarla descansar, *milady*.

—¿Comenzar qué?

—A acabar lo que usted empezó, señora —aclaró Andreas, al parecer de tan buen humor como su esposa—. ¿Desayunará ahora, *milady*?

Miró a ambos con el ceño fruncido hasta que un vozarrón proveniente del exterior y un nuevo estrépito hizo que diera un brinco.

—¡Por todos los demonios! —exclamó alarmada, antes de tomar prestada la toquilla que Coira había dejado sobre una silla, envolverse en ella y dirigirse hacia el exterior de la mansión.

Lo que encontró al doblar la esquina oeste la dejó pegada al suelo: varios hombres, con Samuel trabajando codo a codo con ellos, se afanaban en demoler los restos de la torre. A pesar de la baja temperatura y del viento racheado que azotaba a todos, él vestía solo unos pantalones gastados, camisa abierta remangada hasta los codos y chaleco. Como un operario más, recogía las piedras ennegrecidas, las ponía en un carro y ayudaba a algún otro a cargar con las más pesadas. Verlo moverse con tanta agilidad, tensándose la tela de la camisa en sus hombros por el esfuerzo, hizo que se le secase la boca. Era un cuadro magnífico de poder masculino y ella, tonta mil veces, no era inmune a su atractivo. Aunque ya estaba sucio de polvo y despeinado, a ella volvió a parecerle el hombre más guapo del mundo.

Como si sus pies tuviesen vida propia, avanzó hacia él, tan absorta que no reparó en que una piedra se desprendía de los restos de la techumbre.

—¡¡Cuidado!! —gritó alguien.

Al momento, Geraldine se encontró con un musculoso brazo rodeando su cintura, la arrancaron del lugar en el que se encontraba y aterrizó sobre el pecho de su marido que, en el último segundo, giró de modo que fuese él quien recibiera el impacto de la caída. Así se quedaron durante un instante, él debajo, ella encima con las faldas arremolinadas alrededor de sus piernas, mirándose a los ojos. Tan cerca una boca de la otra que a Geraldine le costó un esfuerzo sobrehumano no besarlo y Samuel sintió el deseo de mandar todo al cuerno y hacerlo cuando el mundo se evaporó a su alrededor y solo pudo ver el rostro amado. No se privó, eso sí, notando cada curva del cuerpo femenino pegado a él, de sonreír como un maldito canalla y enarcar una ceja.

Recobrando la cordura, percatándose del lamentable espectáculo que debían estar dando a los trabajadores que ya se arremolinaban a su alrededor preocupados por su integridad, Geraldine se apoyó con ambas manos en el tórax de su esposo y se aupó.

Él, lamentando no ser capaz de controlar la repentina excitación que el contacto con su esposa le despertó, se levantó raudo para

sacudirse los pantalones.

—No pensé que me tuvieras tanta tirria como para querer suicidarte, cariño —dijo burlón.

—¡No seas cretino! ¿Qué es todo esto?

—Creí haber entendido que deseabas echar abajo los restos de la torre y levantarla de nuevo.

—Y yo que tú te oponías.

—Un hombre tiene derecho a cambiar de opinión.

—Ya veo. —Le dio la espalda para que él no advirtiera el brillo de regocijo en sus ojos ante tal concesión—. Lamento haberos interrumpido.

Echó a andar de regreso a la cocina, pero no llegó a la puerta antes de que Sam la alcanzase, la tomara de un hombro para girarla y la apoyase contra el muro. No la miró a los ojos, los suyos estaban fijos en sus labios y ella, notándolos de repente secos, se los humedeció con la punta de la lengua.

—Si supieras cómo me provocas haciendo eso lo evitarías.

El corazón de la joven empezó a latir muy deprisa, ansiaba rodear el cuello de su esposo con sus brazos, atarlo a ella y saciarse de aquellos labios que le sabían a gloria. No quiso, sin embargo, capitular con tanta facilidad. Sam conseguía que se volviera gelatina con una sola palabra, pero tenía que ser fuerte y no sucumbir a su encanto varonil o estaría irremisiblemente perdida. Prefería no volver a disfrutar de sus caricias y conservar su dignidad en lugar de convertirse en un perrito faldero que, con solo un chasquido de los dedos de su amo, babease. Porque si el vizconde Marble era un orgulloso escocés, ella era una orgullosa inglesa.

—Tengo cosas que hacer —dijo, tratando de escabullirse de aquellas manos que la retenían por los hombros.

—¿Alguna más importante que besar a tu marido?

Sin darle tiempo a que le respondiera, Samuel bajó la cabeza y atrapó sus labios en un beso tan sensual que a ella le pareció escuchar campanas. Hubiera querido resistirse, pero no pudo, y respondió de modo que la lengua masculina tuviese acceso a su boca. Aquella pequeña rendición fue para él un regalo inesperado y saboreó, lamió, mordisqueó… Sus manos abandonaron los hombros femeninos para bajar por los brazos en una caricia lenta y erótica que hizo arder a ambos. Hubiera dado media vida por seguir

besándola, por beberse cada gemido y notar la lengua de Geraldine saliendo al encuentro de la suya. Pero no era lugar ni momento. Se apartó, los dedos de ambos entrelazados aún, y se deleitó viéndose en los ojos velados de pasión de su esposa. Suspiró, la besó en la punta de la nariz y se apartó de ella.

—Procura no volver a acercarte mientras demolemos los restos de la torre, es peligroso —aconsejó a modo de despedida antes de alejarse para unirse a los trabajadores, dejándola aturdida y deseosa de más caricias.

Capítulo 15

A mediodía volvió a hacer acto de presencia la nieve y hubieron de parar el trabajo; si continuaba aquel tiempo quedarían bloqueados, de hecho, algunos caminos estaban intransitables, hacía varios días que la tormenta había estropeado la línea del telégrafo y no llegaban los periódicos.

Dado que las obras de la torre estaban avanzadas y no podrían continuar hasta la mañana siguiente, siempre que el temporal amainase, Samuel decidió invitar a los operarios a comer y a tomar unas pintas en la posada. Aunque a Geraldine le pareció una idea admirable, que volvía a demostrarle lo poco o nada que le importaba a su marido los niveles sociales, lo echó de menos.

Le hubiera gustado acercar posturas, hacerle ver que su enojo había remitido. No podían estar siempre a la gresca, necesitaban hacer caer el muro de orgullo que los separaba, y hasta reconocía que ella se había comportado también con soberbia, sin tener en cuenta la amargura de Samuel por lo acontecido en su pasado.

No obstante, le había concedido derribar los restos de la torre, borrar lo que le recordaba aquel desdichado día en que murieron sus padres. ¿No era acaso un gesto de acercamiento? Además, la había besado de un modo que, al recordarlo, le aflojaba las rodillas. Quería creer que habían intercambiado algo más que simple y puro deseo por el otro. Al menos, ella lo había hecho, le había entregado su alma una vez más en la caricia. ¿Sería posible que su esposo le tuviera algo de cariño?

Con el sueño de un posible futuro para ambos subió a su habitación. Aquella tarde tanto ella como las criadas se darían un respiro en el trabajo de acondicionar la casa, de modo que se dedicaría a terminar el libro que estaba leyendo: *Orgullo y*

prejuicio, de Jane Austen, curiosamente encontrado entre los múltiples volúmenes de la biblioteca; con seguridad adquirido por la madre de Samuel. Lo había disfrutado ya años atrás, pero Elizabeth Bennet le parecía una heroína extraordinaria digna de volver a leer, y el protagonista, Fitzwilliam Darcy, la había enamorado en su momento. Incluso encontraba algunos puntos coincidentes entre él y su marido, porque a orgullosos no les ganaba nadie. Sin embargo, tanto el héroe de la novela como Samuel escondían tras su arrogancia a personas honestas.

Cerró el libro un par de horas más tarde con una sonrisa en los labios, abandonó la butaca y se dispuso a guardar en el primer cajón de la coqueta el separador de páginas que usaba siempre, una simple tira de tela tosca en la que, de niña, había bordado un corazón con hilo rojo.

El sobre que descansaba sobre su ropa interior hizo que le diera un vuelco el corazón, dejó el marcapáginas, lo tomó y volvió a sentarse. Antes de abrirlo, su mirada se perdió en el hermoso espectáculo que se veía desde la ventana del cuarto, preguntándose si su pequeño Paul estaría viendo también en ese momento la nieve. ¡Lo echaba tanto de menos! Le sangraba el corazón por no poder tenerlo aún cerca de ella, pero ya faltaba poco para estrecharlo entre sus brazos, recolocar su rebelde cabello e intentar de contestar sus constantes preguntas acerca de todo. Estaba segura de que los Weir lo mimarían en demasía, se habían mostrado encantados al saber que tendrían a un niño correteando por Aislingean.

Extrajo la última carta que le llegara de él, quince días antes, y sus ojos recorrieron, por centésima vez, el contenido que se sabía de memoria, volviendo a sonreír al ver alguna falta ortográfica. Dobló la cuartilla, la besó, la regresó al sobre y lo depositó de nuevo en el cajón, con los ojos arrasados por las lágrimas y una sensación de ahogo en la garganta.

Recuperó la novela de Austen, se echó un grueso chal sobre los hombros y salió del cuarto para regresarlo a su lugar y elegir algún otro con el que pasar el tiempo.

La biblioteca estaba en penumbra, la escasa claridad que se filtraba por los cristales de los altos ventanales apenas permitía ver el contorno de los muebles. Empero la chimenea se encontraba encendida creando una atmósfera acogedora. Pensó que acaso

Andreas, sabiendo que era uno de sus lugares preferidos cuando no tenía nada que hacer, como aquella tarde, la había dejado preparada en su honor.

Encendió la lamparilla que estaba sobre la espaciosa mesa haciendo retroceder las sombras, y fue directa a colocar el libro donde lo encontrara días antes. Revisó algunos otros volúmenes y elevó una ceja al encontrar un pequeño ejemplar de tapas verdes en cuyo lomo rezaba: John Keats, *Oda a un ruiseñor*. Se hizo con él, lo abrió y paseó la mirada por las primeras palabras del poema: «*Me duele el corazón y un pesado letargo aflige a mis sentidos…*».

—Así me siento yo —musitó en voz baja.

Lo metió en el bolsillo de su falda, se dio la vuelta para marcharse… Y se quedó sin aliento.

Samuel ocupaba uno de los sillones orejeros. Tenía las piernas estiradas, la cabeza caída sobre un hombro, los labios entreabiertos, un brazo sobre el regazo sujetando el pañuelo que llevaba a veces en el cuello, el otro laxo, y el libro que debía haber estado leyendo se encontraba en el suelo. En el sueño se habían suavizado las líneas que solían fruncir su ceño y parecía más joven.

Se acercó de puntillas para no despertarlo, debía estar agotado después del arduo trabajo, codo a codo, con los albañiles. Permaneció mirándolo un largo minuto, seducida por aquel rostro severo y atractivo con el que se dormía cada noche y despertaba cada mañana. Se permitió, con mucho cuidado para no delatar su presencia, recolocar el mechón de cabello cobrizo que le caía sobre los ojos. Deseo besar aquella boca que la enloquecía, que sabía a peligro y a pecado y por la que ella se condenaría. Pero no lo hizo. En lugar de ello se apartó, avivó el fuego que crepitaba en la chimenea y, antes de salir, se quitó el chal, le cubrió con él y apagó la lamparilla.

Samuel soltó el aire que había tenido retenido en los pulmones al escuchar cerrarse la puerta. Había sido consciente de la presencia de su esposa desde el instante en el que entrara en la biblioteca, su perfume la delataba allá por donde iba. Saberla allí lo excitó como a un adolescente y no pudo más que quitarse el pañuelo y cubrir con él el bulto de sus pantalones. Podría haberse levantado del sillón y aprovechar la ocasión para hablar… No se atrevió. Aquella mañana había conseguido, creía, acercarse a ella, limar asperezas, pero tenía

que ir con pies de plomo si no quería desandar lo andado.

Suspiró, agotado de tener que luchar contra el impulso de hacerla suya, convencido de que, si aquello se dilataba, acabaría convertido en un eunuco.

Capítulo 16

Una vez más Coira era su guía y ella empezaba a sentir por aquella amable escocesa un cariño sincero, pese a lo cual no era capaz de atender sus explicaciones como debiera. Y es que el recuerdo de lo sucedido la tarde anterior continuaba perturbándola, porque ponía la esperanza en su corazón y, sin embargo, le daba miedo aferrarse a ella por si no era más que una quimera.

Se avergonzaba de haber pensado mal de su esposo, pero ¿qué otra cosa pudo hacer al verlo abrazar en su propia casa a la misma pelirroja con quien le descubrió en plena calle de Stirling? ¿Cómo no dudar cuando el chiquillo que la acompañaba tenía el mismo color de cabello que Samuel y los ojos tan azules como los suyos? El recelo de que pudiera tratarse de una pasada, o vigente, amante hizo que recibiera a la intrusa con el ceño fruncido.

Él los presentó como la señora Bayne, una antigua amiga de la infancia, y su hijo, Calem.

—Un placer conocerla, *milady* —la recién llegada había hecho una reverencia que fue correspondida por ella con una sonrisa tensa.

—No era necesario que te acercaras hasta aquí, podías haberme mandado aviso y hubiera ido yo a verte —intervino Samuel, tomándola con confianza del codo, lo que hizo que, mirando a Geraldine de reojo, las mejillas de la escocesa tomaran el mismo tono que su cabello.

Como señora de la casa, se tragó la bilis y los repentinos celos e invitó a aquella mujer a tomar el té; ofrecimiento que la otra agradeció, pero rehusó, argumentando tener que hacer más encargos y despidiéndose casi de inmediato. No sin que Coira, siempre pendiente de todo, obsequiara al niño con unos cuantos

dulces para el camino de vuelta.

Y no sin que, ¡condenada fuese aquella escocesa!, la descubriera entregando con disimulo un pequeño envoltorio a Samuel, que él se guardó de inmediato en el interior de su levita.

Observó a su posible rival mientras se alejaba hacia el carromato en el que llegaran y hubo de reconocer que era muy bonita. Debería haberse mordido la lengua, pero no resistió hacer la pregunta:

—¿Una antigua amante?

Por toda respuesta, Samuel arqueó una ceja y sonrió de aquel modo tan suyo, mitad caballero mitad pirata, que hacía que le temblasen las rodillas.

—¿Celosa?

—Lo que hayas hecho antes no cuenta —se encogió de hombros como si no le importase.

—En efecto, cariño: lo que *hayamos hecho* antes de casarnos, no cuenta —respondió, acentuando adrede el plural—. ¿La invitación a tomar el té sigue vigente?

—Si te apetece… No sueles pedirlo nunca.

—No niego que prefiero una copa de *brandy* o un dedo de buen *whisky*, pero esta tarde se me antoja algo más suave.

Geraldine pidió a Coira que les sirviera en el saloncito donde solía tomarlo ella a diario, y hacia allí se dirigieron; él sonriente, ella tan tensa como las cuerdas de un violín al sentir la mano de su esposo en su espalda, algo más abajo de lo que aconsejaba la decencia. Nada más entrar se apartó de él y fue hacia la ventana, como si le interesase muchísimo la vista del jardín nevado. El vizconde, viéndola temblar, echó un leño más al fuego que crepitaba en la chimenea.

Llegó la señora Weir, dejó la bandeja que portaba sobre la mesita lacada y se retiró. A Geraldine le hubiese gustado poder entretenerla con cualquier excusa porque, de repente, se sentía intranquila estando a solas con su esposo. Pero Coira sabía muy bien cuándo estaba de más y no le dio la oportunidad.

—¿Con azúcar? —preguntó sirviendo ya el té.

—Solo, gracias.

Mientras lo bebían volvió a reinar el silencio entre ellos, hasta que Samuel dejó su taza y, recostándose en uno de los sillones, dijo:

—Ayer tuve un sueño muy extraño. —Ella elevó las cejas—.

Extraño y maravilloso. ¿Sabes? Yo me encontraba en medio del mar, sobre una balsa a la deriva, helado de frío. De repente, una hermosa hada emergió de entre las olas encrespadas, se me acercó, me acarició la frente y, desprendiéndose de su capa de armiño, me cubrió con ella.

A Geraldine se le atragantó el sorbo de té y hubo de dejar la taza con mano trémula. Lo miró con los ojos muy abiertos, preguntándose si se burlaba. Así que el muy socarrón había sabido que…

«¡Pues claro, mema, lo tapaste con tu chal!» se dijo.

—¿Por qué has preguntado si Evanna era una vieja amante?

A punto estuvo de inventar una justificación, pero prefirió dejar las cosas claras y respondió.

—Te vi con ella en Stirling cuando, supuestamente, habías partido hacia Glasgow.

Samuel suspiró y movió la cabeza sin quitarle la vista de encima. Despacio, muy despacio, sacó el envoltorio que le fuese entregado para tendérselo.

—No deberías sospechar, cariño.

—Supongo que es deformación profesional de cuando trabajaba para ti como agente. Sospechar me ha salvado a veces la vida.

—Ábrelo —pidió él, ofreciendo el presente que ella estaba remisa a aceptar—. Se lo encargué ese día, sí. Su marido es orfebre, aunque es ella la que diseña los objetos más bonitos. Evanna y yo hemos jugado de críos, mantenemos una buena amistad y la quiero, pero nunca ha habido nada entre nosotros y está enamorada de su esposo.

—Yo…

—Me gustaría que lo lucieras. —Le puso el paquete en la mano.

Geraldine se sintió ridícula de repente. ¿Así que había visto lo que no era? ¿Todo se había tratado de un regalo para ella? Notando que se le encendían las mejillas de bochorno, rompió con cuidado el papel para descubrir una caja de terciopelo azul. Cruzó una mirada con Samuel antes de abrirlo y, al ver de lo que se trataba, ahogó una exclamación. Dejó papel y caja a un lado para dar vueltas entre sus dedos al broche más bonito que hubiera visto nunca: elaborado en oro, las iniciales de ambos, S y G, se entrelazaban, y diminutas aguamarinas adornaban cada letra.

—Es precioso, Sam.

—Lo he mandado fabricar en oro porque es el metal más puro, el que tú te mereces. Las aguamarinas, porque me recuerdan tus ojos.

Ella se mordió el labio inferior, sin saber qué decir. Si él supiera la de veces que había soñado con ver sus corazones trabados como aquellas iniciales… Se le llenaron los ojos de lágrimas y fue a darle de nuevo las gracias, pero él no le dio la oportunidad, se levantó, la besó en la frente y dijo:

—He quedado con algunos amigos esta noche, uno de ellos celebra que se acaba de prometer. Con seguridad no llegaré a la cena, nos veremos mañana.

Cuando la puerta del saloncito se cerró tras la ancha espalda de su esposo, se mordió los nudillos para no estallar en sollozos, apretando el broche contra su pecho.

Capítulo 17

Regresó al presente y prestó atención al entorno y a la señora Weir.

La mayoría de los edificios principales de la fortaleza de Stirling habían sido levantados en los siglos XV y XVI. De cerca resultaba mucho más impresionante que vista desde la abajo, aunque se observaba que el paso del tiempo había dejado su impronta en la que, en otra época, fue una construcción majestuosa de estilo renacentista.

La joven quedó impresionada por los riscos a los que se asomaba el castillo, por los jardines, los patios, las hermosas vistas panorámicas de la urbe, la batería de cañones de hacía más de un siglo… Sin la guía de alguien que lo conociera, sería muy fácil perderse.

Tras atravesar un segundo patio, accedieron al antiguo Palacio Real, construido en 1560. Al entrar en lo que, según Coira, se conocía como el Gran Salón, donde en su tiempo se celebraron grandes bailes, Geraldine ahogó una exclamación de asombro.

—Jaime IV encargó su construcción para impresionar a su reina, Margarita Tudor. El más grande y fastuoso de la Edad Media, *milady*.

Era fantástico, decorado con un gusto principesco, con tapices, techos de roble, grandes ventanales que permitían entrar la luz y cinco enormes chimeneas.

—¿Qué me puede decir de las leyendas? —quiso saber la joven vizcondesa mientras, acabada la visita, recorrían de nuevo los patios hacia la salida.

—¡Ah, *milady*! Escocia está plagada de ellas, desde fantasmas a caníbales, aunque la mayoría carecen de base histórica. Stirling

también tiene las suyas, desde luego. Aquí, sin ir más lejos, se dice que aparece el espectro de la Dama Verde. Según se cuenta, vino como dama de compañía de María, Reina de Escocia, a su llegada de tierras francesas. Una noche, cuando todos los habitantes del castillo dormían, se declaró un incendio en la recámara de la reina. La joven dama consiguió salvar a su señora, aunque por desgracia ella falleció entre las llamas. Desde entonces, su espíritu vaga por patios y salones, ataviada con un camisón verde, pendiente de que no vuelva a suceder otra desgracia semejante. Algunos paisanos aseguran haberla visto en noches de luna llena.

—También dicen haber visto a la Dama Rosa —intervino con buen humor el joven Alec, que iba tras ellas a modo de protector.

—¿Otra heroína?

—Quién puede saberlo, *milady*. Unos dicen que se trata de la mismísima reina María; otros, que es una dama que sigue buscando a su esposo muerto durante un asalto. Los escoceses gustamos de aferrarnos a antiguas leyendas, se las contamos a los niños alrededor de la chimenea. Incluso Aislingean tiene la suya propia: afirman que el alma en pena de Peyton Meller ronda entre las ruinas de la torre oeste y…

—¡Habladurías! —zanjó Coira, echándole una mirada admonitoria al observar la repentina palidez en el rostro de la joven.

—Yo solo digo lo que…

—¡Paparruchas! Mejor será que te adelantes a buscar al cochero, creo que es hora de regresar a casa, si usted lo cree oportuno, señora.

Geraldine esbozó una sonrisa tensa y asintió.

—No pretendía asustarla, *milady* —se disculpó el lacayo.

—¡No, por Dios! No se preocupe, Alec, soy poco dada a dejarme impresionar por supersticiones.

No obstante, revivió la desagradable sensación de aprensión y desasosiego que sintiera la primera vez que vio las ruinas de la torre.

Una vez el lacayo se hubo adelantado a ellas, Geraldine le preguntó a Coira:

—¿Hasta dónde conoció usted a la madre de mi esposo, señora Weir?

—Entré a su servicio cuando cumplió los quince años; se puede decir que la vi pasar de adolescente a mujer, *milady*. En ese tiempo vivíamos en *Inbhir Theòrsa*. Thurso, si lo prefiere. Muy al norte, en la costa, con vista a las islas Orcadas. Pero a mi señora siempre le gustó Stirling, por eso nos mudamos aquí al morir la abuela de milord, dejándole Aislingean en herencia.

—¿Cómo era ella?

La otra detuvo sus pasos, se la quedó mirando un instante y continuó el recorrido antes de responder.

—Una gran dama.

—No he visto ningún cuadro que la represente, aunque sí hay uno de Peyton Meller en uno de los salones, junto a un espacio descolorido en la pared que, si no imagino mal, debía pertenecer al de ella.

—Su esposo lo mandó quitar, señora.

—Comprendo.

—Yo hice que lo guardaran en el desván, me apenaba no poder volver a verla, aunque fuese en pintura. Era tan hermosa… Espero que no se lo diga a milord; puede que un futuro podamos regresar el óleo a su lugar, cuando él se decida a escuchar, en lugar de cerrarse como una ostra.

—Descuide, le guardaré el secreto —prometió, preguntándose a qué se estaría refiriendo al decir que Samuel no quería escuchar—. Sin embargo, no hablaba de su físico, sino de su carácter. Solo quiero entender qué sucedió.

—Lo que tenía que suceder, *milady*, cuando un hombre desatiende a su esposa para amasar más fortuna. Yvaine McKinnion era un remolino, una mujer que necesitaba no solo vivir sino sentirse viva, que los demás supieran que lo estaba. —Alec ya las aguardaba junto al carruaje y guardó silencio.

—Señora Weir…

—Hablaremos en otro momento. Y no haga caso de tonterías, *milady*, en Aislingean no hay fantasmas.

Aunque era cierto que nunca se había dejado atemorizar por cuentos sobre aparecidos, no pudo evitar que le recorriera un escalofrío por la espalda. Pero se olvidó de las palabras del lacayo al descubrir la presencia de Evanna, que cargaba con un cesto en dirección a la entrada del castillo.

—Permítanme un instante —pidió, acortando distancia y cortándole el paso a la escocesa—. Señora Bayne.

—*Milady*.

—Quería disculparme con usted. Mi recibimiento no fue… Yo… Me encantaría que usted, su esposo y Calem aceptaran comer con nosotros este fin de semana. ¿Me concederá ese placer?

—Temo que no será posible, señora, asistiremos a exponer nuestras creaciones en la feria de artesanía de Edimburgo —se excusó, agradecida de que recordase el nombre del pequeño—. Tal vez en otro momento.

—Cuando les venga bien, por supuesto, solo mándenos aviso.

La pelirroja la miró con atención unos segundos antes de encogerse de hombros y esbozar una sonrisa.

—¿Le gustó el broche, *milady*?

—Son ustedes unos artistas; es una obra magnífica.

—¿Sabe que Samuel me pidió que confeccionara su inicial en plata?

—¿Plata? ¿Por qué?

—El oro es más puro y no lo merece, según él. —A Geraldine se le atascaron las palabras y no supo responder cuando la pelirroja le tomó una mano y se la apretó entre sus dedos—. Nunca, que yo sepa, se ha enamorado, pero a usted le ha entregado su corazón y será un esposo maravilloso. No lo deje escapar.

Sin darle tiempo a más le hizo una reverencia y se alejó ascendiendo por el camino de gravilla.

Ya en el carruaje, camino de Aislingean, murmuró:

—Me gustaría tenerla como amiga.

—Será una de las mejores, *milady* —aseguró Coira.

Capítulo 18

Tras supervisar el trabajo en la torre, Samuel se dirigió hacia las caballerizas que, desde luego, habían conocido mejores tiempos.

Dio unos cuantos mimos a su caballo, el único inquilino, y caminó luego ante los establos vacíos donde, hacía años, descansaran hermosos ejemplares. Su ambición era devolver a aquel lugar el esplendor de antaño; ya había comenzado a hacerlo en su viaje a Glasgow comprando tres magníficos equinos. Quería conseguir también buenas yeguas y un par de sementales en Tattersalls. Incluso podría intentar comprar alguno a James Gresham, del que se decía que tenía los mejores ejemplares de toda Inglaterra aunque, según escuchase, era remiso a desprenderse de cualquiera de sus caballos, algunos de los cuales habían ganado varias carreras en el hipódromo de Ascot. Con tal de ser propietario de un par de aquellas monturas, no le importaba tener que suplicar la ayuda de su amigo Remington, a fin de cuentas, desde su boda con Xandra había entrado a formar parte de la familia Gresham.

—Como podéis ver, tenemos mucho trabajo por delante, muchachos —se volvió hacia los dos jóvenes que le acompañaban, a los que había contratado el día anterior—. Habrá que cambiar toda la paja, restaurar algunas paredes y el tejado, y poner más de una puerta nueva.

—Estamos deseosos de empezar, milord.

—Los caballos estarán aquí en un par de días; mañana mismo podéis poneros manos a la obra con estos tres primeros establos. Ahora id a la cocina, disfrutad del guiso de la señora Weir y descansad.

Los dos muchachos inclinaron la cabeza en señal de saludo y se marcharon. Solo entonces permitió Samuel que el entusiasmo que

había mostrado ante ellos lo abandonase, dejando que el regusto amargo de la pérdida lo embargase.

Paseó por cada rincón recordando aquellos momentos de camaradería junto a su padre mientras cepillaban los caballos, cosa que siempre les gustó hacer a ellos mismos después de una buena cabalgada.

La imagen de su madre montado a su yegua preferida, un ejemplar blanco como la nieve, lo asaltó provocándole un doloroso pinchazo de añoranza. Por mucho que hubiese llegado a odiarla después de su traición, no podía olvidar tantas mañanas, antes de despuntar el sol, en que ambos salían a cabalgar campo a través como dos locos. Ella montaba a horcajadas y reía, no paraba de hacerlo desde que emprendían la carrera, que casi siempre ganaba. Una auténtica amazona que…

Se negó a seguir pensando en ella y empujó la puerta descolgada de sus goznes que le cerraba el paso. La luz se filtraba apenas a través de la suciedad de los cristales de las dos ventanas existentes, pero fue suficiente para dejarle ver el interior de la habitación donde, hacía años, dormía el antiguo jefe de las caballerizas, por desgracia desaparecido. ¿Cuántas tardes pudo pasar allí, atendiendo a las explicaciones del bueno de Roy Murray, durante sus vacaciones de verano? Roy había sido un notable pugilista en sus tiempos mozos y, a pesar de la avanzada edad que tenía ya cuando él conoció a aquel sujeto de rostro arrugado, nariz rota y cabello gris, se mantenía en forma y le enseñó todo cuanto sabía de boxeo.

«Con unas reglas muy particulares, condenado y cabezota irlandés», se dijo Samuel sonriendo, acercándose al costal que seguía colgado del techo, en el que se despellejó los nudillos muchas veces instigado por el vejete que, para incentivarlo, lo llamaba lechuguino.

Probó a golpearlo y el saco se balanceó con un quejido.

No lo pensó más: se quitó chaqueta, chaleco y camisa, y comenzó a sacudir el saco con puñetazos firmes. En Londres había practicado el boxeo en algún club de caballeros, pero no era igual, nunca fue igual que hacerlo allí. Se dio cuenta de que eran demasiadas cosas las que había echado de menos.

Una hora después estaba agotado, todos y cada uno de sus músculos protestaban doloridos, pero se sintió revitalizado y

satisfecho mientras se dirigía a la casa. En el vestíbulo se cruzó con Andreas, al que pidió que mandara subir agua a su recámara para poder asearse, y ascendió las escaleras de dos en dos. Vio a Coira salir del antiguo cuarto de su madre, la interrogó con la mirada y ella asintió. Esperanzado y, al mismo tiempo, nervioso por lo que significaba su confirmación, le guiñó un ojo, le tiró un beso con los labios y entró en su recámara.

Geraldine dio por finalizado su aseo personal, se envolvió en una toalla, dio un mordisco a uno de los emparedados que Coira había dejado en la bandeja situada sobre la mesita, ya que no bajaría a cenar porque quería acostarse pronto, y apuró la mitad del vaso de ponche. Se encontraba cansada después de haber ayudado a las muchachas a recolocar algunas habitaciones, pero cepillarse el cabello antes de irse a la cama lo tenía como una obligación y a ello se puso.

Coira no había cesado de refunfuñar durante toda la tarde: que si ella era la vizcondesa, que si dónde se había visto que el ama anduviese de un lado a otro sacudiendo los muebles con un trapo en las manos… No había atendido a las quejas que provocaron más de una sonrisa cómplice en las criadas. En Londres solo había contado con una mujer que acudía una vez a la semana para ayudarle con la limpieza, nunca se le habían caído los anillos por llevar a cabo los quehaceres de la casa y, vizcondesa o no, le gustaba estar activa.

Además, había revisado el desván, rescatado algún mueble que pondría en uno de los salones y encontrado un tartán con los colores de los McKinnion que le encantó. No se lo pensó y lo tomó; mandaría que lo lavasen y lo usaría, suponía que a su esposo le gustaría que lo hiciera.

Viéndose reflejada en el precioso espejo con marco de madera al pan de oro, en cuya parte alta había sido grabado el mismo escudo escocés que decoraba el vestíbulo, se preguntó cómo reaccionaría Samuel cuando se enterase de que ocupaba el cuarto contiguo al suyo.

No se encontraba del todo cómoda allí. No porque no le agradase la estancia, al contrario, le cautivaba la elegancia con que estaba decorada, los pequeños detalles, el biombo de seis hojas laqueadas con escenas palaciegas orientales, el techo adornado con una cenefa de florecillas azules, la esponjosa alfombra, la amplia

cama… Pero tenía la sensación de estar invadiendo un espacio ajeno porque, en cada objeto, se adivinaba la mano de Yvaine McKinnion.

Había tenido incluso un pequeño enfrentamiento con la señora Weir cuando aquella resolvió que cambiaran sus pertenencias a la recámara que ocupase en vida la anterior señora de la casa. Reconocía, de todos modos, que Coira llevaba razón: tras habérsele volcado por accidente un cubo de agua sobre el colchón mientras limpiaba el dosel de su cama, este había quedado empapado; la lana tardaría en secarse, y el resto de las habitaciones no estaban aún en condiciones de ser utilizadas.

Geraldine seguía sin entender el motivo por el que Coira había insistido en ser ella la que trabajase en el dosel, algo que debería haber hecho una de las muchachas. Menos aún comprendía su insistencia en llevar a cabo el cambio de cuarto, por ella hubiera elegido dormir en una de las habitaciones de los criados, porque saber que su esposo estaría tan cerca, al otro lado de la puerta, la mantenía desazonada y alerta.

Terminó con el cabello, dejó la toalla sobre el taburete que se encontraba detrás del biombo y se puso el camisón que Coira había sacado para ella. No pudo sustraerse a la vanidad de acercarse al espejo y mirarse en él, ni a modelar su cuerpo con las manos por encima de una tela, tan transparente que dejaba poco a la imaginación. Una creación primorosa, delicada… ¡Y por completo escandalosa! Una prenda que debería haber estrenado en su noche de bodas. Enfurecida por no haber sido capaz de decirle a Samuel lo que sentía, cuando él se había mostrado tan próximo, aplicó el puño a la superficie de la coqueta. La mala suerte hizo que uno de los frascos de perfume, situado demasiado al borde, se tambaleara y acabara estrellándose en el suelo, obligándola a proferir un grito de alarma.

Capítulo 19

Samuel, tras asearse, se acababa de poner los pantalones cuando escuchó el ruido de algo romperse y un sofocado grito de mujer. Por unos segundos se quedó parado, con la mirada fija en la puerta que comunicaba su cuarto con el adyacente. Bendijo el nombre de Coira por haber accedido a llevar a cabo la pantomima que conseguiría que Geraldine ocupase la habitación que le correspondía; de habérselo propuesto él lo habría rechazado sin duda alguna.

Sacudió la cabeza para alejar las sensuales imágenes que le cruzaron por la cabeza, diciéndose que debía tener paciencia, ganársela día a día. No pensaba traspasar la puerta que comunicaba ambas recámaras hasta que la propia Geraldine le diera permiso.

Sin embargo, la palabrota que le llegó acto seguido hizo que se irguiera, se acercara y la abriese de un tirón. De inmediato se percató de lo sucedido: un frasco de perfume yacía hecho añicos en el suelo y hasta él llegó un intenso aroma a lavanda.

Apenas reparó un segundo en el estropicio. Los ojos se le quedaron clavados en la figura de Geraldine, cubierta por un liviano camisón de color azul, ¡¡casi transparente!!, que le permitió admirar su esbelto cuerpo de pechos pequeños, cintura de avispa y piernas largas y torneadas. Se había dejado el cabello suelto y uno de sus largos y sedosos mechones le cubría uno de los coralinos pezones. No el otro, que él devoró como un náufrago sediento hasta que ella, ruborizada, se tapó con los brazos.

Era una ninfa.

Un sueño hecho realidad.

El pecado convertido en mujer.

¿Cómo un simple mortal como él podía resistirse a aquella diosa? ¿Cómo, en nombre de todos los santos del cielo, un hombre

en su sano juicio podía escapar de aquel embrujo? La había imaginado así tantas veces. Tantas. Llevaba toda una vida soñando con tenerla ante él de ese modo, medio desnuda, fantaseando con el momento en que pudiera hacerla suya, delirando por ello.

Sintió un tirón en la ingle, cerró la puerta con el talón y acortó la distancia que los separaba, con la sangre corriendo alocada por sus venas.

En el pasillo, Coira, a punto de llamar a la puerta de la vizcondesa por ver si necesitaba algo más, se quedó parada al escuchar el portazo. No hacía falta ser demasiado lista para saber que se trataba de la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Aguzó el oído por ver si escuchaba algo y hasta ella llegó una amenaza que la hizo sonreír, traviesa. Había quedado como una mema ante su señora con tal de conseguir que ocupara aquel cuarto, pero valía la pena si aquellos dos tercos acababan con sus diferencias. Inspiró hondo y dio media vuelta, dispuesta a contar a su esposo que las cosas se iban arreglando. Porque o ella era una completa idiota y no sabía nada del mundo, o su pequeño McKinnion pasaría la noche en una cama que no era la suya. Se persignó y elevó una oración a santa Margarita, a quien tenía un fervor especial y tantas veces había pedido por él.

El cuerpo de Geraldine había reaccionado sin proponérselo al ver a Samuel entrar en el cuarto. Vestido solo con los pantalones sin acabar de abrochar, descalzo, al descubierto su torso tostado de hombros anchos, pectorales musculados y plano vientre, fue incapaz de hacer otra cosa que maravillarse de una perfección varonil que la hizo salivar.

Era un dios griego.

La recreación de sus sueños.

El pecado convertido en hombre.

A pesar de quedarse durante unos segundos turbada por aquel despliegue de poder, reaccionó al ver que cerraba y avanzaba decidido hacia ella.

—Te advertí que no entraras en mi cuarto si no querías que te pegara un tiro —dijo, maldiciéndose al notar que le había temblado un poco la voz.

—No veo ninguna pistola, señora mía.

Antes de que pudiera responder algo coherente se encontró

envuelta en sus brazos y la boca de Samuel atrapaba la suya, devoraba sus labios, calentaba su sangre y la privaba de raciocinio. Enredó él sus dedos en el cabello suelto y sedoso obligándola a echar la cabeza hacia atrás para tener libre acceso a su garganta. La besó en el lóbulo de una oreja, en el cuello, en el hueco de la clavícula. Todo ello mientras, con manos expertas, iba quitándole el camisón. A cada pulgada de piel que descubría le prodigaba una nueva caricia, excitaba sus puntiagudos pezones que, impúdicos, se habían convertido en dos crestas doloridas y ansiosas de atención. Las manos de Geraldine se apoyaron en el pecho masculino buscando un punto de apoyo porque las rodillas no la sostenían, en tanto las de él vagaron por todos lados: trazaron círculos en su espalda, subieron por los costados, atraparon sus pechos…

Ella hubiera tenido que ser una estatua de mármol para no caer en la tentación de entregársele, para resistirse al deseo que su esposo le despertaba. Años de abstinencia soñando con tenerle hicieron que se mostrara descarada, directa, sin ápice de vergüenza al posar su mano derecha en la protuberancia de sus pantalones. Le escuchó sisear y ejerció presión. Deseaba tocarlo como él la tocaba, besar cada trocito de piel de aquel cuerpo magnífico que, hasta ese momento, le había estado vedado.

Samuel se ahogaba de necesidad, su miembro clamaba por escapar del confinamiento de la tela y hundirse en Geraldine. No quería mostrarse subyugado por su feminidad, pero se rendía ante ella. No quería que lo viera dominado por sus besos, pero se sentía un títere sin voluntad bajo el sabor de su boca. No quería que le supiera enamorado, pero lo estaba y no podía remediarlo. En ese momento, ni las huestes del averno podrían haberlo apartado de aquella mujer que le pertenecía, y a quien él se subordinaba por entero.

Rasgó la delicada tela del camisón en su prisa por quitárselo, con los osados dedos de Geraldine abriendo ya el único botón abrochado de su pantalón. El susurro de la prenda femenina al caer a los pies de su esposa se confundió con su gemido al atrapar ella su miembro, duro, ardiente y dolorido de necesidad. Estimulado hasta la locura por su desenvoltura, hubo de ajustar su mano a su muñeca para detenerla. A cambio de la prohibición volvió a besarla con auténtica pasión. Protestó Geraldine en su boca, y él acabó

apoyando su frente en la de ella, ambos respirando el aire a bocanadas.

—Dame un momento si no quieres que quede en mal lugar —pidió.

—Te necesito. Ahora.

«¡Al infierno la cobardía, es mi marido!», concluyó.

Sam le pasó un brazo por la espalda y el otro por debajo de las corvas, la alzó para pegarla a su pecho y no se privó de atrapar sus labios otra vez mientras la llevaba a la cama. La depositó con cuidado sobre la colcha, apartándose un poco para mirarla a placer. Ni las diosas del Olimpo hubieran podido competir con ella. Su grácil cuerpo de piel cremosa, sus altivos pechos, sus largas piernas, el vértice de vello rubio entre ellas… Tenía las mejillas arreboladas, los ojos brillantes por el deseo, los labios húmedos e hinchados por sus besos.

—¡Dios, Geraldine! —gimió—. Eres lo más hermoso que he visto en mi vida. No puedo seguir negando lo que siento por ti. No puedo.

Escuchándole, ella se olvidó de los amargos años queriéndole sin obtener una mirada de aprecio, de tantas noches de insomnio soñando con besarlo. Dudó, por un segundo, si debía abrirle su alma. Pero solo fue un segundo. Si su repentina declaración se refería solo a que la deseaba, no importaba. Era un principio. El primer paso para conseguir enamorarlo.

—Te amo —musitó.

No hubo marcha atrás, no podía haberla. Ninguno de los dos lo quería, pasara lo que pasase después.

Samuel se sentó en el borde del colchón para besar su vientre. Mientras, ella le acarició la espalda, jugando a bajar un dedo por su columna vertebral, depositó pequeños besos en su coronilla y lo excitó más si cabía. Impaciente por tenerla, se puso en pie para deshacerse de los pantalones y los calzones de un solo tirón y sonrió, envanecido en su orgullo al ver que los ojos de ella lo devoraban.

—Te amo, Samuel —repitió tendiéndole los brazos.

Capítulo 20

Por las vidrieras se colaba la luz de la luna. Ninguno de los dos sabía la hora que era ni les importaba.

Acurrucada en los brazos masculinos, Geraldine le acarició con la lengua una de las tetillas y, coqueta, dejó resbalar una mano por debajo de la sábana.

—Dame un respiro, mujer —oyó que gruñía.

A ella se le escapó una pequeña carcajada, dejó los dedos quietos sobre su duro abdomen, pero lo suficientemente cerca de su virilidad como para mantenerlo expectante. Habían hecho el amor primero con afán, con la necesidad durante tanto tiempo reprimida; ella con la certeza de haber derribado las primeras defensas de su esposo, él con la de haber entregado su alma y su corazón a la única mujer por la que moriría. Luego se habían prodigado caricias lentas conociendo sus cuerpos, adivinando los puntos que excitaban a uno y a otro. Descubrió ella pequeñas cicatrices en el cuerpo de su esposo, recuerdos de un pasado que los dos deseaban olvidar. Besó él la marca blanquecina que ella tenía en el costado, evocando el día en que la hirieron y él creyó que la perdía. Se habían vuelto a unir sudorosos, con las respiraciones agitadas y la pasión desbordada.

—Sam.

—Hummm.

Geraldine dudó unos segundos antes de hacer la pregunta que le quemaba en la punta de la lengua. Samuel le había demostrado con creces que la deseaba, sí, pero necesitaba saber si podía aspirar a algo más. Quería un matrimonio pleno que se afianzara con el tiempo; una unión basada en la confianza, en la camaradería y la complicidad, no en los estímulos que pudieran provocarle su cuerpo

joven que, con el paso del tiempo, dejaría de ser deseable.

—¿Crees que podrás llegar a quererme un poco?

Samuel se ladeó para mirarla. Ella, apoyada sobre un codo, lo observaba con la duda reflejada en la cara.

—Imposible —contestó muy serio para, acto seguido, posar sus labios en aquellos lagos azules que comenzaban a enaguarse de lágrimas—. No me pidas que te quiera un poco cuando te amo tanto que me duele el pecho, cuando soy un ciego si no te veo, cuando no respiro si no te tengo a mi lado.

—Sam… —Una lágrima resbaló por su mejilla y ella notó el sabor salado en los labios.

—Hace años encerré mis sentimientos en una caja de metal para no dejarlos salir, creyendo, tonto de mí, que podía vivir sin amor. Pero te conocí y todos los argumentos que me había dado se vinieron abajo. Te he amado desde aquel día en que descubrí tu presencia en los jardines de Vauxhall llevando de la mano a aquel pequeño pillastre que, a modo de saludo, me atizó una patada en la espinilla, y al que no podría querer más si fuera mi propio hijo. Te he amado, aunque me lo haya negado a mí mismo, todo este tiempo.

—¡Oh, Sam!

—¿Dudas de que me enamorase de ti entonces?

—No.

Abarcó el rostro de la joven con sus manos, la besó con anhelo hasta arrancarle un gemido de entrega y luego, al tiempo que acariciaba sus mejillas, clavó su mirada en la de ella.

—Lo que te dije en uno de mis muchos momentos de estupidez no era verdad, mi amor; si un hombre puede ser un cretino, me llevo todos los trofeos. No te pedí matrimonio para que me dieras un heredero. Si te soy sincero, me aterran los partos, me admira lo fuertes que sois las mujeres; si poblar el mundo dependiera de los hombres, nos habríamos extinguido hace millones de años.

—Samuel…

—Pero si te quedas embarazada —interrumpió su protesta—, amaré a lo que Dios nos envíe por el simple hecho de ser tuyo. No negaré que me encantaría tener una niña tan preciosa como la madre.

—Intentaré complacerle, milord —sonrió ella.

—Si fuera un varón… —volvió a besarla, notando que su deseo por ella no había remitido, sino que crecía de nuevo—. Mi padre me dejó una cuantiosa herencia que yo he duplicado, los años dedicados a limpiarle los trapos sucios al Gobierno han dado su fruto. Tengo fortuna suficiente como para legar a Paul varias propiedades y dinero que no están adheridos al título.

—Nada te pido, solo que nos quieras a los dos.

—¡Cuánto tiempo he perdido, mi vida! Me gustaría ser un erudito con las palabras para explicarte lo que siento, Geraldine. —La abrazó e hizo que colocara la mejilla en su pecho para que dejara de mirarlo con aquella fascinación que lo conmovía y avergonzaba —. Con vosotros he recuperado lo que perdí: una familia. Y quiero mantenerla, cariño, teneros a mi lado a Paul y a ti, cuidaros, protegeros. No sé si sabré ser un buen esposo y, menos aún, el padre que Paul se merece, pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas. Necesito que los dos seáis el faro que me guíe en los momentos oscuros, el aire que me hace falta para seguir respirando, cada latido que me ayude a seguir viviendo —oprimió una mano femenina para ponerla sobre su corazón.

—Para no ser erudito en palabras, como dice, se explica usted de maravilla, milord —musitó ella risueña, aupándose para besarlo en la boca.

—No te burles, pequeña pécora.

—No podría burlarme del hombre al que he amado desde aquella tarde en que nos conocimos, y amaré siempre. El único al que me he entregado, porque Archibald usó mi cuerpo, pero no llegó a tenerme realmente nunca. Y no ha habido ninguno más, solo tú.

Samuel se quedó perplejo. Se había rendido a ella y llegado a la conclusión de que no le importaba el pasado de Geraldine; no podía seguir condenándola por lo que había hecho en beneficio de la Corona, no por lo que él mismo instigase encomendándole distintas misiones. Eran tiempos pretéritos que ambos debían dejar atrás para emprender juntos una nueva senda. En tanto las manos y la boca de Geraldine lo llevaban a la locura, se había dicho que solo le importaba tenerla, que era capaz de olvidar a los hombres a los que prodigase sus atenciones. Sin embargo, la confesión que acababa de escuchar lo dejó desconcertado.

—No hace falta que…

—¿Aún no lo entiendes, Sam? Nunca me he llegado a acostar con otro. No voy a negarte que hube de soportar alguna que otra caricia, pero jamás me hizo falta ir más allá para conseguir información, aunque tú hayas pensado siempre que sí. ¿Me crees?

Samuel se pasó una mano por el rostro al escuchar su pregunta desolada. La creía. Claro que la creía. Ya la amaba antes de escuchar su revelación, pero en ese momento, viéndose reflejado en sus ojos azules, se despreció, se llamó ruin por haber dudado de ella. No encontraba palabras para excusarse de tanta vileza que les había hecho daño a ambos, tenía un nudo en la garganta que lo estaba ahogando.

—Deberías haberme roto la crisma.

—Aún estoy a tiempo —esbozó una tímida sonrisa, pasando un dedo por su ceño fruncido.

—No te merezco. ¿Podrás perdonarme alguna vez? Te juro que…

—Ambos hemos cometido errores —le silenció poniendo un dedo en sus labios. No le quería humillado, sino orgulloso y arrogante como siempre había sido—. El mío fue no abordarte, aclarar las cosas y… Sí, tal vez partirte un jarrón en esa cabeza dura de escocés que tienes.

Samuel rodeó con sus manos el rostro amado. Solo podía demostrarle su devoción del único modo que sabía: adorándola de nuevo, haciéndole ver que era suyo por completo. La besó con toda la dulzura de que fue capaz.

—No te merezco —repitió.

—Pero me amas.

—Más que a mi vida.

—No me importa nada más.

El vizconde se apoderó de sus labios que lo recibieron gustosos, encontrando el deseado perdón en la ardiente respuesta femenina. Echó la ropa de cama a un lado, la tomó de la cintura para ponerla sobre él y se le escapó algo parecido a un sollozo cuando Geraldine abarcó su miembro para alojarlo en su interior.

Mucho rato después, ella estiró los brazos por encima de la cabeza, sonriendo cuando él le besó un pecho, y anunció:

—Estoy muerta de hambre.

Samuel se echó a reír, notando que su estómago solicitaba también atención.

—¿Qué te parece si asaltamos la despensa? Ya que Coira no ha tenido la gentileza de subirnos ni unos diminutos sándwiches…

Geraldine se apartó con renuencia del cuerpo fibroso de su marido, acomodó el almohadón tras su espalda y se cubrió el pecho con la sábana. Él se había tomado su tiempo para mirarla a placer antes de que sus cuerpos se fundieran, por tres veces, en uno solo; sus labios se habían paseado desde la punta de la nariz hasta los dedos de los pies, agasajaron cada valle y cada cumbre… Pero se le sonrojaron las mejillas bajo la desvergonzada, insaciable y hambrienta mirada masculina.

—De ella quería hablarte.

Él ajustó su almohada de igual modo que hiciese su esposa, tiró de la sábana para descubrir los pechos de la joven, que no reaccionó con bastante celeridad para evitar un pequeño y suave mordisco en un pezón antes de volver a taparse, y acabó por cruzarse de brazos al ver su gesto circunspecto.

—Te has quedado muy seria. ¿Qué pasa?

—Pasa que he hablado con ella, Samuel —suspiró hondo, sin saber cómo empezar. Sí, por fin había podido convencer a la señora Weir aquella misma tarde para que le contase lo que en realidad sucedió, la auténtica relación de la madre de Samuel con el sujeto con quien él la había encontrado. Era imperioso hacerle ver la verdad, exponerle los hechos tal y como le había contado Coira y no como él los imaginó. Se volvió un poco para mirarlo a los ojos y alzó una mano para acariciarle el mentón, en el que ya despuntaba la barba del día—. ¿Confías a mí?

—Te confiaría mi vida.

—Entonces escucha…

Capítulo 21

En la posada La Ardilla Roja no se podía dar un paso debido a la cantidad de parroquianos que habían acudido a la reunión anual de agricultores, la mayoría de ellos dedicados a la producción de cebada con la que fabricar *whisky*. Una actividad bastante más lucrativa que la cría de ganado vacuno desde que, en 1823, entrara en vigor la Ley de Impuestos Especiales que eliminaba las tasas al proceso de producción, almacenaje y exportación. La expansión de las destilerías crecía a marchas forzadas y Stirling tenía algunas de las que fabricaban el mejor «agua de vida».

Megan eliminó del mostrador los restos de la cerveza y metió el paño en la cinturilla de su mandil, desviando de tanto en tanto la mirada hacia el sujeto que ocupaba una de las mesas del atestado local; no había dejado de observarla desde que pidiera su consumición, que no había tocado siquiera. Enredó uno de los mechones de su lustroso cabello negro en un dedo y se dio la vuelta para tomar una botella de la estantería que estaba a su espalda, a fin de atender la demanda de un conocido cliente.

—¿Cuándo vas a dedicarme tu tiempo, pequeña? —preguntó el individuo, claramente ebrio, volcándose sobre el mostrador para atraparla de la muñeca—. Tú y yo podríamos pasarlo muy bien.

Ella dio un tirón para soltarse, puso la botella sobre la desgastada madera con demasiada fuerza y le respondió:

—Cuando vuelen los cerdos, Coby.

—¡Qué arisca eres, niña!

—Tus amigos te esperan —avisó, señalando con el mentón una de las mesas.

—Si tú quisieras… —hipó él, tratando de enfocarla con la mirada.

—Estás borracho. Lárgate y déjame trabajar.

—Si me hicieras un poquito de caso podrías dejar de limpiar los suelos de ese petimetre de Marble. Y tampoco necesitarías servir copas en este tugurio.

—Déjame en paz, Coby Fraser —pidió apretando los dientes.

Al tipo no le faltaba razón. Trabajaba para los vizcondes, gracias a Dios, seis días a la semana en lugar de acudir solo un par de veces como hacía antes de que se instalaran, lo que había hecho que su sueldo aumentara considerablemente. No le agradaba su oficio, y tampoco le gustaba tener que dedicar su día libre a servir a borrachines en aquella taberna, pero necesitaba el dinero; ahorraba cada penique para poder escapar de Stirling y trasladarse a Londres, su sueño desde que era una niña; tenía miras más altas que pudrirse allí o unir su vida a un deleznable individuo que olía siempre a *whisky* o cerveza.

—Vamos, sal de ahí y tómate una copa conmigo.

—Si no he oído mal, la señorita le ha pedido que deje de importunarla, amigo.

Fraser se volvió tan deprisa hacia la ronca voz que había escuchado a su espalda que perdió el equilibrio y a punto estuvo de caerse. Hizo lo imposible por mantenerse más o menos erguido, entrecerró los párpados y fijó su mirada en el sujeto que le sacaba una cabeza, vestido como un auténtico caballero, bastón incluido.

—¿Quién coño es usted para…?

No le dio tiempo a hacer la pregunta antes de verse alzado por las solapas de la chaqueta, patalear un par de veces en el aire y ser lanzado al suelo. Se escucharon risas, pero ninguno de los clientes se molestó en ayudarle a levantarse, acostumbrados como estaban a que se enzarzara en alguna pelea un día sí y otro también, y él acabó gateando hasta la mesa donde estaban sus camaradas.

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —preguntó entonces el desconocido a la muchacha.

—Andando, chica —apuró en ese momento el dueño del local, viendo que tres parroquianos exigían sus bebidas sin ser atendidos —, hay trabajo que hacer, no te pago para que estés de cháchara.

Ella le lanzó una mirada helada y se dispuso a servirles. Antes de poder hacerlo, el caballero que la acababa de librar de las atenciones no deseadas de Coby Fraser puso una corona sobre el

mostrador, empujándola hacia el propietario del establecimiento.

—La señorita se toma un descanso; supongo que eso es suficiente para compensar que tenga que ser usted quien ponga las copas. Y me gustaría tener un reservado, si es que existe en este sitio —dijo con desdén.

El tabernero agarró la moneda, la mordió para comprobar que no era falsa y la hizo desaparecer en el bolsillo de su mandil.

—Aquella puerta —señaló con el mentón antes de olvidarse de ambos.

Megan hinchó el pecho, sonrió a su bienhechor, se hizo con una botella y dos vasos, y le guio hacia el cuarto indicado, mirándole de reojo. Debía rondar los cuarenta años, algo más viejo de lo que a ella le hubiera gustado, pero era todo un caballero, parecía interesado en ella y tal vez pudiese ayudarla; ya era hora de que la suerte le sonriese también.

El reservado no tenía más que una mesa, dos sillas y un sofá de tapicería desgastada por los años, pero al sujeto no pareció importarle la carencia de comodidades. Retiró la silla para que la muchacha tomase asiento, lo hizo él, sirvió dos generosas dosis de *whisky* y le ofreció uno de los vasos.

—¿Cómo te llamas, preciosidad?

—Megan, señor —respondió, notando que se sonrojaba ante el halago.

—Encantador. ¿Sabes que significa mujer fuerte y capaz? Alguien con ese nombre no debería estar sirviendo bebidas en un estercolero como este, sino rodeada de lujo en los mejores salones de Londres.

A ella los ojos le hicieron chiribitas imaginándose justo como él decía.

Una hora después y tras media botella consumida, Seirian Bowen tenía a la muchacha comiendo de su mano.

Capítulo 22

Su cabeza había sido una olla en ebullición desde que Geraldine le contase su conversación con Coira. Sin haber podido pegar ojo, tan pronto amaneció, sabiendo que la mujer estaría ya trajinando en la cocina, se levantó sin hacer ruido para no despertar a su esposa, se vistió y bajó a buscarla. Ella, al verlo entrar, todo ojeras, pareció adivinar el motivo de su gesto de amargura. Sin una palabra, mientras él permanecía parado en la puerta, sirvió dos tazas de té, las dejó sobre la mesa empujando una hacia él y tomó asiento.

—Geraldine me ha dicho…

—Imaginaba que no tardaría en hacerlo —le cortó—. Siéntate.

Y Coira, entre recriminaciones por no haber querido escucharla hacía años, cuando quiso aclararle lo sucedido, acabó por referirle toda la verdad.

—Tu madre solo pretendía dar celos a tu padre, hacerle ver que se estaba alejando de vosotros en sus ansias de aumentar la fortuna que pretendía dejarte. Quería que entendiera que era más importante la familia, que tanto ella como tú valorabais mucho más su compañía que el triunfo de los negocios. Como haberse instalado en la habitación de la torre no le dio resultado, urdió otra estratagema. Una locura que le aconsejé no llevar a cabo. Pero era tan terca y estaba tan desesperada que no quiso escucharme. —Suspiró, secándose los ojos con el dorso de las manos—. Lo había preparado para que tu padre la descubriese tonteando con aquel impresentable que, incluso, quiso aprovecharse de ella creyendo tener el camino libre. Pero él se retrasó por el inesperado accidente de un amigo y fuiste tú el que presenció la escena.

—¿Por qué no me lo explicó?

—Salió tras de ti al ver que habías sido testigo de su presunta infidelidad, pero te marchaste a la carrera. Recuerda que te negaste a verla, que ni le abriste la puerta al regresar por más que insistió para hablar contigo; simplemente te encerraste en tu cuarto, a la espera de la llegada de tu padre. Heredaste su terquedad, de eso no te quepa duda.

—Me lo podías haber contado tú.

—¡No me censures, muchacho! —elevó la voz, frunciendo el ceño—. Quise hacerlo, pero me rehuiste como a ella. Has estado haciéndolo desde entonces cada vez que he pretendido hacerte ver cómo fueron las cosas. ¿Cuándo me has dado la oportunidad de contarte la verdad? Gracias a Dios, tienes una esposa que te ama y ha insistido en saber qué paso realmente para sacarte de esa pesadilla en la que llevas viviendo desde entonces.

—Entonces no…

—*Entonces no*, Samuel —subrayó—. Tu madre nunca traicionó a su esposo, lo adoraba, hubiera dado la vida por él. Solo cometió una tontería que provocó un desastre.

—Ese desastre lo suscité yo.

—No voy a quitarte la culpa de haber ido con el cuento a tu padre, eras un crío con más orgullo que sesera. Pero tú no causaste el incendio. Ambos tenían el genio vivo, nadie hubiera podido impedir que discutieran y, además, esa era la pretensión de tu madre: hacerle reaccionar. Fue la mano del destino la que volcó aquel quinqué, no la tuya. No puedes seguir odiando al recuerdo de tu madre ni culpándote por lo que pasó.

—Hasta ordené destruir su cuadro —gimió.

—Puedes volver a colgarlo cuando gustes, lo tengo a buen recaudo en el desván.

Se quedó mirándola sin decir nada, dando vueltas a la taza entre sus dedos mientras lágrimas de mortificación le rodaban por las mejillas. No sintió la más leve vergüenza dejando que ella lo viese llorar como un crío, al contrario, fue como si estuviese limpiando su alma. Al cabo de un momento se levantó, la abrazó fuerte, la besó y le dijo:

—Tampoco te merezco a ti, nana.

Dejando a Coira un tanto confundida por no saber a qué se refería, salió de la mansión sin rumbo fijo, solo caminó y caminó sin

importarle la baja temperatura, preguntándose cómo podía haber estado tan ciego. Regresó una hora después, aterido de frío, pero con una idea fija en la cabeza.

Geraldine tardó en despertar, se desperezó, y el recuerdo de lo que había pasado le puso una sonrisa tonta en los labios. La almohada y las sábanas olían aún a Samuel y ella hundió la nariz en la ropa solazándose con una pequeña carcajada. Dio un vistazo al reloj que había sobre la repisa de la chimenea y saltó de la cama con prisas. Era tardísimo. Todo el mundo en la casa debía estar ya con sus quehaceres. Hasta era posible que su esposo ya hubiese desayunado e hiciera compañía a los operarios que reconstruían la torre.

Bajó a la cocina, donde Coira la recibió con una sonrisa.

—Buenos días, señora Weir. ¿Le molestaría si hoy desayuno aquí?

—Buenos días, *milady*, que lo son. Ahora mismo le sirvo, tiene cara de necesitar reponer fuerzas.

Geraldine se sonrojó, pero no apartó la mirada de la de la criada.

—Estoy famélica —dijo empezando a untar mermelada en una rebanada de pan en cuanto le pusieron el tarro delante.

—Suele ser así cuando se tiene una noche agitada, *milady* — volvió a ironizar Coira, guiñándole un ojo.

Lejos de incomodarse por hacer tan claras insinuaciones al encuentro con su marido, la joven se echó a reír; la felicidad la envolvía.

—¿Ha visto a mi esposo?

—Está en el salón verde.

Ansiosa por volver a encontrarse con él, engulló el desayuno, dio las gracias a la mujer y salió a escape hacia donde le indicase. Samuel estaba en medio del salón, con las manos cruzadas a la espalda, absorto, mirando fijamente el cuadro de una mujer vestida con un tartán rojo con rayas verdes y negras. No le hizo falta preguntar quién era, los ojos eran idénticos a los de su esposo. Se acercó despacio, no quería interrumpir lo que sin duda era una reconciliación con el recuerdo de Yvaine McKinnion, aunque se le enaguaron los ojos por la alegría viendo que el óleo estaba donde le correspondía, al lado del de Peyton Meller.

Samuel fue consciente de su presencia, la pegó a su costado y ella se abrazó a su cintura.

—Era bellísima —musitó.

—Les hubiera gustado conocerte —la besó con dulzura, con la mirada clavada en la suya—. Gracias.

Geraldine sabía a qué se refería, así que no dijo nada, solo se aupó sobre la punta de sus zapatos y se prendió de su boca.

Capítulo 23

En contra de todo pronóstico amaneció despejado y, aunque soplaba un viento frío, Geraldine y Samuel salieron con las primeras luces, tras un frugal desayuno, para disfrutar de la campiña escocesa pintada de blanco. A pesar de las dificultades que encerraban los caminos nevados, habían llegado los caballos adquiridos en Glasgow, pero el vizconde prefirió que diesen el paseo montando el suyo, de modo que pudiese llevarla recostada sobre su pecho y protegida por sus brazos. Era un placer del que no quería privarse. No comentó nada del hecho de que ella hubiese decidido cubrirse con el tartán que había pertenecido a su madre, pero se le hinchó el pecho de orgullo porque significaba que Geraldine era su esposa en todos los sentidos.

Según despuntaba el sol se diluían los jirones rojos, naranjas y lilas del horizonte, descubrían el vuelo de algún águila dorada entre las copas de los abetos cubiertos de nieve, o la astuta figura de un zorro solitario en la lejanía. Incluso pudieron ser testigos de cómo un reducido número de ciervos bajaba a beber a la corriente del río, aunque escaparon al verlos acercarse. Escocia era un mundo sorprendente, casi mágico, donde cualquier detalle le arrancaba una sonrisa a la joven.

Sam, concentrado en guiar a la montura cuidando de que no tropezase en alguna zanja oculta por la nieve, silbaba de vez en cuando una balada y ella acabó por sentir curiosidad.

—La letra habla de cómo, allá por el 1298, William Wallace luchó contra Eduardo el Zanquilargo, rey de Inglaterra, en la batalla de Falkirk. Mi madre solía cantármela muy bajito cuando era un crío, hasta que me dormía.

Geraldine asintió, le acarició el mentón y se recostó de nuevo en

el amplio pecho masculino, guardando silencio. Samuel se acercaba más y más al recuerdo de su madre, pero necesitaba tiempo para buscar el valor antes de acudir a visitar las tumbas de sus progenitores. A Yvaine McKinnion, con seguridad, no le importaría concederle ese tiempo, ella estaba segura de que, estuviera donde estuviese, seguía protegiendo a su hijo. Nunca había creído en fantasmas, como bien le dijese a Coira, pero desde que su esposo restituyese el cuadro de la escocesa a su lugar, sentía una extraña y tranquilizadora sensación mientras deambulaba por la casa, como si todo estuviese como debiera.

Oyéndole de nuevo silbar, se concentró en el paisaje, inspiró con deleite el aire helado y se dijo que allí estaba su sitio. No podía negar que se sentía feliz por muchas cosas: Samuel y ella compartían habitación, él no escatimaba constantes muestras de cariño, y estaba próxima la fecha en que Paul volvería a estar a su lado. No podía pedirle más a la vida.

Samuel entró sonriente al cuarto que solía ocupar su esposa cuando se retiraba a leer. Los trabajos de la torre iban viento en popa y el acondicionamiento de las caballerizas estaba bastante avanzado. Geraldine no pareció notar su presencia y, juguetón, se acercó a ella despacio, para darle un beso en la nuca, abrazándola después por la espalda para iniciar una caricia más íntima. Y es que no se cansaba de ella, a cada hora que pasaba a su lado la deseaba más y más. Aquella mujer le había robado el corazón y el alma, no concebía su existencia alejado de ella.

Receptiva como solía ser, le extrañó que no correspondiera a sus mimos, demasiado enfrascada al parecer en las noticias del periódico que sujetaba entre sus delicadas manos.

—Me hiere en el alma que mi esposa preste más atención a un simple trozo de papel que a mis intentos de seducción para llevármela a la cama —bromeó al tiempo que se acomodaba en el brazo del sillón.

Geraldine tardó un largo minuto en levantar la mirada hacia él; cuando lo hizo y adivinó el miedo en sus ojos, se le evaporó la sonrisa.

—La noticia es de hace días —musitó como si saliese de un trance, tendiéndole el diario.

Samuel, intrigado, ocupó el sillón frente a ella y se apresuró a

leer. El editorial estaba firmado por John Thadeus Delane y animado con un dibujo de la fachada del sanatorio de enfermos mentales de Londres. El hombre que había tomado las riendas de *The Times* desde hacía dos años era conocido por haberse rodeado de los periodistas más brillantes de la época, y por el modo directo y sin ambages de sus artículos. Aquel que le señalara su esposa lo iniciaba con una pregunta: «¿Son seguras nuestras calles?». Luego, con una pluma clara y cercana a cualquier lector, hacía referencia a los últimos acontecimientos ocurridos en Bedlam donde, según indicaba, un interno había llevado a cabo dos brutales crímenes antes de escapar. Contaba que Peter Donovan, celador de cincuenta años, había sido degollado. Aunque lo que le puso un nudo en la garganta no fue la escabrosa aclaración, sino la referencia al segundo cadáver: otro interno a quien el asesino había roto el cuello y rociado el rostro con ácido, identificado por sus ropas como Seirian Bowen. Aprovechaba Thadeus para recordar al lector que Bowen había sido especulador, ladrón, embaucador y asesino antes de ser recluido en el sanatorio. Aseguraba, más abajo, que Scotland Yard carecía de pistas sobre el paradero del enfermo evadido, haciendo, además, un razonamiento bastante inquietante sobre la posibilidad de que cualquier ciudadano pudiese ser una nueva víctima de aquel criminal incontrolado. Por último, cargaba tintas contra los políticos; cualquier ocasión era buena para eso y él la aprovechaba acusándoles de mirar hacia otro lado cuando se trataba de la seguridad ciudadana.

Dobló el diario, lo dejó a un lado y cruzó una rápida mirada con Geraldine.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Sam?

—Me resisto a hacerlo —dijo cuando pudo pasar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Bowen…

—Ya has leído que está muerto.

Ella se recostó en el respaldo del sillón, se cruzó de brazos para que él no viera que le temblaban las manos, y clavó los ojos en su esposo.

—Está vivo —sentenció—. Lo presientes igual que yo, no puedes negarlo.

—Las cosas no siempre son tan retorcidas como tú y yo nos

imaginamos, cariño. No podemos pasarnos la vida mirando por encima de nuestro hombro. Deberíamos olvidar de una maldita vez nuestra etapa de agentes de la Corona y dejar de ver espectros donde, con total seguridad, no los hay.

—Lo que se aprende a base de burlar el peligro nunca se entierra, y lo sabes bien. Además, las notas que recibí en Londres no estaban redactadas por un hombre que se deja matar a la primera de cambio, sino por uno que planeaba una venganza.

—¿A qué notas te estás refiriendo? —preguntó él, empalideciendo.

—Anónimos con amenazadas de muerte.

—Paul… —Pensando en el niño, el color del rostro del vizconde se tornó ceniza y apretó los puños.

—Contraté un guardaespaldas, no corre peligro. He de reconocer que una de las cosas que me impulsó a aceptar tu petición de matrimonio fue que él quedara bajo tu protección, en el caso de que me sucediera algo.

—Y yo he de reconocer, también, que los anónimos que me llegaron a mí me dieron el empujón para pedirte que te casaras conmigo.

La joven lo miró con los ojos como platos.

—¿Recibiste…?

—Sea quién sea intenta vengarse de mí a través de ti. Según parece, el último en enterarme de que eres lo más valioso de mi vida, he sido yo.

—Es Bowen —insistió ella.

—Tenemos unos cuantos enemigos a quienes fastidiamos los planes, de modo que podía ser cualquiera de ellos.

—Ese editorial —señaló Geraldine el periódico—, me confirma el autor de los anónimos.

—Sea como fuera, no vamos a esperar a comprobarlo. —Se levantó y comenzó a pasear por el cuarto—. Contrataré a varios hombres y no saldrás de casa hasta que podamos confirmar que…

—No lo harás. —Él frenó sus largas zancadas y se volvió a mirarla como si hubiera enloquecido—. Vamos a seguir con nuestra vida, no pienso estar vigilada día y noche ni enclaustrarme a la espera de que ataque. Porque si es Bowen, como imaginamos, atacará. Nuestra experiencia pasada debería servirnos para estar

preparados.

Samuel se fue hacia ella, le tomó el rostro entre sus manos y buscó sus labios, con el miedo bulléndole en las venas. El tiempo y la distancia habían hecho que relegara el posible peligro que podían implicar los anónimos. Una actuación por completo censurable en un hombre de su andadura. Poner a salvo su corazón del influjo de Geraldine, y tratar de conquistarla después, cuando se rindió al amor que le profesaba, lo habían vuelto descuidado. No así a su esposa, quien de inmediato ató cabos tras leer la noticia en el periódico. Siempre había sido más intuitiva que él, y seguía siéndolo.

—No permitiré que te pase nada, mi amor —murmuró sobre la boca femenina.

Geraldine estrechó el cerco de sus brazos alrededor del cuello de su esposo para atraerlo más hacia ella y robarle un nuevo beso.

—Yo sí que no voy a consentir que te pase nada a ti, porque me ha costado demasiado enamorarte como para dejar que un desgraciado me arrebate lo que es mío.

—Y soy todo tuyo, *milady* —afirmó con voz ronca mientras acariciaba su trasero, se pegaba a ella y le demostraba cuánto la necesitaba—. Todo tuyo y para siempre.

La joven vizcondesa enredó sus dedos en la suavidad del cabello masculino, sus ojos prendados de aquellos otros que constituían su mundo; le fascinaba el modo en que se volvían más oscuros por la pasión. Deseaba a Samuel de tal modo que casi era una agonía, la sangre se le espesaba bajo sus besos, se sentía pequeña entre el poder de sus brazos y, a la vez, poderosa como solo podía serlo una mujer enamorada y correspondida.

—¿No habías dicho algo acerca de intentar seducirme para llevarme a la cama? —preguntó en tanto acariciaba su pecho, sus dedos jugueteando ya por debajo de la cinturilla del pantalón.

—Frase desatinada, cuando eres tú la que me seduces siempre, bruja.

—Así que te seduzco… ¿Lo suficiente como para perdernos hasta, digamos, la hora de la cena?

La carcajada de Samuel se expandió por el cuarto antes de tomarla en brazos y dirigirse hacia el piso superior, olvidando por completo a Seirian Bowen.

Capítulo 24

Dejaron las monturas a la entrada del camposanto y, a medio camino, Geraldine se paró frente a una de las tumbas, una losa rectangular rematada en semicírculo. Se veía desgastada, agrietada por el paso de los años, en parte cubierta de líquenes, pero se apreciaba el tallado de pergaminos y figuras. La inscripción, sin embargo, apenas se distinguía con claridad debido a las marcas de lo que parecían impactos de bala.

Samuel rodeó su cintura y confesó:

—De críos solíamos hacer apuestas para ver quién era capaz de llegar hasta esta lápida y tocarla antes de salir a escape. No me avergüenza decir que esas pequeñas manos y pies que asemejan asomar bajo la talla de la mortaja me aterrorizaban.

—La tumba es muy antigua, ¿verdad? —preguntó acariciando la suave lana del tartán con el que se cubría, cerrado sobre el hombro por el broche de oro que él le regalase.

—Se cree que de mediados del XVII. Los desperfectos fueron provocados en el asedio al castillo en 1651. ¿Vamos?

Ella asintió y atravesaron la explanada entre lápidas viejas y otras más recientes, apretando, sin ser consciente de que lo hacía, el ramillete de romero atado con una cinta que Coira le proporcionase antes de salir. El sol había vuelto a brillar, de la nieve apenas quedaba un leve rastro que se iba diluyendo y la temperatura era agradable. Sin embargo, Geraldine notaba un escalofrío helado bajarle por la espalda. No era por encontrarse rodeada de tumbas, los muertos nunca le dieron miedo. Era otra cosa, una sensación extraña que ya experimentase antes, cuando la había acechado el peligro trabajando para el Gobierno. Con disimulo, agarrada a la mano de su esposo, observó ambos lados del camino embarrado que

atravesaban, cuidando a la vez de que las suelas de sus botas no resbalasen en los restos de hielo existente.

Samuel se paró frente a un panteón y sus largos dedos apretaron los suyos. Se trataba de una construcción ni demasiado grande ni demasiado pomposa, aunque destacaba entre las simples tumbas que la circundaban. La lápida donde pudo ver grabados los nombres de los padres de Samuel, estaba rodeada de inscripciones florales y cabezas de querubines, y flanqueada por dos columnas que se unían en la parte alta donde destacaba la imagen de una calavera ceñida por una corona de laurel. Rodeando el panteón, una verja acabada en puntas de flecha frente a la que había dos búcaros de metal en los que ella depositó las ramas de romero que llevaba.

Megan, bastante extrañada, abrió la ventana, hizo señas de que esperase a quien acababa de tirar guijarros contra ella para llamar su atención, y volvió a cerrar echando una mirada de reojo a su compañera de trabajo. La señora Weir les había ordenado limpiar los cristales de aquella parte de la casa, lo que hacían desde el amanecer, aunque ambas estaban seguras de que llovería a no mucho tardar.

—Vuelvo enseguida, Penny —dijo, lanzando el paño dentro del cubo y alejándose a paso vivo mientras se iba quitando el delantal.

A pesar de agradecer la distracción, no entendía qué podía querer su apasionado admirador a hora tan temprana, cuando hasta entonces solo se habían citado por la noche. Por suerte, Penny compartía habitación con la chica que ayudaba a la cocinera y ella tenía un cuarto aparte, junto a la despensa. No era tan mema como para creerse tanto halago sobre su belleza como salía de la boca masculina, ni tan ingenua como para pensar que podría llegar a algo serio con él, pero era un experto amante y le había prometido llevarla a Londres para buscarle un buen empleo. Escapar por fin de Stirling bien valía el sacrificio de unos cuantos arrumacos con el inglés.

Se soltó el cabello, lo ahuecó con los dedos, dejó cofia y delantal sobre la cama, se echó una toquilla sobre los hombros y salió al pasillo para llegarse al jardín, sin dejar de echar nerviosas miradas a todos lados; si la descubrían estaría de patitas en la calle en menos que cantaba un gallo. Apenas llegó al exterior se encontró envuelta en los brazos de su amante.

—¿Qué hace aquí a estas horas? Me juego el puesto.

—No tienen por qué vernos, tesoro —la llevó hacia un lateral, al abrigo de los aligustres—. ¿Acaso tus amos se levantan tan pronto?

—Ya le he dicho que cabalgan siempre al alba; hoy, según escuché, se acercarían también al cementerio, así que no están aquí; es el ama de llaves quien me preocupa, tiene ojos hasta en la nuca y…

—Te he traído un regalo —cortó su protesta.

Sonrió Megan, sorprendida y emocionada, y se le escapó un gorjeo de felicidad al ver lo que colgaba de los dedos masculinos. Desde que entablara amistad con el caballero había recibido unos cuantos peniques con los que se había comprado alguna fruslería, pero era la primera vez que le hacía un regalo de aquella índole. La cruz celta, que supuso era de plata, sujeta por un grueso cordón trenzado, le pareció preciosa. La tocó con la punta de los dedos y él la retiró travieso, haciéndola reír.

—Deja que te lo ponga, quiero ver cómo luce en tu cuello.

Ella le dio la espalda a la vez que sujetaba su abundante cabellera hacia arriba para facilitarle la tarea. Se sintió afortunada y hasta un poco perversa por aceptar el obsequio, el pastor siempre decía que una muchacha no debía admitir obsequios de un hombre que no fuese su marido. Se encogió mentalmente de hombros al notar el roce de los dedos masculinos al pasarle el cordón por delante. ¿Qué había de malo? ¿Acaso no había sido buena con él? Una joya como aquella era lo mínimo que se merecía.

Notó el frío del metal sobre su piel, la suavidad del cordón que le rodeaba la garganta, y posó la yema de un dedo sobre la cruz. Frunció el ceño, sin embargo, al sentir que se lo ceñía demasiado al cuello, y quiso decirle que lo aflojara. Solo fue capaz de emitir un graznido de miedo cuando el cordel comenzó a estrangularla lenta pero inexorablemente. Con el pánico abriéndose paso en su cerebro, sin posibilidad de meter aire en sus pulmones y percibiendo que el cordón se clavaba cada vez más en su garganta, hizo un postrero intento de aferrar las manos de quien la estaba matando. De nada sirvió que clavara sus uñas en ellas, se le nubló la vista, su rostro comenzó a tomar un tinte escarlata y, antes de poder encomendar su alma, quedó como una muñeca rota a la que su agresor dejó caer al suelo con un gesto de repugnancia.

Bowen inspiró hondo, guardó el colgante en el bolsillo del gabán y arrastró el cadáver hasta ocultarlo tras los rododendros. Había pasado buenos ratos entre sus muslos, pero había llegado el momento de llevar a cabo su venganza y desaparecer definitivamente, no podía permanecer más tiempo en Escocia ni permitirse el lujo de que la policía interrogase a la joven más tarde, cuando encontraran los cadáveres de los Marble. Megan había demostrado ser demasiado despierta, recordaría que él había hecho muchas preguntas acerca de las costumbres de los vizcondes y no habría tardado en sacar conclusiones; sin duda alguna, despechada por verse abandonada, le delataría. Estaba mejor muerta.

Ajeno a la cercanía de quien buscaba satisfacer su revancha, Sam permaneció callado durante un buen rato con los ojos cerrados, sin soltarse de la mano de su esposa, que respetó su silencio hasta que le sintió relajarse.

—¿Por qué le gustaba tanto a tu madre esta planta, Sam? —quiso saber, agachándose y recolocando las que dejase un momento antes.

—Coira dice que la primera vez que vio a mi padre él acababa de caerse del caballo y estaba hecho un ocho sobre un arbusto de romero. Y que al verlo de aquella guisa se rio con tantas ganas que le contagió, se levantó y le ofreció una ramita. —La tomó de los hombros cuando volvió a perder su atención—. ¿Qué te preocupa, mi amor?

—No sé por qué piensas que me preocupa algo.

—¿Tal vez porque sé que llevas tu pequeña pistola en el manguito? ¿Acaso porque no has parado de mirar a todos lados desde que hemos salido de casa?

Geraldine torció el gesto; nunca había sido capaz de sorprender a Samuel.

—Puedo asegurarte que, a pesar del tamaño, resulta tan eficaz como la que llevas tú.

—Espero que no tengas que volver a usarla nunca más. Volvamos a casa —pidió dándole un beso en la punta de la nariz y pasándole luego un brazo por encima de los hombros.

Capítulo 25

Coira, que picaba verduras en tanto su esposo degustaba una taza de té y la muchacha que la ayudaba fregaba unas perolas, elevó la mirada al ver irrumpir en su cocina a Penny seguida por dos desconocidos. Andreas se levantó, protector, interponiéndose entre ellas y los recién llegados, mirándolos de arriba abajo.

Ambos eran altos, de cabello oscuro, anchos de hombros; a pesar de sus rostros cansados oscurecidos por la barba de varios días, su gesto adusto y el polvo acumulado en sus gabanes, sombreros y botas, no parecían unos muertos de hambre. No era la primera vez que algún vagabundo se acercaba por allí mendigando un plato de comida o refugio para pasar la noche, y ni a él ni a su esposa les importaba socorrerlos, lo hacían con sumo agrado. Pero aquellos dos tipos no estaban necesitados de un guiso, en todo caso sí de buena cama porque parecían agotados.

—Los caballeros preguntan por los amos; ya les dije que no se encuentran en casa —indicó Penny, que no era capaz de quitar los ojos de encima al de más edad.

—¿Dónde están los vizcondes?

Coira puso mala cara a un interrogatorio tan directo del individuo más joven, que no había tenido la gentileza de quitarse el sombrero como su compañero, colocó los brazos en jarra sin soltar el cuchillo con el que estaba troceando las verduras, se adelantó y elevó el mentón, preguntando a su vez:

—¿Quién diantres son ustedes y por qué les interesa saber dónde está milord?

Catesby, advirtiendo su poca caballerosa entrada, se descubrió de inmediato y varió su tono.

—Disculpen mis modales —rogó, esbozando una sonrisa que

hizo arquear las cejas a la cocinera y suspirar a las dos criadas—. Mi nombre es Remington Wyler y el caballero que me acompaña es James Gresham, barón Salsbury. ¿Hemos de suponer que estamos frente a los señores Weir?

—Milores —inclinó Andreas la cabeza, tranquilizándose al saber la identidad; Meller les había hablado en varias ocasiones en sus cartas del capitán del ejército con el que le unía una buena amistad desde su época de estudiante.

—Es imperioso que les encontremos de inmediato —argumentó Gresham, viendo que tenían toda su atención—. Quisimos telegrafiar, pero…

—Las líneas han estado cortadas durante días debido a la tormenta, milord; apenas acaban de repararlas.

—Lo sabemos. Tomamos el ferrocarril en la estación de Euston y en Liverpool intentamos comunicarnos de nuevo sin resultados. Hemos hecho el trayecto hasta aquí, a caballo, en la mitad de tiempo. ¿Dónde están los vizcondes, señor Weir?

—Suelen cabalgar por los páramos del norte, pero también pensaban acercarse al cementerio; no puedo indicarles dónde habrán ido primero, milord.

—Habremos de dividirnos y…

Justo en ese momento se abrió la puerta y entró Alec llevando a Megan en sus brazos, desmayada y manchada por completo de barro, lo que levantó exclamaciones de asombro.

—¿Qué ha pasado?

—Han intentado asesinarla, señora Weir, tiene una marca en el cuello.

—Pero…

—Aún respira —tranquilizó a todos el lacayo.

—¡Gracias a Dios!

—Ha tenido que ser el inglés —dijo Penny acercándose a su compañera—. ¡Ya sabía yo que no le traería nada bueno!

—¿De qué inglés estás hablando, chiquilla? —interrogó Andreas.

—La rondaba desde hacía días. Le dije que no le convenía, que era demasiado mayor para ella y solo buscaba… lo que buscaba —afianzó su insinuación con un movimiento de cabeza—. Además, parece que estaba muy interesado en dónde iban y venían los señores. Hace unos minutos vino a buscarla, los vi cuchichear en el

jardín.

—Me tropecé con sus piernas por pura casualidad, estaba tendida entre los arbustos —confirmó el lacayo.

—¿Cómo es ese hombre, señorita? —preguntó Rem—. ¿Puede describirlo?

—Solo lo he visto un par de veces, y de lejos. Unos cuarenta años, moreno, tan alto como usted, milord —sonrió con coquetería.

Wyler intercambió una mirada rápida con Gresham; la vaga descripción de la chica no era suficiente para saber si se trataba de Bowen.

Coira comenzó a impartir órdenes, como si de un general se tratase.

—Rápido, llevemos a Megan a su cuarto. Penny, ve a mi habitación, en el primer cajón de la cómoda encontrarás un tarro de pomada. Tú, calienta agua y trae toallas —le indicó a la otra muchacha—. Andreas, busca al cochero y acercaos al pueblo, que el doctor McMillan venga lo antes posible. Milores, lo lamento, pero…

Gresham y Wyler acompañaron a Weir fuera, le robaron unos segundos para que les indicara hacia dónde debían dirigirse y decidieron separarse.

—Ve a los páramos, yo me acercaré al cementerio.

—Volvamos a casa —pidió Samuel.

—Creo que eso no va a ser posible —dijo una voz glacial a su espalda, obligándoles a volverse.

Lo primero de lo que se percataron ambos fue del cañón del arma que les apuntaba. Samuel imprimió fuerza al brazo que rodeaba los hombros de su esposa, acercándola más a él, tensó todos los músculos y trató de no mostrar alarma, aunque reconoció de inmediato al hombre que los amenazaba. Supo que también ella lo había identificado al escucharla decir:

—Así que, por fin, se deja ver, Bowen.

Los finos labios del aludido se estiraron en una sonrisa pérfida, inclinó ligeramente la cabeza a modo de admiración y movió la pistola indicando que caminaran hacia la parte trasera del panteón, donde quedaban ocultos de la mirada de algún visitante indeseado.

—Venga aquí, milord.

—Mi esposo no va a… —protestó Geraldine poniéndose ante él, aunque se mordió los labios y hubo de guardar silencio cuando

Bowen apuntó directamente a la cabeza de su esposo.

—Tengo intención de matarla primero a usted, pero no me importa cambiar el orden. Es curioso, ninguno de los dos parece demasiado asombrado por mi presencia.

—Supimos por *The Times* del doble crimen en Bedlam. En ningún momento creímos que usted fuera uno de los cadáveres, más bien el asesino —le aclaró la muchacha, apretando la pistola guardada en su manguito. Era una versión mejorada de la que se inventó en Londres en 1795, con cachas de madreperla, de apenas seis pulgadas; disponía de un solo disparo, pero eso era más que suficiente para volar los sesos a aquel indeseable si le daba ocasión.

—Si fuese un hombre sensato se largaría de aquí lo antes posible —aconsejó Sam al tiempo que se acercaba despacio a su enemigo, tratando de mantenerse entre él y su esposa.

—No lo soy demasiado, ¿verdad? —Acortó los últimos pasos que les separaban, sujetó al vizconde por el cuello del abrigo, se puso tras él, apoyó el cañón del arma bajo su barbilla y volvió a clavar sus ojos en la muchacha—. Claro que entonces, de haberme ido, no hubiéramos podido tener esta conversación.

A Geraldine le hormigueaban los dedos que aferraban su pistola y hasta pensó, por un instante, disparar a través del manguito. Lo desestimó porque resultaba demasiado peligroso hacerlo estando Samuel en posición tan precaria. Tenía que buscar la oportunidad, distraer a Bowen de algún modo.

—¿Por qué mató a los dos hombres del sanatorio?

—Cumplieron su cometido, ya no los necesitaba.

—Y ahora, ¿qué es lo que quiere?

—Creía que había quedado claro… «*milady*» —se burló, soltando luego una carcajada que hizo que el vello de la joven se pusiera de punta—: matarlos.

—Por haber hecho que lo arrestaran. Busca venganza.

—¡¡Claro que quiero venganza, condenada zorra!! —gritó Seirian desaforado, sus ojos inyectados en sangre. Por un segundo incluso se olvidó de que tenía sujeto a Samuel y desvió la pistola hacia ella—. Quiero que paguéis y vais a pagar.

Marble buscaba el momento para revolverse y atacar, pero el nudo de miedo que tenía en el estómago, y que se acrecentó viendo a Bowen apuntar a su esposa, lo paralizó. No haría nada que la

pusiera en peligro, demasiado delicada era la situación como para dar un paso en falso.

A Geraldine solo le hizo falta un segundo para entender que Samuel esperaba la oportunidad para combatir a aquel criminal. Tenía que entretenerlo como fuese.

—Mi esposo era partidario de colgarlo. Pero yo no —vio que Bowen parpadeaba confundido—. No, yo no lo fui. Incluso facilité a su abogado, sin que lo sospechara, la posibilidad de que consiguiera que le conmutaran la pena por la reclusión en Bedlam. ¡Quería que se pudriera allí, desgraciado! Que pagara todos sus crímenes escuchando los balbuceos de los enfermos mentales, viendo sus miradas erráticas y sabiendo que día a día se iba pareciendo más a esos pobres infelices. Quería que se consumiera en ese sanatorio.

Los arrebatos de cólera nunca son buenos para mantener controlada la situación y a Bowen le pudo la furia. Siseó, comido por una violencia que le empujaba a acabar con aquella mujer a la que odiaba, y alzó el brazo armado dispuesto a descerrajarle un tiro.

Samuel encontró en su errático movimiento la oportunidad que estaba esperando: clavó el tacón de su bota en el empeine de su rival al mismo tiempo que golpeaba su brazo, consiguiendo desviar el disparo, que se perdió entre las copas de los tejos e hizo emprender el vuelo a un grupo de gorriones. Sin embargo, el peligro no había pasado, Bowen usaba un revólver de varios cañones conocido por su forma como «pimentero». Se aferró a la muñeca de su adversario, recibiendo a su vez un codazo en plena espalda que lo dejó sin aliento.

Geraldine, pistola ya en mano, trataba de encontrar el ángulo idóneo para disparar. Misión quimérica, porque los dos hombres se habían enredado en una pelea que, tan pronto dejaba descubierto a su enemigo, como era su esposo el que estaba en el punto de mira. Ambos amarraban el arma, Bowen de la culata, Samuel del cañón, en tanto intercambiaban puñetazos con la mano que tenían libre, pero giraban sobre sí mismos en la disputa, y a la joven, con el corazón encogido por el miedo a lo que pudiese pasarle a su esposo, le resultaba imposible decidirse a apretar el gatillo.

No fue así para James Gresham, que acababa de entrar en escena. Con una frialdad adquirida durante años en situaciones

comprometidas, apuntó y disparó. La bala, que le acertó a Bowen en pleno pecho, impulsó el cuerpo del asesino hacia atrás, haciendo que se soltara de Samuel.

Por unos segundos, su oscura mirada quedó fija en el rostro del desconocido que acababa de meterle una bala en el cuerpo, desviándola después hacia la mujer. Geraldine lo observaba con algo parecido a la lástima, su brazo armado laxo ya a un lado de su cuerpo y, muy a su pesar, le concedió que había sido una oponente magnífica. Notó que sus manos temblaban, que todos sus músculos se relajaban. Viéndose perdido aferró la pistola con desesperación, pero no pudo evitar que su cuerpo se tambaleara y acabó desplomándose hacia un lado.

Geraldine ahogó una exclamación de horror cuando quedó insertado en las puntas de lanza de la valla que rodeaba el panteón de los Meller, como un muñeco roto, pero aún consciente. A pesar de encontrarse a las puertas de la muerte, el odio le insufló la fuerza necesaria para alzar la mano armada y apuntar.

—Acompáñame… al… infierno… pu…

No le dio tiempo a disparar ni a terminar la frase antes de que James Gresham lo hiciera de nuevo, metiéndole una bala entre ceja y ceja.

Capítulo 26

Las autoridades se hicieron cargo del cadáver de Bowen y apenas molestaron a los implicados en el asunto, conocedores ya, gracias a Scotland Yard, de la posible aparición del criminal en Stirling.

En cuanto a la joven criada, el doctor McMillan les tranquilizó de inmediato tras examinarla.

—Conviene que guarde reposo unos días y que no la dejen sola en ningún momento. No soy un experto en problemas mentales, *milady*, pero sé que este tipo de experiencias puede producir episodios de terror, habrán de vigilarla.

—Así lo haremos, descuide —aseguró Geraldine, sintiéndose en parte culpable de implicar a Bowen en la tranquila vida de la casa —. ¿Recuperará la voz?

—Tiene dañadas las cuerdas vocales, pero con tiempo y paciencia lo hará. Volveré a examinarla dentro de dos días.

—Gracias por todo, doctor.

—*Milady* —saludó el médico con una inclinación de cabeza antes de seguir a Andreas.

La joven vizcondesa se volvió hacia sus salvadores. Estaba demacrada, agotada anímicamente por la tensión sufrida viendo a su esposo en peligro. Pero nunca dejó que las vicisitudes la dominaran y tenía cosas de las que ocuparse. Entre ellas proporcionar habitación a sus invitados, encargar que les subiesen una bandeja con comida, y buscar ropa de Samuel con la que pudiesen cambiar su patibulario aspecto.

Anochecía ya cuando volvieron a reunirse en uno de los salones, y ella admitió que, después de un buen descanso, aseados y con ropa limpia, Remington y James volvían a parecer dos caballeros y no unos asaltantes de caminos.

—De modo que Jack Davis, su abogado, os puso sobre la pista —murmuró Sam mientras servía *whisky* en los vasos.

—Fue pura suerte que nos encontrásemos en ese momento en el despacho del inspector Gardener, de no haber sido así es posible que la policía se hubiese limitado a peinar Londres buscando a ese sanguinario —confirmó Gresham—. Remington, después de escuchar su declaración, intuyó que podría intentar llegar hasta aquí.

—Su aparición no ha podido ser más oportuna, le doy las gracias —dijo la joven, a lo que Gresham respondió con una inclinación de cabeza.

—Davis le ayudó a haceros llegar los anónimos, aunque desconocía el contenido de los mensajes —explicó Wyler—. Y le abrió una cuenta con nombre falso, proporcionándole después la documentación necesaria para que pudiera retirar los fondos. Tenía todo muy bien planeado para que Bowen pudiera desaparecer sin dejar huellas.

—Un hombre capaz ese abogado, por lo que veo.

—Un pobre hombre, en realidad —indicó James—. Uno de tantos que se dejó atrapar entre los tentáculos de ese criminal. De haberse Bowen simplemente fugado de Bedlam, retirado el dinero y desaparecido del mapa, Davis no hubiera movido un dedo para delatarlo, se jugaba su reputación.

—Pero Seirian no se limitó a eso —dijo Geraldine con pesar, recordando el modo en que había matado al enfermo y al celador—, hubo de asesinar de nuevo.

—Es lo que movió a Davis a acudir al inspector. Su conciencia no estaba tan podrida como para pasar por alto esos dos crímenes.

—Hay que reconocer que ha tenido valor para declararse cómplice de ese loco, sabiendo que habrá que hacer frente a una condena.

—Gardener intercederá ante el juez para eximirlo de cualquier cargo a cambio de su colaboración.

—¿Y se puede saber qué hacías tú en las oficinas de Scotland Yard, Rem? —preguntó Geraldine.

El vizconde Catesby dio un par de vueltas entre los dedos a su vaso antes de declarar:

—Nunca me ha gustado estar ocioso, y puesto que ya no estoy

en el Ejército…

—… has decidido colaborar con la policía —se burló Samuel finalizando la frase.

—No exactamente. Digamos que me entretengo ayudando de vez en cuando a mi tío político, aquí presente —miró a Gresham de reojo.

—Ya veo —asintió, volviendo a tomar asiento junto a Geraldine, a quien no vaciló en abrazar por los hombros—. Creía que usted se dedicaba solo al entrenamiento de sus inmejorables caballos, lord Salsbury.

—Lo haría, siempre y cuando a mi esposa se le quitase de la cabeza la manía de meter su preciosa nariz en cualquier asunto que huela a robo o asesinato.

—Por lo que sé, Moon Investigaciones tiene contratados a unos cuantos detectives.

—Diez, para ser exactos. Sí, lo sé, ella debería dejarlo. Pero su padre trabajó con los Bow Street Runners, se crio comentando con él muchos de los casos en los que intervino, fue una alumna más que aventajada y tiene el olfato de un perro de caza. Investigar es su pasión. Y ella… es la mía, Marble.

A Geraldine le conmovió la declaración porque a Gresham, aquel hombre que según había oído decir fuese un libertino de primera, le brillaron los ojos al referirse a su esposa. Ojalá ella y Samuel, después de tantos años de matrimonio como llevaban ellos, pudieran seguir sintiendo el mismo amor e idéntica complicidad. Como si su esposo hubiese seguido la trayectoria de sus pensamientos, la abrazó más fuerte y depositó un beso en su sien.

—Y ¿cómo se encuentra Xandra, Rem? —indagó el vizconde—. Conociéndola, me extraña que no se haya sumado a vuestra «excursión».

—Apenas nos dio tiempo a escribir una nota advirtiendo que nos ausentábamos antes de salir de Londres con lo puesto —se adelantó a contestar James—. De todos modos, Remington le habría prohibido venir.

Sam arqueó las cejas, observó al barón y luego a su amigo. ¿Prohibir algo a aquel torbellino? Los Gresham en pleno la adoraban, Remington besaba por donde ella pisaba, y él la conocía lo suficiente como saber que, de haber querido ir, estaría ahora

sentada en aquel salón. Aún recordaba su coraje cuando le propusieron vigilar a quien creían que era un traidor a la Corona.

Catesby clavó en él su atención, sabiendo que el otro esperaba una explicación a la categórica afirmación de James. Su semblante, normalmente severo, se fue suavizando hasta acabar esbozando una sonrisa.

—Imagino que quiere asegurarse antes de darme la noticia, pero creo que estamos esperando un hijo.

Geraldine dejó escapar una exclamación complacida y Marble se levantó para felicitar a su amigo estrechándole la mano con fuerza.

—Al menos, tunante, eso has sabido hacerlo bien —bromeó.

—¡¡Samuel Meller!! —regañó su esposa con las mejillas sonrojadas, haciendo estallar en carcajadas a James Gresham.

Epílogo

Tres meses después

La primavera estaba en el aire, el paisaje se había tornado espectacular cuajado de jacintos de vivos colores en unos lados, formando una alfombra de florecillas moradas y amarillas en otros; anémonas de bosque y prímulas alegraban la vista. Alguna bandada de aves marinas cruzaba sobre ellos con destino a los acantilados para reproducirse tras el largo invierno; las águilas sobrevolaban las colinas para anidar; el arco iris engalanaba un cielo azul después de la llovizna, y las ardillas rojas, más activas que nunca, subían y bajaban de los árboles despertando la admiración del pequeño Paul, cuya risa llegaba hasta ellos a través de la ventana abierta.

Geraldine sonrió al sentir la mano de su esposo subiéndole la falda. La había sorprendido en la biblioteca, mientras se alzaba de puntillas para tomar un libro, y no había podido escapar. Aunque encontrándose así, retenida entre las estanterías y el duro cuerpo de Samuel, lo último que quería era quedar libre. Deseaba todas y cada una de sus caricias y se preguntó cómo era posible que hubiese soportado tanto tiempo sin poder llamarlo suyo.

—Compórtese, milord, puede entrar cualquiera —pidió sin demasiada convicción.

—Mataré al que atraviese esa puerta —prometió él dándole un mordisquito en la nuca, con su mano perdida ya bajo la tela, disfrutando de la suavidad de la piel femenina.

—Serías capaz… —se echó a reír, abriendo un poco las piernas para permitirle la intromisión, y se le escapó un gemido al notar un dedo acariciando su zona más íntima.

—Que entren y empezarás a contar muertos —bromeó él,

apretando entre sus dientes el lóbulo de una oreja.

En ese instante escucharon la llamada a la puerta y se separaron con el tiempo justo para poner cara de «aquí no pasaba nada», antes de que Weir hiciera su entrada.

—¿Sí, Andreas?

—Lamento interrumpir, pero acaban de traer un telegrama —dijo, desapareciendo de inmediato tras entregarlo.

Apenas quedaron a solas la joven se echó a reír.

—Si supiera que ha estado a punto de convertirse en un cadáver… ¿De quién es? —preguntó al verle interesado leyendo.

Samuel lo arrugó, lo dejó en la estantería y tomó a su mujer de los hombros para volver a pegarla a su cuerpo. De inmediato se apoderó de sus labios, mordisqueándolos, y emprendiendo de nuevo su mano el ascenso debajo de la falda.

—¿Por dónde íbamos, *milady*?

—¡Sam! ¿De quién es el telegrama?

—De James Gresham —gruñó sin dejar de besarla.

—¿Qué dice?

—Que me ha conseguido tres estupendos sementales, pero deberé ir a recogerlos en persona a Londres, no quiere ponerlos en manos de nadie.

Los ojos de ella se iluminaron.

—Si queremos que realicen la monta esta primavera, deberíamos ir ya.

Él se la quedó mirando mientras la acariciaba, tratando de adivinar si la euforia de su comentario se debía a los caballos o al hecho de regresar a Londres.

—¿Lo echas de menos?

—¿Qué cosa?

—Hyde Park, Oxford Street, las tiendas de moda…

Se aupó la vizcondesa sobre la punta de sus zapatos para robarle un beso.

—¿Lo echas de menos tú?

—En alguna ocasión. Aquí hay demasiada tranquilidad a veces…

Llamaron de nuevo y hubieron de separarse otra vez con prisas. En esa ocasión se trataba de Coira que, tras obtener permiso, entró a grandez zancadas, rojas las mejillas, con gesto iracundo.

—*Milady*, debería hablar con el carnicero; nos ha traído la

cuarta parte de lo pedido.

—¿Y eso?

—La excusa es que esta semana se celebra una Noche de Burns y tiene apalabrada la carne para la posada.

Geraldine enarcó las cejas y pidió explicación a Samuel.

—Los seguidores de Robert Burns, el poeta, suelen celebrar esas reuniones desde el siglo pasado —indicó—. Por lo general, son a últimos de enero, pero no es extraño que se junten en cualquier momento.

—¿Qué fiesta es esa?

—Se toma caldo escocés, se comen *haggis* acompañados con patatas y nabicoles, se bebe todo el *whisky* que uno pueda aguantar, y se recitan algunos de sus poemas.

—Parece entretenido. ¿Te gustaría asistir?

—La última cena en la que estuve hubieron de traerme a casa como una cuba —sonrió—. No, gracias.

—Podemos prescindir de carne de momento, imagino —se encogió ella de hombros—. No se preocupe, señora Weir, nos apañaremos.

—Si usted lo dice, *milady*… —Dio media vuelta, salió y cerró.

—Ahí va el segundo cadáver… vivo —se burló Geraldine, haciendo que Sam soltase un bufido.

—Se acabaron las interrupciones, señora. Continuemos con lo que estábamos haciendo —dijo él abrazándola de nuevo.

Ni siquiera les dio tiempo a besarse cuando se vieron nuevamente interrumpidos.

—¡Mamá! ¡Sam! ¡Mirad lo que acaba de traerme Calem!

Meller puso los ojos en blanco cuando Paul, con un perrillo en brazos, entró como un torbellino seguido de Calem. Ambos se habían hecho amigos apenas conocerse. Geraldine y él habían conseguido, no sin esfuerzo, que Evanna y su esposo aceptaran que, dos días a la semana, el tutor de Paul incluyera al muchacho en las clases, y los chicos se habían hecho inseparables.

—Ni se te ocurra meterlos en la carnicería —susurró la vizcondesa, aguantando la risa.

El perro, un terrier negro como el carbón, saltó de los brazos de Paul y correteó por la biblioteca lanzando pequeños ladridos. Calem consiguió atraparlo antes de que hiciera una trastada.

—Es precioso —dijo Geraldine, acariciando las puntiagudas orejas del inquieto animalillo.

—Me dejaréis tenerlo, ¿a que sí? —preguntó Paul con los ojos brillantes de emoción, recuperando a la mascota—. El señor Gibson dice que debo pediros permiso para que se quede.

Samuel se puso de cuclillas ante el niño, haciendo también una carantoña al terrier, que lo observó con la cabeza ladeada. Desde que Paul llegase a Aislingean sus risas inundaban la casa, tenía a todo el personal encandilado y él se veía en serias dificultades para prohibirle nada; aquella criatura le había robado el corazón.

—¿Has pensado en un nombre para tu nuevo amigo?

—Calem dice que debería llamarlo *Dubhar*. [4]

—Es bonito. Si te damos permiso para tenerlo, deberás encargarte de él personalmente, y no interrumpirá vuestras clases con el tutor.

—Prometido. —El crío hizo una cruz sobre su corazón, inclinándose luego hacia él para darle un sonoro beso en la mejilla —. Gracias, padre.

Acto seguido, él y Calem salieron de la biblioteca haciendo arrumacos al perro; las carcajadas infantiles se alejaron con ellos.

Geraldine se colgó del cuello de su esposo en cuanto estuvo frente a ella, y el vizconde Marble, emocionado por haberse escuchado llamar padre, no esperó para apoderarse de su boca como un hambriento, disimulando así que tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—Eres un buen hombre, mi amor. —Él elevó una ceja—. Hoy has perdonado la vida, nada más y nada menos, que a cuatro personas.

La risa masculina inundó la sala.

—Por si no tengo paciencia para perdonar más vidas, será mejor que estemos en un lugar donde no vuelvan a molestarnos.

Y diciendo aquello, la tomó en brazos para salir de la biblioteca, camino de la recámara que compartían. A ella no le importó que se cruzaran con Penny, que esbozó una sonrisa divertida al verlos.

—¿Va a tenerme retenida mucho tiempo, lord Marble? —preguntó la vizcondesa, zalamera, acariciando el pecho masculino.

—Hasta que las Highlands se conviertan en un desierto, *milady* —repuso muy serio, al tiempo que empujaba con el hombro la

puerta de la habitación—. ¿Te parece mucho?

—No, mi vida. Me parece muy poco.

Fin

Agradecimientos

Érase una vez una mujer con mil ideas que se inventó la historia de tres hermanos, Los Gresham. Y las escribió, pensando que con la trilogía quedaba todo hecho. Pues no, porque las lectoras empezaron a preguntar qué pasaba con el pequeño Cameron, y no le quedó más remedio que escribir también su aventura, *Seducir a un sinvergüenza*. No contentas con ese añadido, pidieron la de la hija de uno de los hermanos, y hubo de inventarse la de Xandra Gresham y Remington, *Comprometer a un vizconde*. Ahí hubiera acabado todo si no tuviese una editora zumbona y unas amigas pesadísimas, que decidieron que el amigo de ambos tenía que salir, sí o sí, a la palestra. De modo que vuelta a empezar, y aquí tenéis esta nueva entrega de la saga.

Gracias por tanto a mi editora, Lola Gude, a las amigas insistentes, Almudena Muñoz y Laura Socías, y a quienes han leído los Gresham y pedido más historias de esta saga en constantes comentarios. Porque habéis conseguido que vuelva a pasármelo de cine escribiéndoos esta nueva aventura, y tenéis mi eterno agradecimiento. ¡Si es que sois unos soles!

Nota de autora

Os dejo, como siempre, algunos datos sobre personajes o lugares que aparecen en *Enamorar a un escocés*. Espero que os agraden.

Bedlam.

El sanatorio mental, del que ya os hablé en uno de los artículos de mi blog, se trasladó en 1815 a los Campos de St. George, en Southwark. A los internos se les llamaba «desafortunados» y existía una biblioteca como anexo, que era frecuentada por los pacientes. También, aunque los sexos estaban separados, había un salón que utilizaban para bailar, los que podían apreciar la música. Por si queréis saber más, os pongo el enlace del blog:

https://nieveshidalgo.blogspot.com/2019/06/articulo-bedlam.html

Fryderyk Franciszek Chopin.

La Polonesa en mi bemol mayor, compuesta ente 1830 y 1834 y publicada en 1836, es una de mis piezas favoritas y no me he podido resistir a obligar a mi protagonista a tocarla.

Chopin nació en 1810 y murió en 1849. Fue profesor, compositor y un pianista de los más virtuosos, representante como pocos del Romanticismo musical. Ya estaba tardando en hacerlo aparecer en alguna de mis aventuras; discúlpeme, maestro.

Compuso su primera obra a los siete años, y a los ocho tocaba, improvisaba y componía, dando su primer concierto el 1818 en el

palacio de los Radziwill, en Varsovia. Años más tarde era solicitado en la corte francesa, en los salones papeles y en la casa del Duque de Orleans.

En una reunión le fue presentada la baronesa Dudevant, conocida por su pseudónimo de George Sand, y se cuenta que al despedirse dijo: «¡Qué antipática es esa Sand! ¿Es una mujer? Estoy por dudarlo». ¡No me digáis que esto no daría para una novela romántica! Sin embargo, la vida de Chopin no fue un camino de rosas, enfermó y murió sin haber cumplido los cuarenta años, a las dos de la madrugada del 17 de octubre de 1849.

Copio textualmente un dato que me ha parecido interesante:

> «El solemne funeral de Frédéric Chopin se celebró en la iglesia de Santa Magdalena de París el día 30. En él, cumpliendo disposiciones de su testamento, se interpretaron sus *Preludios* en mi menor y en si menor, seguidos del *Réquiem* de Mozart. Más tarde, durante el entierro en el *Cementerio de Père-Lachaise*, se tocó la *Marche funèbre* de su Sonata Op. 35. Aunque su cuerpo permanece en París, se obedeció la última voluntad del músico, extrayendo su corazón y depositándolo en la Iglesia de la Santa Cruz de Varsovia».

Stirling.

Esta ciudad escocesa, elegida para llevar a cabo la aventura de la novela que tienes en las manos, ha estado habitada desde la Edad de Piedra, ha sido estratégicamente importante durante la invasión romana de Britania, y se encuentra junto al río Forth. Un edifico emblemático es la iglesia de Holy Rude (Santa Cruz), situada a un lado del castillo, de finales del siglo XV, la única de todo el Reino Unido, sin contar con la Abadía de Westminster, en la que se ha llevado a cabo una coronación. En cuanto al castillo en sí, soportó las protestas jacobitas, el Duque de Mar no pudo tomar el control de la fortaleza, y ni siquiera las tropas de Carlos III de Inglaterra y Escocia fueron capaces de hacerla capitular.

En Stirling, como en el resto de Escocia, existen las leyendas. Algunas de ellas son las de la Dama Verde y la Dama Rosa, incluidas en esta novela. Pero he conseguido enterarme de otra muy curiosa, la de un fantasma español. Al parecer, en Stirling vivía un conde apreciado por ser inteligente y ser un lince en los negocios. Bueno, era apreciado por todos menos por un rey ególatra que odiaba que un súbdito fuera más querido que él. Decidido a anularlo, lo llamó al castillo, le invitó a cenar y le puso veneno en el vino, cavando después él mismo una fosa en los jardines, donde lo enterró. Pero no se había librado de él, porque se dice que empezó a aparecerse el fantasma del conde cada vez que visitaba el jardín. Y un día en que estaba asomado a la ventana desde la que podía verlo, salió despedido, muriendo en el acto. Por supuesto se corrieron las voces de que había sido el fantasma quien lo empujase. Después, los sirvientes del castillo decían haber visto el espectro del español. Leyenda o no, en una celebración llevada a cabo en el castillo, se pudo captar el reflejo del fantasma en una fotografía. Esta imagen ha llegado a reproducirse como postal y podéis adquirirla en la tienda de recuerdos, cuando visitéis Stirling.

John Keats.

Nació en Londres 1795 y murió en Roma en 1821. Fue un poeta inglés caracterizado por su lenguaje imaginativo y melancólico. Ejerció como aprendiz de cirujano y se graduó en Farmacia, pero su pasión era la poesía, a la que dedicaba todo el tiempo posible. Introducido por un amigo en el círculo más selecto de poetas de su época, hizo amistad con Lord Byron. En la primavera de 1819 escribió sus mejores y, tal vez, más conocidos poemas: *Oda a Psique, Oda a una urna griega* y *Oda a un ruiseñor.*

John Thadeus Delane.

Nació en 1817 y murió en 1879. Llegó al mundo en el seno de una familia irlandesa, recibió educación en escuelas privadas, en King's College de Londres y en Oxford. Una vez obtuvo el título,

comenzó a trabajar en el periódico *The Times*. En 1841 sucedió a Thomas Barnes en el puesto de editor, ocupando ese cargo durante treinta y seis años, sabiendo introducirse en los más importantes círculos sociales y políticos.

Noche de Burns.

Robert Burns, el poeta escocés más conocido, nació en Escocia en enero de 1759 y murió en el 1796.

Se conoce como Noche de Burns a la celebración en su homenaje. Las primeras comenzaron a celebrarse por sus amigos en el siglo XVIII, en Ayrshire, y la tradición sigue desde entonces. Aunque la fecha de estas cenas solía ser siempre el 25 de enero, día del nacimiento del poeta, hoy se llevan a cabo en cualquier momento del año, allá donde existe un Club de Burns, una Sociedad Escocesa o, incluso, escoceses que se encuentren viviendo fuera de su país.

- En nuestros días, estas cenas suelen seguir unos pasos muy concretos:
- El discurso de bienvenida con la bendición de la mesa.
- El primer plato es un caldo escocés, *Scoth broth*, o sopa de puerro y patata, *Cock-a-leekie*.
- Cuando entran el *haggis* los comensales se ponen en pie mientras suena una gaita; luego, alguien recita «El Discurso al Haggis», en tanto lo trinchan.
- Después del postre y el café, se lleva a cabo el «Brindis leal», por la reina. Seguidamente se recuerda la vida y obras de Burns, se dicen unas palabras y se brinda por las damas, correspondiendo ellas con un acto similar.
- Suelen cantarse algunas baladas de Burns o recitar varias de sus poesías y, en algunas ocasiones la fiesta incluye baile.
- El fin de la velada llega cuando todos los asistentes, cogidos de la mano, entonan *Auld Lang Syne*. Canción que a mí, en particular, siempre me ha emocionado hasta el punto de hacerme llorar, y de la que os dejo el estribillo. Buscadla y

escuchadla, es preciosa.

«Por los viejos tiempos, amigo mío,
por los viejos tiempos:
tomaremos una copa de cordialidad
por los viejos tiempos».

Ya sabéis que podéis escribirme siempre que queráis, a través de las RRSS:

Twitter: *Nieves Hidalgo @0rgullosaj0n*
Facebook: *www.facebook.com/escritoranieveshidalgo/*
Instagram: *nieves.hidalgo_escritora*

[1] Valor. < <

[2] Conoce su historia en *Comprometer a un vizconde*. < <

[3] Lee su historia en *Lágrimas negras*. < <

[4] Sombra. < <